

LAS GRANDES BIOGRAFIAS CONTEMPORANEAS

Volumen VIII

**ricardo
palma**
por
**Angélica
Palma**

*Ediciones
Cóndor -*



BIBLIOTECA NACIONAL
1960

EX - LIBRIS

Fugit irreparabile tempus



RAÚL PORRAS BARRENECHEA

RICARDO PALMA



EDICIONES
ARGENTINAS
CONDOR

CADA libro salido de las prensas nacionales es un paso más hacia la independencia intelectual y económica del país.

EN todas nuestras ediciones contribuyen con su gran esfuerzo: intelectuales, obreros e industrias gráficas nacionales.

AUTORES selectos, textos correctos y presentación gráfica moderna y agradable, he aquí las características de nuestras Ediciones Argentinas Condor.

LAS Ediciones Argentinas Condor son integrales, completas, sin cortes ni abajamientos siempre perjudiciales al carácter de los autores traducidos.

LAS GRANDES BIOGRAFIAS CONTEMPORANEAS

- I. Jorge Brandes: Nietzsche.
- II. Anatole France: Alfredo de Vigny.
- III. G. Chesterton: Dickens.
- IV. Jorge Brandes: Henrik Ibsen.
- V. Jorge Brandes: Lord Byron.
- VI. Condesa de Noailles: El libro de mi vida.
- VII. Stefan Zweig: Sigmund Freud.
- VIII. Angélica Palma: Ricardo Palma.

EDICIONES ARGENTINAS "CONDOR"

LAS GRANDES BIOGRAFÍAS
CONTEMPORÁNEAS - Vol. VIII

R I C A R D O P A L M A

POR

ANGELICA PALMA

Edición del centenario del Tradicionista
(7 de febrero de 1933) con numerosas
ilustraciones documentales

- 1933 -

AGENTES EXCLUSIVOS PARA LA VENTA
EDITORIAL TOR

RIO DE JANEIRO 760

BUENOS AIRES



I 2000

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley. Copyright 1933 by Ediciones Argentinas Cóndor.

El mundo es de la inteligencia. La inteligencia es la fuerza suprema. No hay nada, no debe haber nada por encima de la inteligencia. ¡Tengamos confianza en la suprema e incontrastable fuerza de la inteligencia! — AZORIN.

A mis hermanas Augusta y Renée

RADL PORRAS BARBENECHA



I

LA REPUBLICA NIÑA



QUELLOS comienzos del año 1833 en que el Perú vió nacer, en su capital poética, al más representativo de sus literatos, hijo señero de Lima, fueron, para la incipiente República, de peligrosa turbulencia política, que continuaría, durante no corto período, en fatal progresión.

Vibraba aún en la atmósfera el eco de la palabra austera de Vigil que, poco antes, en noviembre de 1832, dijo en el Congreso, enfrentándosele al jefe del Estado: "Debo acusar, y acuso". El gobierno del general Gamarra esgrimía las variadas armas de que podía disponer contra la oposición, organizada por el grupo intelectual de la Asamblea, y estos prolegómenos de la lucha que agitaba a los pueblos y había de ensangrentar el país reflejábanse también en la vida inquieta de las limeñas. Ellas sabían que las desavenencias conyugales no impedían alianzas en política, y que el

alma de la que representaba el presidente Gamarra era su mujer, la arrogante enzuñeña doña Francisca Zubiaga, la *Mariscala*. Tras el rebozo picaro en las calles o a cara descubierta en el seguro de sus casas, burlábanse las limeñas de las pretensiones varoniles del remoquete, briosamente sostenidas por los hechos, y, muy mujeres, creíanse capaces de derrocar, con alfilerazos y aleteos de abanicos, a su rival enérgica.

En este medio típicamente criollo, de doctrinarios superiores a las posibilidades nacionales, de conspiradores calenturientos y de gobernantes arbitrarios, en Lima, noble y graciosa, nació Ricardo Palma el 7 de febrero de 1833.

calle de Puno
Existe, modernizada, la casa natal; se levanta en barrio populoso, en la calle de Puno, próxima al mercado central y a la plaza con árboles añosos, indistintamente nombrada de la Inquisición, como en los tiempos coloniales, o, acatando el bautismo republicano, de Bolívar, cuya magnífica estatua ecuestre la decora. La casa es de dos pisos, con patio embaldosado en el bajo y anchos corredores en el de arriba, y en su parte exterior, a un lado de la fachada, tiene una placa de bronce, homenaje de la ciudad al autor de las *Tradiciones peruanas*.

Esa primera mansión de Palma, muy modesto entonces, en relación con la condición económica de su padre, comerciante de escasos recursos, vió morir a la madre del niño, cuando este era aún muy pequeño. Trasládose entonces la familia a la calle del Rastro de San Francisco, y allí habitó durante algunos años.

Tenía la casa tres o cuatro departamentos que daban a un largo balcón corrido en el cual solían reunirse, en las noches tibias, las familias que allí moraban. Mientras las personas mayores comentaban los culmi-

nantes sucesos de esa época convulsionada, la Confederación, las expediciones chilenas, la campaña restauradora, y alguna mujer bonita suspiraba, recordando la gallardía del general Salaverry, fusilado después de la batalla de Socabaya, embobábanse los chiquillos con los cuentos que les contaba una vieja de la vecindad, sin duda la famosa tía Catita, que en la tradición *Trasladó a Judas* refiere a los muchachos "que un tal Anás y un tal Caifás, que eran dos bribones que se perdían de vista... iban y venían con chismes y más chismes donde Pilatos; y le contaban esto, y lo otro, y lo de más allá, y que el Nazareno había dado proclama revolucionaria incitando al pueblo para echar abajo al gobierno. Pero Pilatos, que para hacer una alcaldada tenía escrúpulos de Marigargajo, les contestó: — Compadritos, la ley me ata las manos para tocar ni un pelo de la túnica del ciudadano Jesús. Mucha andrómina es el latínajo aquel del *habeas corpus*. Consigan ustedes del Sanedrín (que así llamaban los judíos al Congreso) que declare la patria en peligro y eche al huesero las garantías individuales, y entonces dénse una vueltecita por acá, y hablaremos".

Y así, entre relatos fantásticos y comentarios a la tumultuosa actualidad, pasaban la velada los buenos vecinos de la castiza plazuela de San Francisco. Pero al avanzar el mes de enero de 1839, la alarma creciente impedía a las mujeres y a los niños asomarse en las noches a la baranda, y esquivaban también los varones la tertulia porque las discusiones se agriaban entre los partidarios de la Restauración y los que, como el padre de Palma, predecían el triunfo de Santa Cruz y el establecimiento definitivo de la Confederación perú-boliviana. La imaginación del niño se exaltaba con los cuentos maravillosos, las ruidosas disputas, los nom-

bres sonoros de los caudillos, la descripción de batallas cruentas, los cuchicheos sobre conjuras sigilosas... Y una de esas noches de enero en que el balcón estaba abandonado y el pequeño jugaba en el interior de la casa, llegó hasta él sordo ruido de galopar de corceles, que pronto se hizo preciso y retumbante; corrió el niño al balcón, y sus ojillos curiosos descubrieron entre las sombras de la calle un grupo de tres o cuatro jinetes y hasta percibieron el relucir de charreteras y botones. — ¡Viva Santa Cruz! — gritó. Y en efecto, Santa Cruz era, Santa Cruz que, derrotado en Yungay, llegó a revienta caballo a Lima, para continuar, después de breve descanso, su penoso viaje.

Pasó el verano, y con él las vacaciones; el chienelo debía estudiar y sus años de escolar transcurrieron en los dos colegios mejor reputados de Lima: el de Oren-
go, en la calle de la Minería, y el de don Clemente Noel,
en la del Baneo del Herrador. De ambos conservó cariñosa memoria, y muchas veces relató, bromeando, su primer triunfo al contestar, arrapiezo de siete años, la objeción que en un examen le formulara el arzobispo, fray Francisco de Sales Arrieta, que premió el desparpajo del muñeco regalándole un peso.

En el colegio de Noel se llevaba existencia casi familiar; disponía el almuerzo de los colegiales la esposa del Director, y éste, en las tardes, solía retener después de las clases a sus alumnos predilectos y charlaba con ellos a la par que se ocupaban en tajar plumas de ave. Los muchachos que, ya talluditos, no se quejaban de la tarea mientras la desempeñaban, veían pasar por las habitaciones inmediatas a las dos niñas del maestro, Florita y Cristina.

Poco o nada preocupábase entonces, entre nosotros, la Pedagogía de juegos y distracciones para los chicos,

y ellos, burlando vigilancia y prohibiciones, sabían procurárselos, por lo general de estilo primitivo y bárbaro: baños en el casi escueto Rimac, campales pedreas entre bandos enemistados por rivalidades de barrio, de colegio o de lo que fuere, excursiones a las portadas que daban entrada a la ciudad y en las cuales civilizadas autoridades acostumbraban presentar al pueblo, como lección moralizadora y caritativa advertencia, los cadáveres de los bandoleros caídos en lucha con la fuerza pública.

Escasa y sin organización la policía, mal alumbrada la capital y en tinieblas los suburbios, era frecuente, desde la época virreinal, que los esclavos prófugos se tornasen salteadores, y después, en la republicana, que las montoneras formadas con pretextos revolucionarios degenerasen en pandillas de ladrones. Los muchachos, entre medrosos y admirados, comentaban las hazañas de esos bandidos audaces y repetían sus nombres y apodos: Bujanda, *Agua mansa*, *Mundo feo*, *el Rey del monte*, el negro León, aquel que se sentó durante unas horas en el sillón presidencial. Cuando se esparcía la noticia de que, definitiva quiebra del oficio, habíase despachado para el otro mundo a unos cuantos merodeadores, los chicos convidábanse a presenciar el macabro espectáculo con estas frases de genuinos mataperros limeños: — Oye, vamos mañana a la portada de Guía; dicen que habrá *corbina*.

En el agitado primer lustro de 1840, la infancia de Ricardo Palma supo de acontecimientos trascendentales y de hechos pintorescos en cuyo abigarrado torbellino se debatía la nación: la guerra con Bolivia, la muerte del general Gamarra en la batalla de Ingavi, la rápida sucesión de gobernantes efímeros, el filosófico desprendimiento con que uno de ellos hizo arrojar

por el balcón la banda de mandatario a los vocingleros que la recibieron con aplausos, los motines, las algaradas populacheras, el entusiasmo por el general Vivanco, autoritario, elegante y purista, el triunfo de Castilla, soldado valiente, buen patriota, político mañoso, hábil organizador. Salía ya la República de sus comienzos tumultuosos y comenzaba un período de estabilidad.

También Ricardo Palma traspasaba los linderos de la infancia y entraba en la adolescencia, despierta la atención, curiosa el ánimo, la inteligencia solicitada por la gravedad de los textos escolares y por la cadencia tentadora de los versos, pronta al vagabundeo soñador la fantasía.

II

NUESTROS ROMANTICOS

La juventud se aproxima, despunta el literato. Principal teatro de los tanteos, proyectos, esfuerzos, bromas y melancolías de una mocedad ilusionada es el convictorio de San Carlos. Lo dirige un canónigo ilustre de mentalidad vigorosa, severas doctrinas y moral serisolada: el doctor don Bartolomé Herrera. Bajo el régimen del internado intiman y fraternizan los alumnos, hombres del porvenir, muchos de los cuales marcarán huellas o imprimirán rumbos al Perú del siglo XIX. Entre tanto discurren, joviales o pensativos, por los patios nombrados de *Jazmines*, de *Naranjos*, de *Chicos* y de *Machos*.

Descuellan entre los estudiantes algunos, ya con per-

zonal relieve: ese de corta estatura, macizo, silencioso, trabajador tenaz, que ha formado un senderito en el lugar donde, desde el amanecer, se pasea estudiando, se llama Sebastián Barranca y será un gran naturalista; aquel de claros ojos y risa franca, sencillez, candoroso, feliz repentista, que provocó las iras de un compañero, incansable en pedirle improvisaciones, con la siguiente cuarteta:

Ya que te ha dado la gana
de que versifique un poco,
versos haré como loco
si me da un beso tu hermana.

ese buen muchacho, Adolfo Gareña, saboreará los balaces de la popularidad por sus inspiradas quintillas *A Bolívar* y conocerá, más tarde, trágicas miserias que lo llevarán a terminar en un manicomio su atormentada existencia; el rubio, venido de Guayaquil, cuyo nombre es Numa Pompilio Llona, sentirá, ya en otro siglo, sobre su cabeza cana, la corona con que el Ecuador lo consagrará su poeta; el mocito guapo, fino, de amable trato, que se deja sedosa melena como Zorrilla, su ídolo literario, irá a México, en misión americanista, como representante peruano, será despedido por el emperador intruso y perecerá en el océano, al incendiarse el buque donde regresaba a la patria; digno fin, el de Manuel Nicolás Corpancho, para un romántico nuestro.

¡Y ese, pálido y serio, como si ya presintiera su muerte temprana! Es Enrique Alvarado, hijo del último conde de Cartago; más allá hay otro vástago de la vieja aristocracia, José Antonio de Lavalle, futuro político y literato de ático estilo; aquel de tipo germano y dis-

plicente expresión, Clemente Althaus, terminará sus días melancólicos en un manicomio de París; a los dos que discuten sobre dramaturgia y lirismo, Arnaldo Márquez y Carlos Augusto Salaverry, el destino les reserva, al par de laureles poéticos, existencia contradictoria y amargada; y también habrá tristezas, sobrellenas con noble resignación en la vida de ese chico moreno, casi un niño, que se llama Luis Benjamín Cisneros y será el bardo glorioso de la *Aurora amor*.

El romanticismo, llegado con retraso al Perú, caldeaba los cerebros juveniles; Ricardo Palma los refiere en las confidencias amenísimas de *La Bohemia de mi tiempo*. Byron, Lamartine, Hugo, Espronceda, Zorrilla, García Tassara, Enrique Gil eran los dioses mayores de esa juventud fantaseadora; Palma declara su propia predilección por Larra y *Fray Gerundio*; en el romántico, por mandato de la edad y de la tendencia imperante, se insinuaban ya el costumbrista burlón, el ironista agudo.

Para enfervorizar más su romanticismo, tuvo esa muchachada por oráculo y guía a un bizarro vate español, el montañés Fernando Velarde, que ejerció sobre los noveles aficionados a la rebeldía influencia aún más marcada que la de su compatriota, don José Joaquín de Mora, sobre los escritores clasicistas y reaccionarios de años anteriores.

En los del 50, mostraba la sociedad de Lima marcada afición por el teatro, y las compañías de ópera y drama que continuamente actuaban, cantaban con público numeroso que les prodigaba manifestaciones de simpatía y se dividía en partidos por el actor o la actriz de sus preferencias. En los escritores jóvenes, la afición tomaba caracteres apasionados, como que eran juez y parte. Lectores de Dumas y de Víctor Hugo, de

García Gutiérrez y de Hartzenbusch, del duque de Rivas y de Zorrilla, aspiraban a alcanzar idénticos triunfos escénicos, alentados en su empeño por el interés benévolo del público, que concurría asiduamente al teatro cuando en él se daban obras de los ingenios nuevos, y por las facilidades que encontraban en los actores de mayor prestigio: el célebre *O'Loughlin*, las bellas hermanas Fedriani, Aníbal Ramírez, peruano como ellas, Manuel Dencb, Ventura Mur, Amalia Pérez. Largas tiradas de versos armoniosos, tiernos coloquios de damas y galanes, apóstrofes al despotismo, loores a la libertad y al derecho de amar, ponían en los labios del auditorio el grito anhelado: ¡el autor, el autor!, que subía de tono cuando el aclamado aparecía en el proscenio, turbado y trémulo, oprimiendo en sus manos, frías por la emoción, las de sus principales intérpretes, y creyendo con inocente optimismo que en su poema sonoro alentaba una obra teatral.

El tiempo y el estudio desvanecieron esa ilusión de los bohemios peruanos; en ninguno fué tan completo el desengaño ni tan franco el *mea culpa* como en Ricardo Palma. Califica a sus ensayos dramáticos (1) nada menos que de "monstruosidades", y al primero de ellos, titulado *La hermana del verdugo*, de "abominación patibularia en cuatro actos". "Argumento y caracteres — agrega — eran desatinados hasta dejarlo de sobra. Pero los versos gustaron al público, arrancaron aplausos y el autorecillo fué llamado a la escena. Tenía yo diecisiete años, y aquella noche crecí un gemo en esta-tura y otro gemo en presunción".

Se maravilla de que, cuando estrenó *La muerte o la libertad*, el auditorio no le tirara los bancos a la ca-

(1) "La Bohemia de mi tiempo", por Ricardo Palma.

beza, y refiere en seguida el exitazo de su último drama, *Rodil*, "cuyo primer acto fué recibido con tibieza...; pero, en el segundo, ponía yo en boca del galán, alusiones políticas de actualidad, zurraba la badana al ministerio y decía pestes contra la ley de represión, dictada, no cuando Rodil comía pan en el Callao, sino poco antes de salir a luz ese precioso fruto de mi nùmen, y cata que el entusiasmo rayó en frenesí, y me llamaron tres veces a la escena, y la gratitud del beneficiado hizo caer, no de las nubes sino de las bambalinas o del techo, sobre mi cabeza coronitas de laurel hechizo. ¡Qué noche aquella! Victor Hugo me la habría envidiado".

Después de la victoria resonante vino, para el incipiente dramaturgo, forzada ausencia de Lima, y con el cambio de medio y de ocupaciones, la convicción de que "para dramaturgo me faltaban dotes y estudio. Hice un auto de fe con mis teorías escénicas y... o'est finí, no volví a escribir dramas".

Los críticos de Palma se hallan en la imposibilidad de dilucidar si la auto crítica es extrema ^{da} o exacta, puesto que desconocen sus producciones teatrales que, según todos los indicios, perecieron en la hoguera; la mayoría de ellos, al compararla con el resto de la obra, por lógica deducción la cree exagerada, y alguno se sorprende de que trate con tal dureza lo propio quien tiene tan pronto y cordial el elogio para sus contemporáneos.

Momento propicio para el esfuerzo intelectual, auspicioso de la cultura, aquel de la vida peruana que pinta Palma en *La Bohemia de mi tiempo*. Dirigían los planteles de enseñanza maestros auténticos: el doctor Heredia, la Escuela de Medicina; Herrera, el Convictorio de San Carlos; el español don Sebastián Lorente,

el Colegio de Guadalupe; los gobiernos protegían sus adelantos y no faltaban los entorchados y las bandas presidenciales de los generales Castilla y Echenique en las solemnidades escolares; ambos tuvieron empeño en que las corporaciones estudiantiles asistieran a determinadas ceremonias oficiales, y se veía en ellas a fernandinos y carolinos, futuros médicos y letrados, de frac y bicornio, y luciendo los *cónsules*, como se llamaba a los alumnos de último año, la deseada faja azul. Las mujeres leían; lecturas de novelas de Dumas y versos de Espronceda, desordenadas e inquietas, faltas de método y orientación, pero que las predisponían al interés por los literatos del terruño, interés respetuoso para con los ya consagrados como los Pardo y Segura, novelero y coquetón para con los nuevos. Sentían éstos, en su mocedad enamoradiza, como una aura tibia y perfumada, la simpatía de las limeñas; ellas aplaudían sus comedias, reían los chistes y los atrevimientos de sus periodiquitos satíricos, *El Diablo*, *El Burro* y *El Zurriago*, recitaban sus versos, Y ellos se los dedicaban.

En "Juvenilia", la primera colección poética de Ricardo Palma, abundan los homenajes galantes; el título expresa y condensa el libro todo; y en él, y en un poemita en el cual late en germen la futura tendencia del autor, se lee esta estrofa ingénua:

Una provincia tienes, patria mía,
que el manso Rimac baña enamorado,
donde son las mujeres a porfía
de belleza y virtud lo máspreciado...

El poemita se llama *Flor de los cielos* y tiene todas las características románticas: versificación musical,

ayes, caricias y juramentos, amores desgraciados, sangriento final; pero no hay en él castellanas asomadas a la ojiva, ni trovadores, ni góticos sitiales; los protagonistas son un conquistador español y una india noble; el vate quiere beber en el manantial vernáculo. Y, acentuando la naciente orientación americanista, la composición está dedicada a Julio Arboleda, el autor de *Gonzalo de Oyón*, el insigne poeta de Colombia, que vino proscripto a Lima y a quien amó Ricardo Palma con cariño de discípulo.

Persistió el afecto y creció la admiración con el transcurso de los años. En "Armonías" su segundo volumen de versos, protesta Palma, con dolorido e indignado acento, del asesinato de Arboleda, y veintidós años después, en 1888, escribía a un literato colombiano, don Luis Capella Toledo, las siguientes líneas:

"Recibí, mi general y amigo, su estimable carta de 19 de enero, y con ella el precioso autógrafo de mi amigo y maestro Julio Arboleda. Era yo casi un niño cuando conocí a don Julio en la redacción de *El Intérprete*, diario de Lima, en el que era yo, a la vez que estudiaba en el Colegio y escribía mís primeros versos, ayudante del cronista. Don Julio me tomó gran cariño y me obligaba a ir por las noches a su casa, donde me daba lecciones de inglés. Ya ve usted que tengo motivos para que la memoria de don Julio me sea muy querida".

No fué Arboleda el solo visitante ilustre de Lima a quien interesó el incipiente literato. Llegaron por ese tiempo a nuestra ciudad varios emigrados argentinos, obligados, por la tiranía de Rosas, a abandonar su país; hubo entre ellos insignes personalidades: Sarmiento, el general Mitre, don Juan María Gutiérrez. Concurría asiduamente el último, gran estudioso de las literaturas americanas, a la Biblioteca Nacional; frecuentába-

la también, siempre que podía hacerlo, Ricardo Palma, y lo acogía con paternal benevolencia el Director, que lo era desde 1845 y continuó siéndolo hasta su muerte, ocurrida treinta años más tarde, don Francisco de Paula Vigil, figura venerable y eminentísima del liberalismo peruano.

Quiso don Juan María tomar copia de ciertos manuscritos y pidió a Vigil que le indicara algún muchacho listo para encomendarle esa tarea; recomendóle Vigil a Palma, y así empezó entre el escritor maduro y el jovenzuelo la relación amistosa e intelectual, que perduraría hasta el fin de la existencia del preclaro argentino. Son de 1876 sus enjundiosos juicios críticos acerca de la cuarta serie de *Tradiciones* y del tomo de versos llamado *Verbas y gerundios*, y años más tarde, en sus últimos días, don Juan María Gutiérrez, según refiere su compatriota Miguel Cané, aconsejaba a los jóvenes que imitasen el ejemplo americanizante de Palma, mostrándoles el volumen de *Tradiciones peruanas*, que tenía en la mesa inmediata a su lecho.

¡Augurales días de juventud! Presentía vagamente Ricardo Palma los principales caminos que había de recorrer en su larga y fecunda vida: mostrábanle el del humorismo, sus lecturas de Larra; Arboleda y Gutiérrez, el de los temas americanos; Vigil, el de la Biblioteca de Lima.

III.

MAR PROCELOSO.

En el periodismo ganó Palma el primer dinero: una onza de oro mensual que, como remuneración a su trabajo de cronistas principiantes, se embolsicaban felices él y Luciano Benjamín Cisneros, que llegaría a ser elocuentísimo orador forense y parlamentario. — No sabíamos Luciano y yo qué íbamos a hacer con tanta plata — refería Palma, recordando la alegría de ambos en tan señalada ocasión.

Al cabo de algún tiempo vió aumentados sus modestos recursos, gracias al noble mecenazgo de don Miguel del Carpio; fué este señor notable juriconsulto, influente político y tan entusiasta aficionado a las letras que alguna vez se aventuró, con escasa fortuna, por los senderos del Parnaso. Carpio tenía frecuentemente en su casa animada tertulia de escritores mozos, y, siendo ministro de Estado, favoreció a alguno de ellos con el nombramiento de oficiales del cuerpo político de la Armada, que no los obligaba al servicio activo sino a propia solicitud y les daba, amén del sueldecito, derecho a lueir el elegante uniforme de marino.

Durante buena parte de su juventud lo llevó, por obligación, Ricardo Palma. En más de una ocasión aludió él, en sus escritos, al hecho que lo decidió a embarcarse, abandonando sus estudios y su entretenida existencia de Lima; como esas alusiones han sido caprichosamente interpretadas por algunos comentadores, utilizo la ocasión brindada por esta biografía, que de novela sólo quiere tener la forma, para repetir lo que mu-

chas veces oí contar a mi padre, y que, lo mismo que yo, escueharon amigos nuestros que aún lo recordarán.

No había en Lima, por aquellas fechas remotas, fiestas más concurridas ni que alcanzaran más sonados preparativos que las procesiones religiosas, principalmente la de la Virgen de las Mercedes, patrona de las armas de la República, y la de Santa Rosa de Lima, que lo es, según reza el calendario, del Perú y de las Américas. Estrenaban saya nueva las limeñas que permanecían fieles al traje original de la ciudad, y atavíos al gusto europeo las innovadoras. Atraídos por tan profanos incentivos, pululaban los varones en las calles por donde había de pasar el cortejo devoto con ribetes cívicos y aspectos galantes.

En la procesión de las Mercedes de 1853, se hallaba Ricardo Palma en la puerta de una casa de la calle de los Gallos, esperando que, conforme se lo había prometido, apareciera por allí la chica de sus amores; a través de los gruesos cristales de miope, buscábala en vano, entre el abigarrado gentío, los ojos del mozo; al fin creyó distinguir la gentil figura y, como pudo, se abrió paso, viendo al acercarse, que no era ella, sino su hermana, que, disimuladamente, logró separarse del grupo familiar.

—¿Por qué no ha venido Teresita? — pregunto ansiosamente el joven a su presunta cuñada.

—Se ha quedado sola en casa, llorando, porque mamá la ha refrito mucho por culpa de usted.

Llorando... y sola... Había que consolarla. Palma se apartó de la comitiva y corrió a casa de la muchacha; pero la madre de ella, conocedora de triquiñuelas de enamorados, sospechó ésta, y ordenando contramarcha a las niñas que la acompañaban, volvió a su domicilio cuando apenas empezaba el coloquio de la amar-

telada pareja. La señora no manifestó sorpresa ni enfado; prefirió plantear la cuestión tranquilamente.

—¿Quiere usted a mi hija?

—Muchísimo.

—Pues cácese usted con ella.

—Lo haré dentro de algún tiempo; ahora es imposible, señora; soy estudiante, soy pobre...

Nada de eso significaba obstáculo para la aspirante a suegra; ella arreglaría para el joven matrimonio un departamento independiente en su misma casa; el novel marido continuaría sus estudios en el Convictorio y sería para la familia un hijo más, hasta el momento no lejano, dadas sus cualidades, en que, terminada su carrera, formara posición y hogar propios.

Palma se vió entre la espada y la pared; o renunciaba a su amor o abandonaba, por un casamiento prematuro, su libertad de soltero y sus vastos proyectos para el porvenir. Pidió un plazo de veinticuatro horas antes de responder; pasó la noche insomne trazando y desechando planes y a la mañana siguiente fuése a contar sus cuñitas a don Miguel del Carpio.

—¿Casarse a los veinte años! ¡Qué disparate! — exclamó Carpio. — Usted no debe cortarse las alas; pero tampoco debe quedarse en Lima; para su tranquilidad y la de esa señorita, lo mejor que puede hacer es embarcarse inmediatamente.

El joven, cabizbajo, aceptó; llamó don Miguel a su secretario, inquirió datos, hojeó papeles y se enteró de que se hallaba vacante el puesto de contador en un buque de guerra, próximo a zarpar del Callao en comisión del servicio. Hizo extender el nombramiento de Palma y éste, después de escribir a la señora la contestación ofrecida, se hizo cargo de su empleo a bordo de la goleta *Libertad*.

Probablemente, a la muchacha le escribió también, y en verso. (Aquí termina el relato y comienzan las deducciones). El número del *Heraldo de Lima*, correspondiente a 16 de febrero de 1854, trae unas octavas fechadas a bordo y tituladas *Siempre ella*, la última de las cuales dice lo siguiente:

Y héme aquí solo... el mar, el firmamento,
la calma misteriosa me rodean;
y tú, en medio al bullicio, algún momento,
alma de mi alma, pensarás en mí?
Mas... no estoy solo... Tu recuerdo dulce
siempre acarica enamorada el alma;
ruja la tempestad, reine la calma,
jamás, jamás me olvidaré de tí.

Tal vez esta composición, típicamente romántica, figure en la primera edición de *Poesías*, publicada en 1855; el autor no la reprodujo en las posteriores de sus poesías completas.

Jamás, jamás me olvidaré de tí...

Juramentos rimados, cuya verdad se limitaba a los días pasados en alta mar! La chica, sospechándolo, se casó con otro, y el errante bardo pudo, sin cometer pecado de infidelidad, gozar de los atractivos que le ofrecían las escalas en los puertos, donde tanto se agasajaba a los marinos de la entonces floreciente escuadra nacional.

Las más apetecidas escalas eran las del Callao y la de Arica; la primera no sólo por la proximidad a Lima sino por sus propias ventajas: se hallaba en su apogeo comercial y social el primer puerto de la Repúbli-

ca, que tenía siempre su hermosa bahía poblada de barcos con banderas de diversos países al tope, y, en sus casas lujosas, animadas tertulias.

Habitaban Arica familias cultas y hospitalarias, con hijas tan seductoras que, en una estación de cuatro meses del bergantín *Guise* en aguas ariqueñas, se hubieran casado todos los oficiales si no llegara, en el momento menos pensado, orden telegráfica de levar anclas al día siguiente; por cierto que tres de los marinos recibieron la bendición nupcial antes de partir.

Idilios en capullo o en flor... También tragedias. A principios de 1854 era Palma contador del *Rimac*, transporte de guerra, surto a la sazón en el puerto de Casma, donde también se hallaba la fragata *Mercedes* que, remolcada por aquel, debía zarpar el 1 de mayo para el Callao, llevando un batallón de ochocientos hombres. La víspera del viaje estuvo en la *Mercedes* el contador del *Rimac*, ayudando al de la fragata, su amigo de la niñez, en los indispensables preparativos; cuando, ya al anochecer, quiso regresar a su buque, estaban izadas las escalas y arriadas todas las lanchas; de mal talante por el contratiempo, que lo obligaba a hacer en barco ajeno la travesía al Callao, se hallaba apoyado en la borda, cuando percibió al chinchorro del *Rimac*, manejado por unos marineros que llevaban comunicaciones de última hora para el comandante de la fragata. Dió Ricardo Palma a su colega un abrazo, que sería el último, y se metió contento en el barquichuelo que, por providencial designio, lo salvó de la muerte.

Con las primeras claridades del amanecer, emprendieron los dos barcos la peligrosa salida de Casma; el cable de remolque se rompió; estrellóse violentamente la *Mercedes* contra la *Viuda* o *Roca Negra*; apenas pu-

do salvar a poquísimos náufragos la gente del *Rimac*: ante sus ojos espantados se hundía la fragata y llegaba a sus oídos, el ulular dantesco, el clamor unánime: ¡Misericordia!

Al siguiente año navegaba el *Rimac* del Callao a Ilay; conducía entre oficialidad, tripulación y tropa con destino al departamento de Arequipa, unas novecientas personas. En la madrugada del 1 de marzo, Palma, entre sueños, escuchaba confusamente los diversos ruidos del despertar del buque: voces de mando, piteos, baldear de las cubiertas, chapoteo de los pies desnudos de los marineros; un oficial que entró en su camarote acabó de despertarlo.

—¿Contador, tiene usted cigarros?

—Aquí están. ¿Qué tal vamos?

—¡Psch! Hay niebla, y esta condenada costa tiene tantos arrecifes...

Salió el marino, y Palma procuraba volver a dormir cuando un espantoso sacudimiento del barco lo hizo saltar de la cama y lanzarse afuera. El primero con quien tropezó fué con el oficial de la matinal visita, llamado Ricardo Pimentel.

—¿Qué hay de nuevo, tocayo? — le preguntó, ansioso.

—¿Sabe usted nadar? — inquirió flemáticamente el otro, por vía de respuesta.

—Como un manojo de llaves. ¿Y usted?

—Lo mismo. De esta hecha nos lleva la trampa.

Volvió Ricardo Palma al camarote, a recoger la caja y la documentación del buque que, por razón de su cargo, le estaban encomendados; apresuradamente formó con ellos un paquete y, con igual precipitación, se disponía a salir cuando un rudo barquinazo, al tumbar la nave sobre uno de sus costados, cerró herméti-

camente la puerta. Fueron inútiles los desesperados forcejeos del contador por abrirla; convencido de la imposibilidad de lograrlo, recobró la calma y sentóse en el borde del lecho, resignado a morir en el trágico encierro. Un nuevo barquinazo, que acostó al buque sobre el lado opuesto, devolvióle, al abrir la puerta, débiles esperanzas de vida.

Encallado el *Rimac* en los arrecifes de la punta San Juan, buscaba su gente, enloquecida, manera de salvarse. El comandante, al contrario del de la *Mercedes*, aquel heroico don Juan Noel que sucumbió en su puesto, abandonó el barco; los oficiales de la marina y del ejército que no perdieron la serenidad, esforzábanse en organizar el salvamento de los pasajeros, que eran soldados de infantería y sus *rebonas*, imprescindible séquito femenino del antiguo ejército peruano, indias humildes y abnegadas hasta el sacrificio por ley de su inconsciencia. Una de ellas desatendía las órdenes del contador que le señalaba sitio en un bote. — *Siñor, istoy buscando mi perrito* — repetía constantemente. Hubo que embarcarla a la fuerza.

Con excepción de diez o doce nadadores que se ahogaron, el resto de los viajeros pudo ganar tierra, tierra inhóspita, sin agua ni árboles, arenales extensos por los que vagaron durante casi tres días los extenuados náufragos; ochenta y seis perecieron en la pampa desolada y los restantes llegaron a sitios habitados, Chaviña, Chocavento o Acari, donde alojaron a Palma en una choza, "con más semeblanza de espectros que de humanos aeres". (1)

Los periódicos de la época traen detallados relatos

(1) "Orgullo de cacique". Tomo III de "Tradiciones peruanas", por Ricardo Palma.

de la catástrofe y la severa sanción del Consejo de Guerra: condena al comandante a la pérdida de su empleo y clase y ordena el regreso, por dos años, a la Escuela Naval, de los oficiales, con excepción de Pimentel y Palma; declara que ambos y dos maquinistas son los únicos que cumplieron con su deber y les concede diversas recompensas.

La musa del contador rememoró aquellas horas terribles en los versos que se llaman *En un naufragio*.

IV.

HACIA EL PUERTO

En nuestra historia republicana desempeña la Marina de guerra función muy importante, que en el último cuarto del siglo XIX alcanzó gloriosa culminación con las hazañas del *Huáscar* y su épico final.

Esforzábanse los gobernantes, principalmente el mariscal Castilla, en conseguir el adelanto de la escuadra, mandando construir buques en los arsenales europeos y dotándolos de oficialidad nacional, entendida y culta, a la que se acogía con halago en los centros sociales y trataban los mandatarios con especial simpatía.

Palma alude a esto en algunas de sus tradiciones, recordando en *El baile de la Victoria*, la asistencia de los marinos a ese espléndido sarno del presidente Echagüe, y en *El godo Maroto* las cotidianas visitas de don Ramón Castilla a su barco, durante el verano del 58. Pasábalo en Chorrillos, el "Gobierno" como, sin intención de imitar a Luis XIV, se llamaba a sí mismo Castilla, e íbase por las tardes a bordo para charlar con

el comandante y los oficiales, llevándose a comer a su casa a alguno de ellos al regresar a tierra.

Si los gobernantes agasajaban a los marinos, no les iban en zaga los caudillos de oposición, y hubo uno, el general Vivanco, que por sus cualidades personales ejerció singular influencia sobre la juventud.

Tenía don Manuel Ignacio de Vivanco gentil prestancia, finos modales, elegancia en el vestir y fluida casticidad en el hablar. Encarnaba al caudillo literato, raro ejemplar en nuestras democracias, y su decisión de dominar el desorden estableciendo un gobierno inteligente y fuerte, llevó al partido de Vivanco a personalidades del vigoroso relieve de la de don Felipe Pardo, a quien el entusiasmo por el Supremo Director le inspiró su única poesía romántica, *La lámpara*, en la cual gallardamente da al olvido las lecciones de don Alberto Lista, la tendencia didáctica de sus comedias moratinianas y su genio satírico.

Aún más vivo y, sobre todo, ^{moda}alborotado entusiasmo que sus contemporáneos, sentía por Vivanco la juventud. Ricardo Palma ha escrito "vivanquistas éramos la mayoría de los limeños", y confiesa, sonriendo, que él y los otros mozalbetes creían que la condición *sine qua non* para merecer aquel dictado consistía en pronunciar castizamente, a la manera del político purista, la *c* y la *z*, a lo cual, a costa de no poco trabajo, llegaron a acostumbrarse; la costumbre se les quitó cuando los limeños dieron en burlarse de su atildada prosodia y en apodararlos arequeños. (1)

... Ausente en Chile Vivanco, lo llamaron sus fervorosos partidarios de Arequipa, ciudad que fué el foco de sus actividades revolucionarias, para que enca-

(1) "Usurpaciones oficiales". Tomo V de "Tradiciones peruanas".

bezara la oposición armada contra el segundo gobierno de Castilla. Llegado al Perú el general Vivanco, a fines del 56, estalló la rebelión, apoyada por parte de la escuadra, para satisfacción de Palma.

El insigne escritor nacional, José de la Riva-Agüero, en el bellísimo y cariñoso artículo necrológico que al Tradicionalista dedicó, se pregunta cómo éste, "volteriano, liberal militante", pudo estar al lado del reaccionario Vivanco, y encuentra la explicación en que "se prendó de Vivanco mucho más que de la reacción que simbolizaba. Como toda la juventud culta de su tiempo en el Perú, se rindió a la fascinación de aquel bizarro general", que era "un devoto de Cervantes, un hablista exquisito, un académico". Agréguese a esto que el liberalismo de Castilla, más circunstancial que doctrinario, se teñía de autoritarismo en el Gobierno, a lo cual se debió que Vivanco tuviera a su lado, no sólo al elemento conservador sino a los que creían que don Ramón no cumplía el programa que triunfó en la batalla de la Palma y a principistas de la recia envergadura de Toribio Pacheco, convencido liberal en política sin desmedro de su acendrado catolicismo. || →

Proporcionó la revolución a Ricardo Palma, y por cierto que en condiciones desfavorables y hasta peligrosas para él, ocasión de tratar personalmente al admirado caudillo. Se había sometido a Consejo de Guerra a un oficial que nombró a Palma como su defensor; el fiscal pedía la última pena; Palma, calurosa y enérgicamente abogó por el reo, insistiendo en lo absurdo de tal rigor en país donde nadie estaba exento de la acusación de revolucionario, en lo impopular y contraproducente de esas medidas extremas y en la precisión de que el vivanquismo no volviera a mancharse de sangre. Tan clara alusión al fusilamiento de

los capitanes Lastres y Verástegui, que enroló a Lima en 1843 y resultó causa eficiente de la caída de Vivanco, produjo a éste molestia suma. Irritado, mandó comparecer al defensor.

Verificóse la entrevista en el alojamiento de Vivanco, en Lambayeque, que era la casa de la autoridad, una de las mejores de la población, y tenía un largo corredor de madera por el cual se entraba en una sala grande y destaralada. Hallábanse en el corredor, cuando llegó Palma, a eso de las ocho o nueve de la noche, varios amigos suyos; contestaron fríamente a su saludo y esquivaron entablar conversación. — En mal caballo me ven éstos — pensó el joven, apartándose de los grupos. En esto apareció Vivanco; Palma se inclinó, saludándolo.

— ¡Hola, Astete! — respondió el general, confundiéndolo con el marino Germán Astete, a quien se parecía.

— No, señor, no soy Astete; soy Ricardo Palma.

— ¡Ah! ¡Con que usted es Palma! — dijo el jefe de la revolución, frunciendo el ceño. — Venga conmigo; tenemos que hablar.

Pasaron ambos a la sala; los demás se quedaron en el corredor, entretenidos en formular siniestras predicciones. El diálogo se prolongaba. ¡Malo! Llegó a temer alguno que al poeta le oliera la cabeza a pólvora. Transcurrió una hora, hora y media; multiplicábase las conjeturas y crecía la curiosidad. Al cabo, dos o tres de los más impacientes se decidieron a penetrar en la sala; ambos interlocutores hablaban animadamente, pero sin exaltación. ¿De qué? ¿De qué había de ser! De Literatura. Vivanco, comprendiendo desde las primeras frases cambiadas con Palma, que al fin podía saborear el raro placer de conversar de lo suyo,

después de censurar brevemente, por fórmula, la tesis del defensor, se enfrascó en larguísima charla con el literato. Así comenzó entre ambos la vinculación amistosa, más estrecha y duradera que la política, la cual no tardó en romperse a causa de la diferencia de ideologías, agravada por la penosa impresión que sufrió Palma al oír decir a Vivanco ante el cadáver de uno de sus partidarios, con frialdad de estetizante: — "Tan feo está de muerto como de vivo".

La habilidad, el dinamismo y la audacia del mariscal Castilla dominaron la revolución, y casi simultáneamente obtuvieron para el país los efímeros lauros de la brillante e infructuosa campaña sobre el Ecuador. El baneo en que servía Palma participó en el bloqueo de Guayaquil y en los agasajos cambiados con su sociedad no bien se hizo la paz.

A poco separóse Ricardo Palma de la Marina; los ocho años que permaneció en ella fueron de importancia decisiva para su porvenir de escritor. La prensa de entonces guarda numerosas manifestaciones de su actividad durante ese período, principalmente *El Heraldo de Lima*, de honrosa memoria en nuestro periodismo por su sereno razonar y el elevado tono que caracterizaron las lides políticas y doctrinarias sostenidas por el fundador del diario, Toribio Pacheco, y por sus compañeros y sucesores, Corpancho y Mansilla.

Hojeando periódicos vemos que, al menos durante los primeros años, trabajaba en la nave el joven escritor para sus amigos del escenario y frecuentaba los teatros cuando permanecía en la capital. Hay un soneto de O'Leighin, elogiando su dramática interpretación del protagonista de *La Carcajada*, y una nota del celebrado actor anunciando al público que, para su beneficio, lo había favorecido su amigo Palma con la

traducción de la obra nueva de Mr. Bouchardy *El gitano o la terrible venganza*. Más terrible debe ser la pieza, a juzgar por su nombre espeluznante.

1253 Vemos también elogiosos párrafos, comentando la aparición de *Poesías*, (junio, 1885), diversas composiciones patrióticas y amorosas, de las cuales no todas pasaron del periódico al libro, y artículos que nos enteran de questioncillas y resquemores entre literatos. Hoy resulta imposible, o poco menos, descubrir qué nombres se ocultaban tras estos pseudónimos, firmantes de una traviesa polémica: *Platón, Catón el Censor, César de Bazán, Chicot*.

Dieron origen a la polémica ciertos dítirambos dedicados por *Catón* a Althaus y Lina, y la ingenua complacencia con que ellos aceptaron que se les equiparara con Dante y Tasso. *Platón* dió por deshecho el nudo del asuntillo con la siguiente maligna cuarteta:

Si me ofreces, lector, el ser discreto
y tu silencio mi confianza abona,
te diré por favor, pero en secreto,
que los *Catones* son A... y Ll...

Puso fin a la cuestión el ingenioso y fino escritor venezolano Juan Vicente Camacho, en cuyas admirables *Cartas tyreas* se encerraba uno de los mayores alieciotes del *Heraldo*, protestando, con altiva seriedad, de que a Palma y a él se les atribuyera los burlescos ataques.

No es por las producciones enconstradas en los periódicos, simples escarceos o promesas, por lo que resultaron decisivos sus años de marino para la formación literaria de Ricardo Palma. Había sido, desde la adolescencia, incansable curioso de libros y papeles, lector



Magisteral cabeza de don Ricardo Palma, ejecutada en
arzon por Manuel Piquerio Cidoli, que se encuentra en
la Biblioteca "Entre Nos", de Lima.



Wladimir Palov en el año 1884.



Doña Cristina Román, esposa de Ricardo Palma.



Casa natal de Ricardo Palma, en Lima.

desordenado y ávido. Dramas de Dumas, comedias de Bretón, capilladas de *Fray Gerundio*, crónicas de Calancha, novelas de Walter Scott, artículos de Larra, orientales de Zorrilla, manuscritos de la Biblioteca de Lima, versos de Víctor Hugo, todo lo devoraba, atropellada y golosamente, su ansia espiritual. Providenciales circunstancias lo llevaron al camino mejor para encontrarse.

Destinaron su barco a una estación de seis meses en las islas de Chíncha; escasamente habitado el lugar, monótono el paisaje, creyó sin duda el contador que la permanencia le parecería interminable y que lo aburriría el tedio. Felizmente, el buque poseía una nutrida biblioteca y en ella figuraba la colección de clásicos, de Rivadeneyra.

Consagróse a su estudio Palma con apasionado interés. La calma, el aislamiento hacían más gustosa la lectura, más íntima la compenetración con los maestros, más sabio y refinado el deleite. Pero Ricardo Palma no pudo sospechar entonces, aunque después supo reconocerlo, que en la aburrida tristeza de las islas de Chíncha hallaría, feroz entre bruma, la norma de sus aficiones, la brújula indicadora del norte presentado que lo llevaría a la evocación poética y humorística del pasado, al saborco, desde lo ancestral, de las sales y las nieves del lenguaje, a las fuentes vivas de la fuerza y la gracia de su obra.

V.

AVENTURAS POLITICAS

1860. Los románticos van dejando de serlo; su juventud, al avanzar, se viriliza; ahora quieren pensar más que soñar; la acción los solicita y planean la obra constructiva.

Siempre dan las notas de la lira madrigales para las bellas; pero los dramas gemebundos ya están olvidados; algún autor clarividente sonríe, recordándolos; tal vez otro recalcitrante, suspira, y los dos saben que a los caballeros cruzados, y a las princesas cautivas, y a los donceles suspirantes, y a las damas de tontillo ya las han cantado bastante en Europa; va llegando el momento de respirar el propio ambiente y mirar dentro de sí.

También el tono general de las costumbres, los aspectos cotidianos van cambiando; penetran poco a poco en el país los progresos de la industria y aires de fuera refrescan la atmósfera; llega a nuestras playas el primer vapor; el penacho de humo de las locomotoras sube más alto que las olorosas nubes de sahumerio; ya apenas se oye a las gentes de color el *mi amita* y el *su mercé* de los antiguos esclavos, convertidos en servidores libres, y las limeñas abandonan el traje de saya y manto, creado por su invención coqueta, y lucen las últimas modas de París; protestan nostálgicos los hombres; ellas, muy mujeres, se atavian conforme a su antojo, seguras de gustar sin complacer.

Los muchachos que a principios del anterior decenio paseaban por los claustros del convictorio Carolino y

del colegio de Guadalupe, son los hombres de la actualidad; uno de ellos, José Antonio Lavalle, funda *La Revista de Lima*, anheloso de que se realice obra de cultura nacional, análoga a la del *Mercurio peruano*, de la generación precursora de la Independencia; colaboran allí los viejos prestigios y los hombres del día. Ricardo Palma publica sus primeras tradiciones.

Desde los tiempos de iniciación, sintióse atraído por los temas legendarios; en 1852 escribió *El hermano de Atahualpa* que, según acertada observación del autor, es más una novelita romántica que una tradición; algo se acerca a las condiciones de ésta, si no en el estilo, en la brevedad, la leyenda incásica, *Palla Huarcuna* (1860); las peculiaridades del género empiezan a precisarse en *Mujer y tigre*, *El Nazareno* y *Justos y pecadores*, fechadas en los años 60 y 61. Proporcionale argumento para la primera un proceso criminal; en ella, así como en las otras dos citadas, quedan resabios románticos en el lenguaje y en el desarrollo del asunto; por ejemplo, la forma del diálogo y la intercalación de episodios explicativos; pero se acusan vigorosamente, para continuar acentuándose en otras tradiciones de la serie primogénita (*Don Dinás de la Tijereta*, *Un litigio original*, ¡Pues bonita soy yo, la Castellanos!), el culto del idioma, libre culto del amor, no de liturgia, nacido en el retiro de las islas de Chincha, la potencia evocadora y el personal humorismo, características inconfundibles de la obra total.

No olvida por completo el bardo sus antiguas aficiones; varias de las composiciones de *Armonías*, *Cantarcillos* y *Traducciones* se escribieron entonces; dejemos que rememore el goce selecto que a una de estas poesías debió: "Hice yo en 1859, la traducción de un capítulo — *La Conciencia* — de la *Leyenda de las*

59

1854

siglos, de Víctor Hugo. Don Felipe Pardo que, como Bello y Olmedo, es una de las imperecederas glorias de la América latina, quiso que le fuese presentado para felicitarme. Nada hay que halague tanto al soldado raso como alcanzar, en el campo de batalla, una distinción o enhorabuena del general.

"Aunque la parálisis tenía postrado su cuerpo, el cerebro del egregio literato conservaba toda su lucidez. Nunca habría podido yo imaginarme que mi traducción, que es casi literal, realzara la grandeza del original francés, mérito que acaso no debo considerar como exclusivo de mi ingenio, sino que toca en mucho a la fadole de la lengua. El monótono martilleo del alejandrino gálico no alcanza a revestir la idea de la solemnidad que le prestan el endecasílabo y el heptasílabo castellano. Hoy mismo sigo creyendo, como don Felipe Pardo, que mi traducción de *La Conciencia* es de lo mejor que, en verso, ha salido de mi pluma". (1)

Tanta admiración como por don Felipe, sintió Palma por otro veterano escritor de esos tiempos, don Manuel Ascensio Segura, a quien además lo ligaba franca camaradería, pues, como refiere en las varias veces citadas confidencias de *La Bohemia*, "Segura, aunque nacido en 1805, era gran amigote de los bohemios venidos al mundo después de 1830". En la comedia *El Santo de Panchita* del criollísimo autor cómico, colaboró Ricardo Palma, introduciendo un personaje "al que convinimos en bautizar con el nombre de doña Chombita, inspirado por otro de la misma obra, "doña Feliciano, perfecta copia del original por ambos conocido"... y que daba "campo para exhibir a otra vieja, que nos era igualmente familiar".

(1) "La Bohemia de mi tiempo", por Ricardo Palma.

Entretanto, la lucha doctrinaria y política arreciaba en el país; rompió el presidente Castilla con los liberales y, apoyado por buena parte de la juventud intelectual, se puso al frente de la oposición don José Gálvez, antiguo discípulo de don Bartolomé Herrera, apóstol de los conservadores; Gálvez lo fué del liberalismo, y opuso a los principios restrictivos y seleccionadores del viejo maestro la avanzada ideología que sostuvo en las aulas de Guadalupe y en el rectorado de San Carlos, donde reaccionó contra el plan escolástico de Herrera, y que sostuvo en la tribuna de la Convención.

Los periodistas combatían empeñosamente. Palma, partidario ardoroso de Gálvez, no se descuidaba en esgrimir contra los adversarios la pluma traviesa. En la moda literaria de aquellos años, ocupaban sitio muy principal los cantares, que la sencilla musa aldeana de Antonio Trueba popularizó en América y en España. Imitólos con fortuna el fácil ingenio de Ricardo Palma, y aprovechó de ellos para hacer escapatorias desde los plácidos campos del folklore a los accidentados de la política.

Por lo general, los *Cantarcillos* de Palma son, en su primera parte, romancitos amorosos, premeditadamente apegados a la ingenuidad del modelo; en la segunda convierte el estribillo en arma satírica.

Niña de los ojos negros,
bucarito de alelí,
te conocí el barlovento
desde que te vi venir,

le dice a una chica, declarándose enterado de sus ardi-

des; y luego, ante el incumplimiento de los programas ministeriales, el cantor murmura que el pueblo

Al mirar los pretendientes
cruzar de aquí para allí,
les conoce el barlovento
desde que los ve venir.

La coplilla:

Rema, mi vida, rema,
vamos remando
que otra orilla veremos
Dios sabe cuando,

le sugiere esta otra, como contera de intencionados octosilabos:

Rema, mi patria, rema,
vamos remando
vendrá otro ministerio
Dios sabe cuando.

Al empeño del Presidente en conservar determinados ministros, le aplica lo de

Quererle cortar las alas
a dos que se quieren bien,
es echarle leña al fuego
y sentarse a verlo arder.

Y, empecatado burlón, consuela de sus malandanzas a proscritos y encarcelados, recordándoles que

La ~~ley~~ del yunque y del martillo
 es la ley universal;
 cuando uno es yunque, recibe;
 cuando uno es martillo, da.

La campaña de prensa alentaba la conspiración contra el gobierno de Castilla, que culminó con el ataque a la morada particular del Presidente, en la madrugada del 2 de noviembre de 1860. Don José Gálvez encargó a Ricardo Palma que avisara por telégrafo al Callao el momento en que los conjurados del puerto debían secundar el movimiento de la capital; el momento no llegó pues fracasó el asalto a la casa de la calle de Divorciadas.

Castilla, hidalgo, no extremó las represalias; desterró a Gálvez, su tenaz opositor, que emprendió viaje a Francia; otros de los conspiradores permanecieron en el país, ocultos al principio, después libremente.

Palma se asiló en la legación de Chile, instalada entonces en el palacio de Torre Tagle, el más bello y característico legado de arquitectura urbana que el virreinato dejara a la ciudad. De ella salió, acompañado por el ministro chileno, señor Astaburuaga, a embarcarse en el Callao para Valparaíso.

La última visión que de su Lima se llevaba el escritor criollo era la de la casona evocadora, con enormes patios, anchos corredores, zócalos de azulejos lucientes, espaciosas habitaciones ricamente decoradas y balcones de artística talla, balcones con reminiscencias moriscas, de caladas celosías, misteriosas y sugeridoras.

VI.

EN EL DESTIERRO

Entre las repúblicas del Perú y Chile existe, desde que lo son y sin que para ^{la} continua vigencia haya sido preciso conferencias diplomáticas ni canje de protocolos, lo que en Derecho internacional podría llamarse intercambio de revolucionarios.

Nutrido contingente de emigrados políticos mandó a la nación del Sur el Perú, agitado por frecuentes contiendas durante la gran parte del siglo XIX, y Chile le correspondió cumplidamente al final de la centuria, enviándole a los perseguidos por la revolución del Congreso contra Balmaceda, y después a no pocos partidarios de este gobernante, derrocado en las sangrientas batallas de Concepción y la Placilla. Estaban frescos entonces los recuerdos de la guerra fratricida y quedaban huellas patentizadoras de la lucha y la invasión; nada de esto representó obstáculo para que la sociedad y el pueblo peruanos vieran en los refugiados chilenos sólo políticos en desgracia y los acogieran con hospitalaria cordialidad, que ellos supieron estimar.

La vinculación intelectual también existió; en condición de plenipotenciarios o de desterrados, según el cariz de la situación, vivieron en Chile don Felipe y don José Pardo; el primero que, como los generales Gamarra, Vivanco, Castilla, San Ramón y Nieto, conspiraba desde el destierro contra Santa Cruz y la Confederación, frecuentaba la casa del venezolano don Andrés Bello, maestro de la juventud chilena y de las letras americanas, donde los tertulios, discurriendo sobre el

léxico o recitando versos, daban a momentáneo y grato olvido los temas candentes. Más tarde, en 1859, don José Pardo obtuvo en un concurso alto premio por su oda *A la Independencia de América*.

En reciprocidad, vinieron al Perú prestigiosos chilenos: el liberal ilustre Manuel Bilbao, que enriqueció nuestra literatura histórica con su libro sobre Salaverry; su hermano Francisco, el de la salada polémica con Juan de los Heros sobre el lugar natal de Santa Rosa; Benjamin Vicuña Mackenna, historiador preclaro; el poeta Eusebio Lillo, secretario de la legación presidida por Astaburuaga; el célebre publicista don José Victorino Lastarria, que en 1851 escribió al general don Bartolomé Mitre extensa epístola, relatándole sus impresiones de Lima.

Curiosa es la carta, de sabor agríduleo, con su mezcla de elogios y censuras, reveladora de sustanciales diferencias entre la gente de Santiago y la de Lima. El clima y la herencia étnica de los criollos, descendientes, en su mayor parte, de vascos, los de Chile, y de andaluces y castellanos los del Perú, explican estas diferencias, acentuadas por la diferente organización de la vida republicana en ambos países; mientras en el Perú imperaba el personalismo, suscitador de frecuentes revueltas, seguidas del generoso olvido del vencedor, en Chile la mano férrea de don Diego Portales ahogó el desorden y formó una poderosa oligarquía conservadora. Lastarria nota las diferencias y las expone, severo o burlón. Le extraña que don Bartolomé Herrera enseñe Derecho constitucional por el texto de Pinheiro Ferreira, donde se dice que, según San Pablo, el que manda ejerce una misión divina, y elogia a la Biblioteca de Lima y a Vigil, su director; elogia así mismo, al joven pintor Francisco Lazo y halla al pueblo limeño más artista que el

D. H. 77

de Santiago, pero también más aficionado a la holganza y a las diversiones. Le gustan las mujeres de Lima, encuentra a la sociedad más simpática, por su culta llaneza, que la orgullosa y reservada de Santiago y entera a sus compatriotas de que "los limeños tienen la fortuna de no conocer la escolta presidencial, porque el general Castilla se pasea como cualquier ciudadano en la Alameda y en las calles". Se ríe francamente de la abundante cosecha de santos dada por Lima, y luego, poniéndose grave, pronostica la superioridad de Chile en el porvenir, porque su pueblo tiene más carácter. Concreta la nota pintoresca en los pregones de un ciego que, en los portales de Botoneros y Eseribanos ofrecen "¡Cuatro panes de jabón y la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, por un real!", y, por el mismo precio, "un bellísimo romance en que se aprende por principios el arte de..." bueno, el arte aquel que, al decir de Cervantes, es indispensable en toda república bien organizada. Y principista, podría agregarse.

A las relaciones de origen político y literario entre peruanos y chilenos, hay que añadir las provenientes de entronques familiares y relación social, causa o pretexto de viajes fomentados por la curiosidad que en unos y otros despertaban las particularidades del país vecino. Iba, pues, Ricardo Palma a lugar nuevo, pero no desconocido, y llevaba entre sus papeles una carta del segundo secretario de la legación en Lima, Ruperto Murillo, recomendándolo a su padre, administrador de la aduana de Valparaíso. Medio siglo después, ya en el XX, unos versos en el álbum de Virginia Murillo, reproducidos en una revista bonaerense, evocaron en su autor la grata memoria de aquel primer hogar amigo que visitó en Chile.

Tres años duró el destierro de Palma, años proveche-

Palma a su hijo.

ses para el escritor, que en ellos trabajó asiduamente (1), y para el hombre, que amplió el campo de su visión espiritual, al cambiar de horizontes. Vivió alternativamente en Santiago y en Valparaíso, y en una y otra ciudad frecuentó redacciones de periódicos, bibliotecas, teatros, casas modestas y ennobrecidos hogares. Fué uno de éstos, durante un veraneo en Valparaíso, el de su compatriota, Federico Torrico, *amateur* inteligente en pintura, elegante tipo de limeño, muy apreciado en Chile, donde estaba emparentada su mujer y era muy considerado su padre, el ex presidente general Torrico. Concurría a la casa lo más selecto de la sociedad de Valparaíso y del grupo de veraneantes, empezando por el jefe del Estado, don Joaquín Pérez.

En la capital de Chile, asistía el deportado escritor a la tertulia de la condesa Toro, interesante ejemplar de dama suramericana, que bien merece le consagre detenido estudio algún literato — quizás, de preferencia, literato — de su país. Las noticias, escasas, desgraciadamente, que de ella tengo, me la presentan como mujer de clara y sutil inteligencia, perspicaz conocedora del mundo y con el don precioso de atraer y arraigar simpatías. Nadie sintió mejor la potencia de ese don, potencia avivada por la reciprocidad, que el general Vivanco, gallardo, elegante y culto.

La condesa reunía en su salón a la alta sociedad de Santiago y a numerosos extranjeros; no escaseaban los peruanos; a uno de éstos, más dueño en estrategia que en prácticas mundanas, se le escapó de la mano la taza de té, haciéndose añicos; confuso y desazonado, el bravo general se deshizo en excusas, que la dueña de casa es-

Santiago

Vivanco

(1). El escritor chileno, don Guillermo Feliú y Cruz, es autor de una excelente bibliografía de Palma, precedida de un estudio sobre su estancia en Chile.



euchaba risueña, quitando importancia al incidente. En la misma sala, un vástago de la vieja aristocracia limeña, Domingo Mendoza y Boza, jugaba rocambo en una mesa, alumbrada por bujías de cera en ricos candelabros de cristal; un movimiento descuidado del jugador tiró al suelo uno de los candelabros, destrozándolo.

— Recoja usted eso — dijo con indiferencia el limeño a un criado, suscitando en la condesa intencionada sonrisa y la siguiente comparación implícita: — Este sí está acostumbrado a romper.

Pocos días después, una fecha señalada daba a Mendoza cortés pretexto para enviar un regalo a su encumbrada amiga.

A estos esparcimientos, sumaba Palma otros, más democráticos y alborotados, que en algunas ocasiones le valieron el reproche de la madre de su amigo, el escritor Acario Cotapos, expresado en términos muy chilenos:

— *Habís estado de remolienda, perro poeta.*

Ni *remoliendas* ni solaces por lo fino impidieron a Palma dedicarse, en Chile, a empeñosa tarea literaria. En los numerosos artículos necrológicos que la Prensa de esa nación le consagró, se habla de su colaboración constante en diversas publicaciones, principalmente en la revista *Sud América*, de Valparaíso, donde trató de las producciones de varios de sus compatriotas, como el festivo comediógrafo Segura, a quien consideraba el Bretón peruano, el vate arequipeño Manuel Castillo, sus condiscípulos Carlos Augusto Salaverry y Adolfo García, y aquel bardo vagabundo y estrafulario, apodado el *Diógenes peruano*, que se llamó Angel Fernando Quirós. También estudió autores de otros países de América, como el ecuatoriano Juan León Mera, el venezolano Juan Vicente Camacho, dilecto amigo de Palma y muy

querido en el Perú por su porte caballeresco, su pluma ática y su fina ironía, y los argentinos Gutiérrez y Alberdi, a quienes, según las indicadas noticias, se refiere en el folleto *Doz poetas. Apuntes de mi cartera*, publicado en Valparaíso, el año 1861. (1).

La revista *Sud América* era órgano de la Sociedad Amigos de la ilustración, de la cual formaban parte doña Rosario Orrego de Uribe, Jacinto Chacón, José Antonio Soffia y Eduardo de la Barra. Ellos y otros descollantes escritores y periodistas chilenos como los Arteaga Alemparte, Rómulo Mandiola, Victorino Lastarria, Adolfo Ibáñez, Domingo Santa María, Zerobabel Rodríguez, Marcial Martínez, los Amunátegui y los insignes historiadores Diego Barros Arana y Benjamín Vicuña MacKenna, dieron a Palma, en conversaciones y lecturas el ambiente literario que alienta y estimula la producción. El huésped, con su laboriosidad, su ingenio y la corrección de su trato, correspondió a la afectuosa acogida.

Era la época de la intentona monárquica de los europeos en Méjico, que provocó viva indignación en la América española. La cancillería peruana elevó, la primera, su protesta oficial, en todas las repúblicas se organizaban manifestaciones cívicas y las plumas se esgrimían incansables, defendiendo a Méjico.

Un entusiasta grupo de chilenos celebró una velada teatral a la cual asistieron los desterrados del Perú. Ricardo Palma ocupaba el mismo palco que el general don Fernán del Castillo y el ilustrado juriscónsul to don Manuel Toribio Ureta. Quemaba la atmósfera. Los discurs-

(1) También de 1861, y fechada en Valparaíso, el 10 de enero, es el manifiesto sobre "La revolución del 22 de noviembre en el Perú", con las firmas de cinco de los desterrados, en primer lugar la de Palma, que sin duda fué el autor del documento.

ses ardían en un candel. Uno de los oradores execró a los tiranos de América: don Juan Manuel de Rosas, el doctor Francia y el mariscal Castilla.

—Esto no se puede tolerar — exclamó Palma, nervioso. — Proteste usted, general.

—No soy hombre de discursos — repuso Castillo.

—Usted sí lo es, doctor Ureta — insistió el literato.

—Además, usted ha sido ministro de Castilla; está obligado a hablar.

—No vale la pena — respondió filosóficamente Ureta, que ya no sentía en la sangre el ardor de la mocedad.

Palma no quiso contenerse más; se puso en pie y, dirigiéndose al público, dijo que, contando con su venia, refutaba al orador que presentaba a su patria como sometida a un tirano; ni el Perú estaba esclavizado ni producía tiranos, y harto autorizado se hallaba para afirmar que no podía considerarse como tal al presidente Castilla, quien se encontraba en el destierro precisamente por haberlo combatido franca y tenazmente.

El discurso provocó aplausos y comentarios; sus ecos llegaron al Perú y, por supuesto, hasta los oídos de Castilla.

—Buen muchacho... buen muchacho ese Palmita — dijo don Ramón, con su peculiar manera de cortar y repetir las frases que hasta ahora imitan los peruanos, aunque ya casi no quede sobre la tierra quien alcanzara a oírlo. — Tiene talento... y es patriota... sí... muy patriota... Yo lo quiero... pero él no me quiere a mí... no me quiere.

Transcurridos pocos años, el general Castilla llegó a convencerse de que se equivocó en esta creencia. Evolucionaban los tiempos y los hombres, y Ricardo Palma pudo ver en el general Castilla, a pesar de sus errores y abusos de autoridad, lo que en realidad fué: patriota

sincero, conocedor avisado y socarrón del país y de su gente, espíritu generoso, limpio de mezquindades. Especialmente: un gran peruano.

VII

POR DOS CONTINENTES

(1)

apenas 1 año y 10 meses

En 1863 regresó Palma al Perú; los tres años de destierro, de los cuales pasó unos pocos meses en Guayaquil, ciudad a la que dedicó halagüeño recuerdo en la tradición *El Cristo de la Aguila*, acrecieron e intensificaron su conocimiento del mundo y de los hombres, manantial fuente de la obra literaria.

Al volver a Lima, dióse con empeño el escritor a revisar, ordenar y dar forma a los apuntes tomados en diversas épocas de manuscritos de la Biblioteca Nacional y crónicas de conventos. Ellos constituyen los *Anales de la Inquisición de Lima*, cuyo origen y significación manifestó el autor, al publicar su cuarta edición, en las *Cuatro palabritas* que siguen:

"La primera edición de estos *Anales* apareció en 1863, la segunda en 1872 y la tercera en 1897. En la presente, ha empujado el autor de suprimir algo que pecaba de inexacto, y de aumentar mucho que ofrece novedad. En cuanto a la forma, no ha juzgado conveniente alterarla, para que no pierda este trabajo su modesto carácter de estudio o ensayo histórico. Fué escrito en época en que el autor estaba muy distante de alimentar pretensiones literarias, y, por lo mismo, quiere que subsista tal como salió de su pluma y con los lunares de forma propios de la inexperiencia.

Guayaquil
???

1867

En
Guayaquil
1867

1867

(1)

El 6 de Agosto de 1862 se dio por Castillo que iba a
darse a conocer la obra de Amador...
1862

En el mes de Agosto de 1862 se dio por Castillo que iba a
darse a conocer la obra de Amador...
1862

"Referencias hay en estas páginas a obras y manuscritos que existieron en la Biblioteca de Lima. Fatalmente, este edificio fué entrado a saco en marzo de 1881, y los cincuenta mil volúmenes que contuvo, de los que ocho mil se contralan exclusivamente a la América colonial, sólo Dios conoce las manos a donde habrán ido. Pero si no es hacedero comprobar hoy todas las citas, téngase presente, para no dudar de su autenticidad, que las dos primeras ediciones de los *Anales* se hicieron cuando aún existía, como fuente de consulta para los hombres de letras, y para los amantes de la Historia, aquella valiosa Biblioteca, la mejor, sin duda, de la América latina, y los interesantes códigos del, también destruido, Archivo Nacional.

"En resumen: estos *Anales* son la armazón de un libro filosófico-social, que otro, más competente, escribirá. El autor se conforma con que no se le niegue el mérito de haber pacientemente acopiado los datos. La tela y los materiales son suyos. Que otro pinte el cuadro".

Pocos meses después de la aparición del libro, a fines del 63 o comienzos del 64, se nombró a Palma cónsul en el Pará. La vispera de su partida de Lima, pasando, al anochecer, por la plaza de la Inquisición, se encontró con el general Castilla, que salía del Senado; acercóse el viajero a pedirle órdenes; el viejo Castilla invitó a su opositor de años todavía próximos, a acompañarle hasta su casa, la casa de la calle de Divorciadas, asaltada por los conjurados del 60, y antes de echar a andar don Ramón Castilla dijo a Palma, mostrándole la gallarda estatua que se yergue en la plaza, su opinión sobre la actuación de Bolívar en el Perú.

La impresión que en el literato limeño produjo el Brasil se concreta en dos palabras: deslumbramiento y bochorno; deslumbramiento ante el paisaje maravilloso

¿Quiero lo mismo?
 No el general comandante de Perú.
 Don Antonio.
 Palma es diputado. Opositorista.
 Cuando en parlamento de 1861 de la Cámara de Diputados.
 Compañero de Palma de Perú.

y la voz llorosa, salió a su encuentro, y, abrazándolo, lo llevó a la habitación inmediata, donde yacía, entre flores y cirios, su compañera, Genoveva Charny.

Pasadas unas cuantas páginas, están los versos a Laura Ascasubi, hija del bardo argentino, general Hilario Ascasubi. No obstante la diferencia de edades, se vincularon estrechamente ambos escritores y juntos realizaron dos peregrinaciones, obligatorias en el ritual romántico. Condújolos la primera a la casa de Lamartine: frío, taciturno, indiferente, el egregio vate de las *Meditaciones* desilusionó a Palma. El lo referiría llanamente, treinta años después, al evocar, en los *Recuerdos de España*, su primera entrevista con Zorrilla:

"A pesar de que estaba yo aún en plena mocedad, no experimenté emoción igual a la que ante Zorrilla sentía. En Lamartine, el hombre me desencantó a los cinco minutos. Me pareció un simple mortal, con levita negra y corbatín de cerda, uno de tantos que pasean el *boulevard* de la Magdalena. No correspondió a mi ideal, lo confieso. En cambio, Zorrilla, superó mi ideal".

La otra peregrinación fué al *Père Lachaise*, a la tumba del poeta más poeta de Francia, Alfredo de Musset. Al lado de su tumba, hundieron los dos sudamericanos el tronco esbelto de un sauce, acatando el melancólico ruego:

*Mes chers amis, quand je mourrai,
plantez un saule au cimetière...*

Una composición llamada *Aflicción íntima* está dedicada a Luis Benjamín Cisneros, a quien Palma quiso con afecto profundo de hermano mayor. Condiscípulos en San Carlos, compañeros en la risueña y estudiosa bohemia de Lima, intimaron aún más en Europa, donde

Palma habitó por uno o dos meses en casa de su compatriota, a la sazón cónsul del Perú en el Havre. Brumoso es el cielo de la ciudad, fría su atmósfera; pero en la modesta mansión del peruano había claridad y suave calor, gracias a Lenalah, la amada de Cisneros.

Por aquella época conoció en París Ricardo Palma al pintor Ignacio Merino, de gloriosa reputación en el arte nacional. Popular en el barrio Latino, rompían en aplausos los concurrentes hispanos americanos de la *Closerie des Lilas* cuando veían aparecer la hermosa figura del artista ya viejo, alto y robusto, con abundante barba rubia plateada de canas, calva luciente y franca risa, siempre acompañado de Mimís y Musettes veinteañeras.

Sigamos hojeando el libro. Sólo dos impresiones de Inglaterra, de opuesto carácter, figuran en él. Palma admiraba en Londres la ciudad más grandiosa y monumental de cuantas conoció, y juzgaba excelente su organización y confortables sus hábitos; pero no se creyó obligado a cantar la abadía de Westminster, ni la histórica Torre, ni la paz del *home*, ni el pastoril encanto del *cottage*. Decía también que era la tierra de las viejas más feas y las niñas más bonitas de Europa; discretamente, sólo a lo último aludió en la poesía a una

Virgen de los rizos de oro,
perla de la costa inglesa,

a quien aplicó el delicado cantar:

Bendígate Dios, paloma
de las verdes arboledas;
tus ojos dicen: mañana,
y tu frente: primavera.

Paris - a goli a Doh
 1864
 Annuaire: Havn 1864. London 1864
 1864
 A N G E L I C A P A L M A

—No le extrañe a usted — dijo el amigo. — Quizás al oírnos conversar en castellano, ha creído que somos argentinos como él; ese hombre es Rosas.

Agitado por inquietudes patrióticas, llegó a Venecia el viajero peruano; la ciudad de sus románticos ensueños, ofreciéndole, desde el primer momento, el penoso espectáculo de la dominación austriaca, aumentó su íntima desazón. Procurando desecharla, dirigióse a un teatro; allí adormecería preocupaciones y deleitaría la mirada, contemplando a las descendientes de las dogaressas le gendarrias, de las modelos de Ticiano. No logró su empeño: todas las damas que le interesaron por su belleza o su elegancia resultaron *tedescas*. Las venecianas se

abstenerían de concurrir a fiestas. A la mañana siguiente las vió en San Marcos, severamente vestidas, fulgurantes los ojos a través de los velos con que se tocaban. Ricardo Palma pensó en las limeñas, angustiado por sombríos presentimientos que dieciséis años más tarde serían acerba realidad, y no pudiendo resistir la tristeza de Venecia, se marchó de allí.

Expresó el vate sus desconsoladoras impresiones en unos versos, dedicados a Carlos Augusto Salaverry, que terminan con este augurio optimista:

Del Adriático azulado
un tiempo reina y señora,
tú, que contemplas ahora
tu altivo pendón trozado,
¿por qué, por qué desesperas?
Ten fe; se acerca el mañana
en que a ser tornes lo que eras...
italiana!

Regresó al Perú por vía de Nueva York, donde hubo de detenerse, y no a disgusto, mayor tiempo del que supuso, en espera de vapor para Colón. En la ya gigantesca urbe, encontró el escritor limeño numerosos amigos de las diversas repúblicas; allí charló largamente con el poeta colombiano Rafael Pombo, que realizaba el milagro, más sorprendente entonces que en tiempos posteriores, de vivir en Estados Unidos escribiendo versos en español, esos lindísimos *Cuentos pintados*, que le pagaba la editorial Appleton.

Una de aquellas noches neoyorquinas entró Palma en un teatrillo de variedades. A poco notó que el público se desentendía del espectáculo; hablaban en voz baja los asistentes, y, poco a poco, silenciosamente, salían de la

45
 1865
 sala; el limeño, intrigado, los imitó. Al aproximarse a la calle, el vocero de los vendedores de periódicos le informó de lo ocurrido: el asesinato de Lincoln.

La noticia le causó viva inquietud. ¿Qué consecuencias traería la victimación del gran ciudadano? La imaginación voló hasta las democracias eriolas; allí un acontecimiento de análoga magnitud provocaría revueltas y desórdenes, declaración del estado de sitio, clausura temporal de los puertos... En eso estaba el punto grave: el retorno que las circunstancias de la patria le hacían anhelar, se retrasaría indefinidamente.

Pronto se tranquilizó Palma: el dolor de la nación no perturbaba su marcha ordenada; el ritmo habitual proseguía inalterable; el bareo para Colón zarparía en la fecha anunciada.

¡Eh! A preparar la marcha: dos o tres visitas, unas cuantas tarjetas de despedida, las compras que el poco provisto bolsillo permitiera, el arreglo apresurado de las maletas y, andando, ¡a bordo!

VIII

AMERICA AGITADA

El océano Pacífico, sus puertos del Norte... Navegando hacia ellos, revivían para Palma en el recuerdo sus horas de marino. Pronto surcarían el Guayas anchuroso, de fértiles orillas, en cuyas aguas la superstición ve realizarse, en el claroscuro de las noches estivales, la barca iluminada de luciérnagas donde peregrina *el alma de Tuturuto*. (1). En la ribera del río espera la

(1) Tono II. "Tradiciones peruanas", por Ricardo Palma.

ciudad, con el lánguido hechizo de sus mujeres, y las charlas y discusiones con los varones; acaso la escala del bareo permita al viajero volver a saludar a las damas y estrechar la mano de algunos amigos, como aquel médico argentino, Navarro Viola, tan ilustrado y caballeresco.

Después el buque entraría en aguas peruanas, tocaría en Paíta, donde, casi dos lustros antes, hizo una larga estación el *Los* y su contador pasó muchas horas en casa de una mujer. ¡Aventura amorosa? No; aquella mujer pasaba de los sesenta años, y de la antigua hermosura apenas le quedaban rastros en su vejez enferma. Sólo el espíritu alentaba en ella y se le encendía con reanimado fuego cuando, recitando el *Canto a Junín* de su compatriota Olmedo, exaltaba la gloria de Bolívar, su amante. La anciana se llamaba Manuela Sáenz, la *Libertadora*.

Otro americano, sombría figura de la Historia, residió por esos años en Paíta: el dictador ecuatoriano, general don Gabriel García Moreno. Palma solía visitarlo en la casita donde el político guayaquileño ocupaba los días del destierro en la lectura de obras teológicas y filosóficas. Para descansar de tan graves tareas y distraer el aburrimiento, se le ocurrió al marino hablar al personaje ecuatoriano de unas muchachas guapas, cuya conquista no parecía presentar dificultades insuperables. García Moreno respondió secamente que él no acostumbraba eso que el culavera del contador llamaba *trepicheos*, y que esperaba que no volviera a proponerle tales inconveniencias. Puede suponerse cuán difícil le resultaría al limeño burlón, irreverente y enamorado conservar la seriedad ante la inesperada filípica.

En ese viaje de regreso al Perú, vió Ricardo Palma por última vez a García Moreno. La docta pluma de José

de la Riva-Agüero narra elegantemente el encuentro:

"...Estaba de presidente del Ecuador. Acababa de llegar de Quito con celeridad maravillosa, sin comer ni dormir en todo el largo camino, para sorprender y develar una insurrección liberal guayaquileña. Ya tenía vencidos a los revolucionarios, a quienes se disponía a fusilar. Subió a visitar el buque en que Palma venía. Vestía un frac azul abrochado y empuñaba una lanza en la mano.

—Usted va sin duda a entrar en la revolución contra Pezet — le dijo a su amigo peruano.

—No es imposible — le contestó éste. — También usted, don Gabriel, tiene a su Ecuador movido.

—¡Oh! Lo que es aquí, no hay cuidado. Los expedicionarios de Jambelí no me asustan. Mañana mismo habré dado cuenta de ellos.

Me refería Palma que al oírle estas palabras le pareció reconocer en los claros ojos de su amigo, el incansable lector de Paíta, la mirada fría e implacable, de acero pavonado, de los retratos de Felipe II. Tenía delante de sí a un inquisidor, hermano tardío de aquellos cuyos hechos estudiaba en los papeles viejos de Lima".

A poco de llegar a su país, Palma supo que una de las víctimas de la horrenda matanza fué su amigo argentino de Guayaquil, el doctor Navarro Viola, víctima sin otra culpa que la de su nobleza. Una carta en clave, hallada en la casaca del caudillo fusilado, hizo exclamar al sanguinario gobernante:

—Esto, sólo Navarro Viola lo descifra.

En el fatídico billete se leía: "Compadre, acepto y queda amarrada la pelea; pero le advierto que mis gallos 5, 7 y 10 no son de a pico, sino de navaja". Interrogado, el argentino se negó, con hidalga entereza, a la denuncia. García Moreno lo mandó fusilar.

Se enteró Palma de la infausta nueva en plena actividad revolucionaria; el país se había levantado contra el gobierno de Pezet, protestando del tratado Vivanco-Pareja, pactado con España, y uno de los principales jefes de la protesta armada era el prócer liberal, don José Gálvez. Palma sirvió a sus órdenes, consecuente con el antiguo caudillo y sus doctrinas. Triunfó la revolución, y asumió el poder, declarándose dictador, el coronel don Mariano Ignacio Prado, que contó, en su iniciación gubernamental, con uno de los mejores gabinetes de nuestra vida republicana. Gálvez, encargado del ministerio de Guerra, nombró a Palma jefe de sección.

La escuadra española bloqueaba el puerto y los defensores, ardorosos y resueltos, armaban baterías. La palabra *reivindicación*, empleada por un absurdo *comisario regio*, Salazar y Mazarredo, al ocupar las islas de Chincha, tuvo, como lógicamente había de suceder, consecuencias deplorables. La ambigua desautorización del gobierno español y las concesiones del peruano, repudiadas por la vehemencia del sentimiento nacional, con el que fraternizaron las repúblicas vecinas, colocó frente a frente, en lucha estéril, a la secular monarquía y a las jóvenes democracias. El Perú fué el paladín.

En preparativos bélicos transecurrió el mes de abril; hacia el final, el 25 ó 26, el ministro llamó a Palma a su despacho.

—Lo espero a usted esta tarde en mi casa — le dijo.
— Lleve los papeles del ministerio y su maleta de mano; nos vamos al Callao en el tren de cinco. Aquí, la política estorba. He decidido no regresar a Lima hasta que esto no concluya y lo necesito a usted a mi lado.

A la hora convenida llegó Palma a la residencia de don José Gálvez, en la calle de Plumereros. Sereno y ca-

riñoso se despidió Gálvez de su mujer afligida, de sus hijos pequeños; no volvería a verlos.

En el Callao se trabajaba febrilmente; la presencia del ministro y su actividad organizadora aumentaban el entusiasmo y mantenían el orden. Así se llegó al 2 de mayo, día del combate. Gálvez lo dirigía desde la torre de la Merced.

—A usted le toca transmitir noticias a Lima — dijo a Palma. — Vaya al telégrafo; también ahora está allí su puesto — concluyó, aludiendo al asalto a la casa de Castilla.

Salió el escritor de las baterías, encaminándose al centro de la población hacia el local del telégrafo; acababa de entrar en éste cuando el espantoso ruido de una explosión, acompañado de fuerte sacudimiento, estremeció a la ciudad; había estallado el polvorín de la torre de la Merced; allí pereció Gálvez. Como once años antes, cuando naufragó la fragata *Mercedes*, una providencial casualidad preservaba de la muerte a Ricardo Palma.

Al caer la noche se retiró la armada española con los barcos averiados, pero ufanándose de haber bombardeado la plaza; no menos ufanos, los peruanos, proclamaban que de sus baterías partieron los últimos disparos. De combate tablas enlificó Palma al del 2 de mayo de 1866.

A la paz exterior siguió, por corto plazo, la interna; el 67. nueva revolución y en sus filas el inquieto escritor, como secretario privado del coronel Balta durante la campaña y, obtenido el triunfo, en los cuatro años de su gobierno.

Ricardo Palma, que durante ocho años surcó el Pacífico y pasó sus descansos en puertos y ciudades refrescados por las brisas marinas, en sus correrías políticas se asomó a los melancólicos pueblecitos serranos y pernoctó a las faldas de los Andes, agobiadores en su ma-

jestuosa enormidad. Gustábale distraer las fatigosas jornadas charlando con las gentes que hallaba en el camino. Palma, expansivo y bromista, no se limitaba al saludo, sino que procuraba hilvanar conversación, preguntando a los transeúntes, indios arrieros o labradores casi siempre, por su familia y sus asuntos como si los conociera de antiguo. Los indios, tímidos y recelosos, contestaban apenas, con cerrada pronunciación andina:

—Buenos días, *taytay*.

Una tarde el encuentro fué con una mestiza guapa, a quien Palma, que por primera vez la veía, saludó familiarmente:

—¿Cómo estás, buena moza? ¡Cuánto me alegro de verte, al cabo de tanto tiempo!

—Desde que no te veo,
no veo flores...
Ni los pájaros cantan
ni el agua corre, —

replió, pronta y risueña, la muchacha con claro acento criollo.

—¡Bendito sea Dios! ¡Ya estoy en la Costa! — exclamó el poeta.

Llegaba a lo suyo, a la amable región nativa, y lo saludaba, en verso, una voz de mujer.

En 14 de Julio de 1867. Tal vez
por desportado a la arena. Junto
con la buena dama (muchacha). Juntos
gozamos. A todos Juntos. Juntos Sancho
Leporello y otros. Tal vez en el vapor
Paita.
de ahí se fue a Guayaquil. 59

quismo. No se apartó de Balta, que le profesó mucho afecto y lo trataba como a miembro de familia; pero sintió la hostilidad del círculo que rodeaba al Presidente, empeñado en torcer sus rectos propósitos.

— ¡Estos doctorecitos! — rezongó muchas veces, en presencia de Palma, el coronel Tomás Gutiérrez, de funesta memoria; y en el pretendido desdén del diminutivo palpaba la oscura envidia de la ambición indocta y desatentada por la inteligencia.

El literato sabía darse tiempo, a pesar del que le ocupaban sus cargos en la Secretaría presidencial y en el Senado, para consagrarlo a su vocación esencial; casi todas las tradiciones que forman las cuatro primeras series se escribieron entonces y, generalmente, a altas horas de la noche; el día, los comienzos de la velada correspondían a los ajetreos de la existencia oficial. Terminadas la tertulia palaciega o la función de teatros, solía llegar Ricardo Palma a su casa, casa de solterón, manejada por criados, en la que habitaba con su padre anciano, a la una o una y media de la madrugada. Aislado en la soledad y el silencio nocturnos, su fantasía creadora evocaba el pasado; la pluma corría veloz sobre el papel; ennegrecíanse las páginas casi sin esfuerzo; pero el tradicionista era un enamorado de la forma breve, de la frase rápida y penetrante, de la insinuación sutil, ala y saeta; a la producción abundante y pronta, seguía la lenta lectura autocrítica y párrafos enteros quedaban suprimidos; después del trabajo de depuración y pulimento, surgía la tradición, completa y ágil, vivo fragmento de historia, poetizado de criolla gracia. Por el balcón penetraba la claridad indecisa de la aurora; el escritor se reconocía el derecho de irse a la cama.

A la par de aplausos y juicios elogiosos, las tradiciones valiéronle al autor rudos ataques, dirigidos al hom-

1868-72

m

la
padre

bre antes que al escritor. Los prólogos en verso que llevan las distintas series así lo revelan.

Razón de la sinrazón
es la personal diatriba.
¿Qué tiene que ver la giba
con los versos de Alarcón?

El poeta alude a las heridas recibidas; pero no quiere quejarse, no quiere verter "lágrimas en el papel"; quienes lo hacen, parécenle

contrabandistas del pesar, ridículos
histriones que remedan el dolor.

Esquivando caer en ese peligro se vuelve hacia el pasado, aunque sin grandes ilusiones:

¿Los vivientes de ayer fueron mejores
que los de hoy? — No, señores;
el hombre es siempre el mismo; cambia el traje,
pero nunca el pelaje.

No obstante,

el mundo pícaro es poético;
poco en el hoy, y mucho en el ayer.

En lo que se halla lejos, un magnético
hechizo encuentra siempre el corazón,
pues dóranlo las luces de un crepúsculo
más bello que del alba el arrebol.

¡Oh! Dejadme vivir con las fantásticas
o reales memorias de otra edad,
y mamotretos compulsar solícitos
y mezclar la ficción con la verdad.

Sabe el Tradicionista que muchos se burlan de ese
gusto extravagante de rebusear archivos y relatar anti-
guallas y que no entienden el por qué de tal manía; a
esos les contesta con risueño desdén:

Yo escribo porque sí, razón potísima;
sin ella, las demás están demás.

Es la razón de la vocación creadora, alimentada y sos-
tenida, como los árboles, por los jugos de la madre tie-
rra, por el sentimiento, íntimo y fuerte, de la naciona-
lidad.

Mis libros piedrecillas son históricas
que llevo de la patria ante el altar.
He cumplido un deber. Saberlo bástame.
Otros vendrán después: mejor lo harán.

El entusiasmo con que se entregaba al trabajo lite-
rario llevaba a Palma a interesarse por el de los otros.
Consecuente con los afectos de su primera juventud, y
aun con la espontánea admiración de entonces, se im-
puso como obligación de compañerismo conseguir del
presidente Balta la publicación de los versos de los poe-
tas nacionales. Logrólo, y hacia 1871 aparecieron en Pa-
ría las bonitas ediciones de las *Poesías de Adolfo García*
y de *Albores y Destellos*, de *Salaverry*.

Por misterioso azar, tocóle a Palma introducir en la
política peruana a una personalidad egregia de nuestra

historia. Finalizaba el año 68 y una crisis ministerial de difícil solución preocupaba al mandatario; sus vastos proyectos ferroviarios y financieros necesitaban un ministro capaz de llevarlos a cabo; pero la cartera de Hacienda permanecía vacante; unos candidatos se negaban a aceptarla y a otros los vetaba el Presidente. Ricardo Palma pronunció el nombre de Nicolás de Piérola y habló de sus conocimientos económicos.

—Creo que ese joven es pariente del general Echenique; le diré que me lo presente — dijo Balta.

Pocos días después, el ministro de treinta años, en elocuente discurso, exponía ante el Congreso su política hacendaria. Así se inició en la vida pública el futuro jefe del partido demócrata, el político más combatido por sus adversarios y más fervorosamente amado por el pueblo que ha tenido el Perú.

Las ocupaciones de carácter oficial retrajeron a Palma del periodismo, por lo menos del periodismo combativo, el de su iniciación traviesa en *El Diablo*, que culminaría en las sátiras burlas de *La Campana*. También quedaban ya lejos los tiempos de *El Mercurio*, diario que dirigió don Manuel Atanasio Fuentes, conocido y recordado por el *Murciélagu*, nombre de su célebre semanario de jocosa y mordaz oposición.

Fuentes, hombre sociable, ilustrado, generoso hasta el derroche, de ingenio agudo y aficiones sibaríticas, gustaba de reunir y agasajar en la casa de la calle de la Rifa, donde se editaba *El Mercurio*, a los escritores de lengua española que venían a Lima. En un artículo dedicado a la noble memoria de don Marcos Jiménez de la Espada (1), el sabio español a quien tanto debe la his-

(1) "Don Marcos Jiménez de la Espada". Tomo IV. "Tradiciones peruanas", por Ricardo Palma.



Ricardo Palma, por el dibujante argentino Eduardo Álvarez



Ricardo Palma en el año 1893.



Ricardo Palma

El escritor en el año 1901.

Traducción de
De Bogota. era obispo monsen Loren,
que fue un sabio y un santo de cuyo corte.
El Domingo de Ramos, cuando el indio,
su ma en tres minutos, finiquitaba,
pues del largo sermón me iba bñ,
más de un par de versículos y así decía:
— Pedona, empujaba, de más no lea...
Basta de candidatos (X) de San Mateo.

Vicente Pulma

(X) El hijo de don Grotz me
era parador de uso general.
en Guatemala pero que en el fin
no se cumplía.

toriografía peruana, refiere Ricarlo Palma que lo conoció en la tertulia de *El Mercurio* y en los buenos tiempos en que el director, preceindiendo de sueldos presupuestados, remuneraba con liberal desorden a sus redactores, hijos de diversas repúblicas de América: el colombiano Sergio Arboleda, el venezolano Juan Vicente Camacho, el chileno Jorquera y los peruanos Ricardo Palma, Arnaldo Márquez y Acisclo Villarán.

Al comenzar la decena del 70, de esos periódicos sólo quedaba el recuerdo; apareció entonces, y alcanzó seis años de existencia, la revista de más hermosa y cuidada presentación que hasta esa fecha tuviera Lima: *El Correo del Perú*. Allí colaboró Palma, viejo camarada del director Manuel Trinidad Pérez, el Porthos de los días colegiales de lecturas de Dumas.

Remansos para el literato en el río revuelto de la política, cuyas aguas turbulentas mancharían de lodo y de sangre el motín criminal de los Gutiérrez y el trágico final de don José Balta.

X

HIMENEO

La tarde del 22 de julio de 1872 llegó al Senado, reunido en sesión que se presagiaba tumultuosa, la funesta nueva de haberse apoderado del Gobierno los hermanos Gutiérrez y apresado al Presidente. Firmaron enérgica protesta contra el atentado casi todos los senadores presentes, entre ellos Palma, en quien el torbellino de los execrables sucesos posteriores y la victimación de Balta, al que lo ligaba recíproco y leal afecto, acentuaron el

La Patria
 desencanto de la política y el deseo de apartarse de ella. Aun tardó en realizarlo; su cargo de senador lo retenía en el Parlamento, afiliado a la oposición al gobierno de don Manuel Pardo, oposición que tuvo su principal órgano periodístico en *La Patria*, diario resueltamente adverso al flamante partido civil y a cuya redacción solía concurrir Palma.

Con mayor asiduidad frecuentaba la Biblioteca Nacional, dirigida por el coronel don Manuel de Odrizola, laborioso investigador de pergaminos. La Biblioteca, fundada en 1821, a poco de proclamarse la Independencia, por el general don José de San Martín, que refundió en ella las de los centros de instrucción y conventos de Lima, poseía preciadas joyas bibliográficas en incunables y manuscritos.

1859
1273
 Quiso el señor Odrizola divulgar el conocimiento de los más importantes y emprendió la publicación de los *Documentos literarios del Perú*, ayudado en la meritoria faena por entendidos bibliófilos. En el tomo V aparecieron los versos del limeño don Juan del Valle y Caviédes, el mordaz autor del *Diente del Parnaso*. Ricardo Palma, en 1859, descifró con viva curiosidad de aficionado, un enrevesado manuscrito de la obra y saboreó su gracejo libertino; años después, hojeó en Valparaíso otra copia, y en Lima estudió una tercera, fechada en 1694, que en la Biblioteca le mostró Odrizola. Fué ésta la publicada el 73 en la colección de *Documentos*, precedida del estudio de Palma sobre *El poeta de la Ribera, don Juan del Valle y Caviédes*, estudio reproducido en 1898, junto con el del argentino don Juan María Gutiérrez, en el apéndice de *Flor de Academias*.

El crítico limeño demuestra franca simpatía por su picaresco paisano, explicando, más que disculpándole, las crudezas de lenguaje, y juzgando que "rivaliza en

agudeza y sal epigramática con el señor de la torre de Juan Abad".

Menos que el de la Ribera, lo entusiasma *El poeta de las adivinanzas*, el cáustico andaluz, don Esteban de Terralla y Landa, que con falta de color local y sobra de acrimonia, trató a nuestra ciudad en su atrabiliario libro *Lima por dentro y fuera*. Sin embargo, en el trabajo que sobre Terralla leyó Palma en el Club Literario de Lima, no regatea elogios al intencionado escritor, a su fácil vena y agudo ingenio.

No sólo a círculos de gente de letras y de política asistía Ricardo Palma; constante admirador de las mujeres, buscó siempre su trato y sociedad. De su frustrado noviazgo de los años mozos, lo consolaron aventuras galantes o relaciones de mayor seriedad y duración, pero que nunca lo pusieron en el camino del matrimonio, por mucho que se lo aconsejaban sus amigas, entre las cuales — condición femenina — abundaban las casamenteras.

— ¡Hasta cuándo espera usted, hombre de Dios! — solían increparle. — ¡Qué escándalo! ¡Un cuarentón que no piensa en casarse!

— Ni pensaré mientras no esté seguro de ser un buen marido; todavía me gustan todas... o, por lo menos, muchas.

Al fin le gustó una sola. La conoció en su propia casa, esto es, en el piso bajo de la casa de Palma, en el cual habitaba con su familia un veterano de la guerra de la Independencia, el general Alvarado Ortiz. El viejo militar y su señora no tenían hijos, pero sí una mimada sobrina, que reunía a sus amigas en tertulias nocturnas. Algo chapada a la antigua, la respetable pareja, acostumbraba destinar el salón del piano para el grupo femenino y para los caballeros otra sala, donde colocaban mesas de rocambor o tresillo. Palma se escapaba de és-

ta siempre que se le ocurría. La escapada definitiva se debió a un fragmento de conversación que, mientras permanecía en la sala de los señores, llegó a sus oídos, desde la inmediata habitación.

—Con la cabellera suelta... ¡Qué romántica! — decía una voz de mujer.

—Yo de romántica no tengo sino la mitad — respondía otra voz de freseo y cristalino timbre.

La frase enigmática excitó la curiosidad de Palma, que se acercó a las muchachas, asediándolas a preguntas que provocaban réplicas saladas y coquetas. Al fin se aclaró lo del romanticismo a medias; la solución estaba en el apellido de la que así contestó a la alusión a su lindo pelo, rubio y ondulado; era una bella mujer de veintiocho años, de pequeña estatura, finas facciones y magníficos ojos verdes, radiantes de dulzura; se llamaba Cristina Román y era hija de un antiguo miembro del alto comercio de Lima y nieta de uno de los firmantes del acta de la Jura de la independencia, el peninsular acriollado, don José Mariano Román.

La venturosa emoción que vibraba en Ricardo Palma, presentimiento de la íntima felicidad que daría a su hogar una mujer comprensiva, abnegada y tierna, se transparenta en el gozoso acento de

Mi parte de matrimonio

25 de marzo de 1876.

X

Yo, el que por meses y meses,
en prosa y en verso rudo,
contra el sacrosanto nudo
eché tajos y reveses;

yo, el pirata callejero,
que a más de cuatro decía:
—te juro casarme... el día
treinta del mes de febrero;

yo, el eterno solterón,
hice lo que hace cualquiera;
ante una huri zalamera
vamos, arrié pabellón.

Y haciendo el papel de novio,
de mi pasado a despecho,
alimento di en mi pecho
al matrimonial microbio.

¡Maridos! De mis ultrajes
pasados no hagáis gran caso:
a vuestro campo me paso
con armas y con bagajes.

Es cosa tradicional
que, en este mundo embrollón,
se empieza de oposición,
se acaba ministerial.

¡Ay! A aquel que el caldo odia
taza llena, y aunque enferme...
¡Qué más venganza que verme
cantando la palinodia!

Refieren de cierta Alteza
que apostrofó al cocinero
porque le sirvió carnero
sin sesos en la cabeza;

y contestó el muy taimado:
—Perdone su señoría,
ese carnero estaría
o loco o enamorado.

Y es verdad. Cuando el travieso
Cupido el alma nos flecha,
no hay remedio, es cosa hecha,
todos perdemos el seso.

¡Maridos! Desde este día
la fraternidad invoco;
porque al fin, loco o no loco,
ya soy de la cofradía. X

En versos cordiales avisaron recibo varios poetas de la esquila extraprotocolar; hubo respuestas fechadas en Lima, en Valparaíso, en Sucre, en Buenos Aires, en París; ésta, de Carlos Augusto Salaverry, demuestra la afectuosa consecuencia de Palma para con sus amigos.

¡Conque, Ricardo, al fin diste al demonio
la existencia de libre codorniz,
y al yugo del bendito matrimonio
rendiste la cerviz?

Hermano, ya era tiempo: que harto fuiste
en livianas empresas adalid,
y a andar de trapisonda no resiste
ni el mismísimo Cid.

No sé quién es la que hace tu alegría
y causa tu amoroso frenesí;

pero afirmo que ha usado hechicería
para hechizarte a ti.

Yo no sé quién es ella; mas colijo,
alambicando el hecho en mi magín,
que, pues te hizo su súbdito, de fijo
sabe más que Merlín.

Ponme a sus pies, carísimo poeta,
tú, el solo que aun recuerda en mi país,
a este alumno de Apolo que vegeta
como un hongo en París. X

Concurrían a pocas fiestas los recién casados; entre ellas a las veladas literario-musicales de la escritora argentina Juana Manuela Gorriti.

Si las inquietudes y complicaciones de la agitada existencia suramericana se depuran y encauzan algún día, y un ambiente de espiritual concordia estimula, o, por lo menos, permite a los curiosos dedicarse al estudio de personajes y aspectos muy nuestros, muy de la América española, seguramente que en ese hipotético momento feliz se recordará a la Gorriti, no sólo por su obra literaria, más apreciada por sus contemporáneos que por las generaciones posteriores, sino por su interesante individualidad femenina.

Hija de un prócer argentino, esposa separada de un presidente de Bolivia, el general Belzu, Juana Manuela Gorriti amó al Perú como a su patria de adopción y pasó gran parte de su existencia en Lima, donde se sentía como en casa propia. Su vinculación con los escritores peruanos remontábase a la época en que enconados ataques del elemento retrógrado a *La Quena*, una de las mejores producciones de la novelista argentina, suscitaron

*La
velada
de la
Gorriti
hacía*

ardorosas protestas del grupo juvenil, por juvenil y por peruano, pronto a la rebeldía. Así empezó la relación de los incipientes literatos con la dama de treinta y tantos años, superior a ellos en experiencia y ciencia mundanas y que, mujer al fin y al cabo, no descuidaría el salpimentar sus charlas y consejos de hermana mayor con tal cual granito de coquetería.

Alguna vez lo encontró de incitante amargor Clemente Althaus, poeta pulido y clasicista, hombre de exagerados refinamientos, cuya mocedad ensombrecía la amenaza de la locura. Hallábase una tarde en la salita de Juana Manuela, de mejor talante que de costumbre por ser el único visitante. Entró Palma, y Althaus torció el gesto; el recién llegado también lo puso haseo.

—¿Qué tiene usted, Ricardo? — preguntó la dueña de casa.

—Nada, señora; un ligero dolor de cabeza.

—Yo lo curaré — contestó ella sonriendo; y, después de echar sobre el pañuelo su aliento cálido, lo aplicó a la frente del joven, que muy a gusto, se dejaba mimar.

—*Madame* — exclamó Althaus, testigo disgustado de la escena, acentuando la impertinencia de sus frases con el empleo de idioma extraño, — *ce n'est pas une femme comme vous que doit avoir ces gentilleses envers un jeune homme.*

—*Monsieur Althaus* — respondió la literata, — *ce n'est pas un enfant comme vous qui peut faire des observations a une femme comme moi; prenez mon mouchoir et mouchez vous.*

Leves escaramuzas con vistas al *flirt*, casi pueriles resquemores, convertidos en suaves añoranzas en aquellos años del 76 al 78, fecha de las veladas.

Doña Juana Manuela, altiva y laboriosa, vivía de su trabajo personal como directora de una escuela de niñas

que funcionaba en su morada, situada en la calle de Urrutia, calle de legítimo aspecto limeño, ocupada en parte por el muro de la iglesia barroca de las monjas de Jesús María.

Las veladas se celebraban quincenalmente; la imaginación, en caprichosa alianza con el vago recuerdo de relatos oídos en la niñez, les da por escenario una sala espaciosa, de esas de antiguo caserón de Lima, con muros sólidos y elevado techo; quizás a cada lado de la puerta de entrada habría una ventana de labrada reja, con ancho y bajo alféizar como para brindar asiento cómodo a alguna pareja desecsa de aislamiento; acaso las mamparas tendrían cristales de colores, cortados en trozos de irregular tamaño y caprichosa geometría; colocado al centro de una de las paredes un Erard o un Pleyel mostraría su teclado marfileño; en la fronteriza, dos espejos de marco dorado parecerían casi apoyados en sendas consolas de jaspeado mármol y patas curvas; la alfombra sería enteriza y floreada; sofás y sillones de los de medallón, con respaldo y brazos protegidos por adornos tejidos al *crochet*, y no faltaría la indispensable mesa de centro, rodeada de sillitas ligeras y soportando en su tablero el peso de un álbum enconchado repleto de retratos, entre los que se vería infaliblemente a la reina Victoria y a la emperatriz Eugenia, y el más leve de un jarroncillo con esbeltas varas cuajadas de margaritas intensamente aromosas.

¿Y los personajes? Señores de levita negra y corbatas de lazo, damas con trajes de *puff* y cola, con peinados complicados de trenzas y bucles y alhajas con aderezos de granates o guardapelos de oro, pendientes de aterciopelada cinta negra, realzadora de la morbidex de la garganta.

Actuaban poquitos artistas y muchos aficionados que

Grande
Luz
la
Wagner

cantaban, interpretaban a músicos célebres, lucían su ingenio proponiendo y descifrando charadas y acertijos, recitaban versos melifluos y leían trabajos sobre temas candorosos de puro trascendentales: *Importancia de la Literatura, Estudio comparativo de la belleza y la inteligencia en la mujer*, etc.

Literatos auténticos — Palma, Salaverry, Llona — dieron elevación y armonía al tono general de las veladas, y Juana Manuela Gorriti, con hospitalario buen tono, hizo de su salón modesto, centro acogedor para los intelectuales que llegaban a Lima. El argentino Pastor Obligado, el cubano José Joaquín Palma, y el español Juan Martínez Villergas fueron agasajados con veladas de bienvenida.

Obligado, en viaje a Estados Unidos, sólo por breve plazo se detuvo en Lima; permanencia algo más larga tuvo el trovador antillano Joaquín Palma.

Joven, muy guapo, con el prestigio caballeresco de luchador por la libertad de su patria, Joaquín Palma mereció entusiasta recibimiento y las veladas en que recitó su galante *Serenata* y sus décimas melodiosas se cuentan entre las mejores de las realizadas en casa de la Gorriti.

Quizá, el que más vivo recuerdo conservó de estas tertulias fué don Juan Martínez Villergas, escritor castizo, satírico luchador y de acerado lenguaje, injustamente olvidado por la moderna crítica española.

Viejo, pobre, fatigado por la briosa campaña de pluma sostenida durante largos años en su país, en Méjico y en Cuba, arribó Villergas a Lima y lo recibieron numerosos lectores de su original novela *Los espada-chínes* y de su semanario festivo *El moro Muza*.

Doña Juana Manuela se apresuró a abrirle su casa amiga, y los tertulios, anhelosos de saludar al huésped español, fueron aquella noche más numerosos y puntua-

les que de costumbre. Ricardo Palma, encargado de darle la bienvenida, empezó recordando el viaje de Saint Thomas a Europa, en que se conocieron:

Han corrido doce años desde el día
en que, en tierra anglicana,
nos uniera amistosa simpatía,
exenta de lisonja cortesana.
Yo era un pobre muchacho sin historia,
mal rimador y pésimo prosista,
y ya tú, por derecho de conquista,
gozabas en las letras de alta gloria.

Luego, considerando el camino que uno y otro recorrieron, dice:

A Castelar te uniste,
como él, tenaz republicano fuiste,
y ¡cosa rara en siglo tan voltario!
no abandonas al Cristo que erigiste
y lo sigues leal en el Calvario.
Mas, por propia experiencia,
conoces ya, que en el social abismo,
ocupa gran lugar este aforismo:
la política es ciencia sin conciencia.

También yo en las políticas bolinas
mezcléme de esta tierra pitagórica,
y casi me enloquecen las doctrinas
de *república práctica y teórica.*
Será porque soy miope; mas te juro,
por una santa cruz si es necesario,
que mientras más escucho a un doctrinario,
más y más miro el horizonte oscuro.

Síntesis: la política es coqueta
de la que debe huir todo poeta.

Y termina solicitando del viejo literato atención y
consejo para los que se inician:

Da aquí a las letras vigoroso aliento,
La juventud es dócil, aunque inquieta,
y con respeto escuchará tu acento,
que no es la tierra que hoy te domicilia
tierra extranjera para ti, poeta.
Sé bien venido. Estás como en familia.

Contestó Villergas con efusivo saludo al Perú:

¡Salve, galante pueblo,
en cuyo seno amor, dicha y salud,
al fin brindarme quiso
de mi destino el favorable albur!

para concluir pidiendo, como en la copla popular, que
si se pierde y quieren buscarlo

a Lima se encaminen,
rico edén de la América del Sur,
do a su placer disfrutan
el corazón espacio, el alma luz;
y donde el peregrino
goza lo que en el mundo no es común,
de la clemencia humana
la tierna y fraternal solicitud.

Y, a no encontrarme en Lima,
y a no haberme tragado el mar azul,

búsqüenme en otra tierra...
si esa tierra es dominio del Perú.

Efusiones líricas, confraternidad intelectual, salón literario en Lima... ¡Qué lejos queda todo eso! ¡Qué extraño nos parece a quienes no lo alcanzamos y vivimos la inquietante actualidad!

Imitando a Eca de Queirós, repitamos, con sonrisa que aspira a ser irónica y resulta sandosa: así eran, en 1877...

XI

EN BROMA Y EN SERIO

En los años finales del decenio del 70, Ricardo Palma manejó infatigable la pluma festiva y polemista, que entró en relativo, forzoso descanso, en 1879, el año funesto de la guerra del Pacífico.

Alarde de buen humor y franca jovialidad, de ingenio de pura ley, sin aleaciones con la política, apareció el 15 de octubre del 77 *La Broma*, cuya redacción la componían siete miembros, cada uno de los cuales, según consta en el acta de la solemne sesión inaugural, fué elegido por un voto. Llamáronse los favorecidos en el singular sufragio, Eloy Perillán Buxó, Julio Jaimes, Benito Neto, Miguel Antonio de la Lama, Aciselo Villarán, Manuel Atanasio Fuentes (*el Murciélago*) y Ricardo Palma. *La Broma* se calificaba de

Periódico satírico y mordiente,
saeta para sabios y estadistas,

moseardón para malos publicistas,
terror y espanto de la mala gente...

No significó espanto para nadie, sino solaz y regocijo para muchos, el ameno quincenario, en cuyas páginas se publicaron algunas tradiciones, varios de los artículos y versos que Fuentes coleccionó después en su libro *Hojas de coca*, algunos capítulos del estudio, desgraciadamente inconcluso, de Acisclo Villarán sobre el origen del nombre de las calles de Lima y diversas colaboraciones, rimadas o en prosa, de los demás redactores. En *La Broma* se entabló y se siguió hasta dictar sentencia un divertido *Juicio de trigamia*, para el cual se repartieron entre los bromistas "los papeles de jueces, procuradores, abogados, escribas y fariseos", proponiéndose no escasear recusaciones, triquiñuelas y demás armas del arsenal forense para hacer un pleito eterno". El pleito desarrollóse entre tres mujeres, una de Lima, otra de Arequipa y otra de Moquegua, que se disputaban nombre y derechos como legítimas esposas de un militar. Tocó el cargo de abogado de la limeña a Ricardo Palma, (no podía ser a otro), que empezó el litigio, presentando una demanda de

Doña Justa Cornelia Vaca Garza,
de Antenor Toro Espada, primera esposa,

en la cual comienza la interfecta por referirse a los preparativos y realización del enlace.

Aún está vivo el inter de San Marcelo
que nos unió en la tierra como en el cielo,
después de promulgados por tres domingos
las amonestaciones y los distingos.

Es punto llano
que en latín nos casamos y en castellano,
pues va cosida
copia certificada de la partida.
Por un año vivimos ¡ay! más felices
que en el campo florido dos codornices.
El matrimonio tiene cien mil hechizos;
hasta tuve un aborto... fué de mellizos.
(Perdone, señoría que, en mi desvelo,
una lágrima seque con mi pañuelo).

Narra luego las ilícitas bodas del acusado con la arequipeña y la moqueguana y proclama sus derechos, fundándose en el código, en los *Diccionarios* de García Calderón y Paz Soldán, en los *Documentos* de Odriozola y en las *Siete Partidas*. Las demás piezas del proceso — vistas, autos, reposiciones, recursos, dictámenes, informes, pruebas, alegatos, etc. — proceso perfectamente llevado, como que entre los bromistas había entendidos juriconsultos, dieron lugar a travieso tiroteo de agudezas y pullas entre los contendores. El fallo definitivo, después de pícaros considerandos, ampara a las tres pretendientes,

Y como el capitán ha demostrado
inteligencia escasa,
lo condenamos a vivir con ellas
en una misma casa.

A la sentencia siguió, casi inmediatamente, el término del periódico. ¿Por qué? Palma, censurando francamente la desidia de algunos compañeros, lo explica de este modo en el último número, correspondiente al 27 de abril del 78:

No muere de pobreza
 esta risueña dama:
 la matan la pereza
 de Jaimes, Neto y Miguelito Lama.
 Si a los siete bromistas Dios hubiera
 dado por igual dósis la constancia,
La Broma no muriera
 y eclipsara la gloria de Numancia.
 Pena nos da dejarte,
 lector que nuestra gratitud conquistas...
 ¡Ay!... Los siete bromistas
 nos vamos con la música a otra parte.

1877-78
 3
 2
 1
 4
 5
 6
 7
 8
 9
 10
 11
 12
 13
 14
 15
 16
 17
 18
 19
 20
 21
 22
 23
 24
 25
 26
 27
 28
 29
 30
 31
 32
 33
 34
 35
 36
 37
 38
 39
 40
 41
 42
 43
 44
 45
 46
 47
 48
 49
 50
 51
 52
 53
 54
 55
 56
 57
 58
 59
 60
 61
 62
 63
 64
 65
 66
 67
 68
 69
 70
 71
 72
 73
 74
 75
 76
 77
 78
 79
 80
 81
 82
 83
 84
 85
 86
 87
 88
 89
 90
 91
 92
 93
 94
 95
 96
 97
 98
 99
 100

Por la misma época publicó Palma en *La Patria*, diario pierolista de oposición al civilismo, un artículo humorístico en el que figuraba un general, a quien el autor bautizó con el nombre de *el general Pata de Gallina*. Un jefe del ejército tuvo la inocencia de declararse aludido⁽¹⁾ y denunciar al articulista, por injuria y calumnia, ante la Suprema Corte y el Gran Jurado de Imprenta. Las sesiones que en ambos tribunales se celebraron estuvieron concurridísimas y dejaron larga memoria en el público, que rió a mandíbula batiente, causando envidia a los jueces que se vieron en apuros para no imitarlo. Palma defendió su causa en dos discursos, jugosos de ironía dialéctica; asumió en ellos el papel de defensor del adversario: ¿acaso ese respetable señor cometió nunca las faltas tales y cuáles del personaje inventado por el escritor en uso de su perfecto derecho? El se oponía a que quedara ejecutoriado para el demandante "el nada envidiable privilegio de ser conocido por nombre distinto del que recibiera en la pila bautismal. No sé si un padre haría, en defensa de la dignidad de su hijo, más de lo que yo hago en obsequio de quien se empeña en

(1) La alusión era como de Blanca Nigredo
 en Pata de Gallina como un diablo
 por aludido

proporcionarme las molestias de un litigio", al convertirse en "personero o representante de un general que no existe en nuestro escalafón militar, y que es mi exclusiva propiedad literaria, en la cual toca a V. E. ampararme".

En el tono burlón vibraba el decoro literario: Palma, en sus discursos, sostuvo con entereza "los derechos de la Prensa, la libertad del pensamiento y los fueros del escritor", por los cuales volvió a romper lanzas con motivo de un proyecto de ley de propiedad literaria.

Uno de los artículos del proyecto determinaba que perdía sus derechos el autor que no entregara ejemplares de su obra en la Biblioteca y en el Ministerio. Palma protestó; esa obligación le incumbía al editor. "Al autor, para ser dueño de su libro, le basta su nombre impreso en él. Por lo menos, entiendo que así sucede en toda tierra donde hay bobos que garabatean". "Bastante humilde es de suyo — expresa con amargura — la condición del escritor entre nosotros para que, en vez de hacer algo por enaltecerla, se trate de abatirla". Más de medio siglo ha transcurrido de entonces acá, y se ha adelantado mucho en esto de la condición del escritor entre nosotros; digo, en lo de abatirla.

Las sentencias recaídas en el juicio provocado por el asendereado general absuelven, por unanimidad, al acusado y declaran que "su nombre y reputación no han sufrido daño ni menoscabo".

La denuncia de otro trabajo de Palma, presentada en abril del 78, mereció análoga sentencia, basada en el hecho axiomático de que la Historia no es justiciable. Se trataba del estudio titulado *Bolívar, Monteagudo y Sánchez Carrión*, que originó una polémica casi continental.

En las repúblicas bolivarianas, en la Argentina y en

La
Palma

Chile aparecieron numerosos artículos, folletos y aún libros suscitados por el estudio histórico del escritor peruano. Muy pocos aceptaron su tesis y muchos la impugnaron, algunos, para propia vergüenza, en la forma grosera del insulto personal. Entre las excepciones figuran el erudito historiador peruano don Mariano Felipe Paz Soldán y el notabilísimo literato colombiano don Ricardo Becerra, que publicó en Santiago de Chile un opúsculo cuya lectura decidió a Palma a contestarlo en igual forma, suspendiendo la polémica de Prensa.

Al lector de hoy no puede menos de sorprenderle que serenas apreciaciones sobre la evolución y sucesos de nuestra Independencia provocaran tal desborde de violentas diatribas. Hubo respetabilísimo sobreviviente de aquella época que, en su irritabilidad y amnesia seniles, llegó a negar la existencia de la logia republicana que hizo fracasar los proyectos monarquizantes de San Martín y Montezagudo; y hubo también tropical ciudad, vecina del Perú, donde el fanatismo bolivarista llegó al extremo de quemar en un teatro la efigie del escritor que, sin negar el genio del Libertador ni la grandeza de su obra, se atrevió a sostener su convicción histórica de que "Bolívar no amó al Perú ni a los peruanos" y que sus "planes de vitalicia eran la monarquía sin la palabra monarca".

Deseoso de consagrarse, en sosegado retiro, a sus tareas literarias, dejó Palma en 1879 su casa de Lima y se trasladó a Miraflores. A una legua de la capital el pueblo, quieto y bonito, con su alameda umbría y sus plazoletas con pinos de concéntrico ramaje; risueño el hogar, con gracia de mujer, juegos infantiles y gorjeos de bebé; en la huertecita, muy criolla, platanares, chírimoyas y palillos cargados de su fruta pequeña y dorada, de sabor levemente amargo y penetrante olor; en

las dos habitaciones más grandes de la morada, papeles y libros, muchos libros, con anotaciones al margen, dedicatorias autógrafas o la fecha de la adquisición, que en algunos se remontaba a los tiempos estudiantiles: atmósfera de égloga, calor familiar, propicios al estudio. En esa paz cordial y campestre escribió Palma la contestación al folleto de Becerra, las *Reminiscencias de la administración Balta* y la novela histórica *Los Marañones*, cuyo protagonista era el extraño personaje, mezcla de cinismo socarrón, valentía, descreimiento y crueldad, llamado *Lope de Aguirre, el Traidor*.

Pero la paz sólo existía dentro del hogar, y hasta allí penetrarían a turbarla patrióticas angustias; a los sones eglógicos, respondería la tragedia bélica, y la guerra, la criminal locura colectiva, llevando la tea fratricida a la mansión modesta del literato, convertiría en cenizas los originales de sus escritos políticos y del romance épico de la Conquista.

XII

BELONA IMPIA

La guerra del Pacífico... Para dolor de América, no es posible borrarla de la Historia, y tampoco puede una pluma honrada, por mucho que la guíen anhelos de concordia, dejar de aludir a sus horrores cuando relata hechos y se refiere a personajes que actuaron en esa época aciaga.

Fines de 1880. Después de cruentas batallas, las tropas chilenas continuaban avanzando hacia Lima. Diezmado el ejército peruano, se incorporó a sus mermadas

filas el elemento civil y organizóse la resistencia en los alrededores de la capital.

Se levantaron reductos en las afueras de Miraflores, defendidos por miembros del comercio, la industria y las profesiones liberales. A muchos de esos improvisados batallones, los sostenían de su peculio personal los jefes. Lo era del batallón número 4 el prestigioso abogado don Ramón Ribeyro y en sus filas formaban juriconsultos, abogados y poetas; entre los soldados, se alistó Ricardo Palma.

En las antes risueñas poblaciones vecinas a Lima — Miraflores, Barranco y Chorrillos — imperaba la desolación; las familias las abandonaban, trasladándose apresuradamente a la capital, ante la inminencia de los combates. Palma, creyente en el triunfo final, convencido de que Lima, su Lima, no sería profanada por el invasor, se negó obstinadamente a imitar la prudencia de los más, que le hacía exclamar, indignado, que tal proceder equivalía a predecir la derrota. Su patriótico optimismo lo llevó a la ruina económica.

Producido ya el desastre de Chorrillos, envuelta en llamas la ciudad, tuvo que decidirse la mujer de Ricardo Palma a dejar Miraflores. Pensó llevar consigo algunos objetos indispensables, prendas de vestir; pero, agobiada por la tragedia nacional, se dijo: "¿A qué salvar esto cuando se pierde todo?" Y, echando llave a la casa, emprendió a pie, con sus niños, el viaje a Lima, de dantesco horror.

15 de enero de 1881: batalla e incendio de Miraflores.
17 de enero: ocupación de Lima. Palma se reunió con los suyos, asilados en casa de su cuñada, y alquiló otra, amueblada a medias, en la calle de la Veraacruz, a un amigo poco interesado, pues no ignoraba que el inqui-

lino había quedado sin un céntimo. Harta razón tuvo Ricardo Palma para escribir entonces:

Sobre mi hogar el incendio
esparció siniestra luz,
y vime casi mendigo,
falto el cuerpo de salud,
la patria infeliz atada,
de la ignominia a la cruz.
mis hijos sin pan ni abrigo...
¡Y Dios tras el cielo azul!

En cuanto le fué posible, se dirigió Palma a Miraflores: aún humecaban los escombros de la casa; en un trozo de la puerta, se veía la llave en la cerradura.

Volvió al hogar y dijo a su mujer:

—Nada tenemos; todo mi trabajo ha desaparecido; no volveré a coger una pluma ni a abrir un libro.

Contaba mi madre que entre los muchos sufrimientos de esa época, pródiga en amarguras, uno de los más acerbos se lo causó esta resolución de su marido; bien sabía que para él renunciar a los libros significaba renunciar a la vida. Los esfuerzos para que se retractara de su decisión resultaron, durante algunos días, infructuosos; al fin llegó uno en que apareció el cartero cargado de paquetes de impresos; venían desde Buenos Aires; eran periódicos y libros argentinos; Palma cedió a la tentación y, resucitado, se entregó a la lectura.

Había que vivir, y para vivir se necesitaba dinero; también de la Argentina llegaron los primeros recursos, enviados por *La Prensa*, de Buenos Aires, pagadora liberal de colaboraciones. Tampoco se mostró tacaño otro periódico, *Las Novedades*, de Nueva York, dirigido por el español don José García, que reunió en un tomito las

tradiciones sobre *El Demonio de los Andes*, publicadas en su semanario. Colaboraciones exclusivamente literarias, reportaron a su autor honra y provecho y estuvieron libres del peligroso aspecto de los que, sobre temas de la dramática actualidad, mandaba a *La Estrella de Panamá*, firmadas con seudónimo que las conocidas peculiaridades del estilo de Palma hicieron fácilmente descifrables.

También supieron ver las eventuales autoridades chilenas, a través de la firma del anciano director de la Biblioteca de Lima, don Manuel Odriozola, al verdadero autor de la protesta contra el saqueo de la institución por los invasores, presentada al ministro de Estados Unidos. La nota apareció entonces en el diario oficial de Ayacucho, ciudad donde funcionaba el gobierno nacional, y de allí la tomó el historiador inglés, sir Clements Markham para insertarla en su libro sobre la guerra del Pacífico.

En la protesta y la correspondencia de Lima que aparecía en *La Estrella de Panamá*, halló el general Lynch, gobernador chileno, motivo suficiente para ordenar la prisión de Ricardo Palma. Por sitio de reclusión le dieron la habitación del piso alto de la Biblioteca Nacional, ocupada después por la cartografía de la Sociedad Geográfica, y por guardador al jefe del ejército que, cumpliendo órdenes superiores, lo detuvo en la calle al anochecer. Se llamaba el comandante Fraga. Viendo a su prisionero silencioso y preocupado, preguntóle el comandante:

—¿La señora de usted tendrá noticia de su prisión?

—Seguramente no, y comprendo lo angustiada que estará, viendo que pasan las horas sin que yo regrese a casa.

—¿Quiere usted que vayamos a verla, señor Palma?

—Muchas gracias, comandante.

El caballeresco militar se despojó de espada y revólver, cedió a su prisionero el paso dentro del local y la derecha en la calle y, conversando afablemente de asuntos ajenos a los ingratos del momento, lo acompañó hasta su casa y se negó a permanecer en la misma habitación donde recibió a Palma su acongojada mujer. Aquél, correspondiendo a tanta hidalguía, abrevió la entrevista.

Volvió el escritor a su encierro de los altos de la Biblioteca y allí permaneció dos o tres días, al cabo de los cuales lo trasladaron al pontón *Valdivia*, estacionado en aguas del Callao. El rumor público murmuraba que se le confinaría en *Punta Arenas*, de áspero e insaludable clima. Los ministros de Francia y del Brasil, señores Enrique de Vorges y Melho de Albín, y el cónsul de España, señor Merlé, realizaron insistentes gestiones cerca del general Lynch para evitarlo. Su noble empeño alcanzó la libertad de Palma, después de doce días de prisión en el *Valdivia*, cuyo comandante y oficiales lo trataron con suma deferencia.

Dura, penosa, erizada de privaciones se presentaba la vida en la patria sojuzgada. En la Argentina, próspera y fuerte, el primer gran periódico hispanoamericano llamaba a su redacción al tradicionalista del Perú. A la propuesta de don José Paz, fundador de *La Prensa*, se unían los comentarios de los periódicos bonaerenses, felicitando a su colega por la colaboración que, en elogiosos términos, anunciaba en sus columnas y el afectuoso llamamiento de los literatos. "Véngase usted — le escribía doña Juana Manuela Gorriti — que aquí lo recibirán mis paisanos con repiques de campanas".

Palma se decidió: el bienestar del hogar, el porvenir de los hijos lo imponía: plantaría su tienda a orillas del Plata.

nista

XIII

DOS CAMINOS

La ocupación de la capital del Perú por las fuerzas enemigas no determinó el fin de la guerra; aunque hostilizado y perseguido, existió gobierno nacional de derecho, y los restos del ejército peruano y las montoneras que se levantaban en diversos puntos del territorio continuaron la desesperada defensa.

Al fin se firmó la paz y volvió a flamear sobre la vieja casa de Pizarro la legítima bandera. Con encontrados sentimientos — rabia, vergüenza, esperanza — y húmedos los ojos la contemplaron de nuevo los peruanos.

Resurgía la vida. Ricardo Palma se disponía a continuar la suya en el país amigo; la legación argentina le comunicó que estaba encargada de subvenir a sus gastos de viaje. El ha relatado concisamente en los *Apuntes para la historia de la Biblioteca de Lima* las causas que lo decidieron a continuar en el Perú.

Antes de comenzar los preparativos de su viaje, visitó al general Iglesias, su amigo de juventud, a quien expuso su propósito de pedir oficialmente licencia para residir en el extranjero, a fin de que allí se le pagara la cédula de cesantía que, reconociéndole dieciséis años de servicios a la administración pública, se le expidió en 1876. Don Miguel Iglesias encontró acertado el proyecto, se refirió a la conveniencia de dar a Palma un nombramiento consular que lo facultara para ocuparse de los intereses peruanos en Buenos Aires y ofreció tratar ambos puntos con los respectivos ministros, Barinaga y Lavalle. Todo parecía facilitarse: el plan del escritor

iba cuajando en hechos; estaba descontado el apoyo de ambos ministros, sus antiguos condiscípulos, principalmente el de Lavalle, con quien lo ligaban estrechos vínculos de compañerismo literario.

Al día siguiente fué a verlo.

—Mi querido José Antonio — le dijo, entrando inmediatamente en materia, — ya le habrá contado a usted Iglesias...

—¿Lo del viaje a Buenos Aires? Anoche mismo, a poco de haber salido usted de palacio; me opongo, resueltamente me opongo.

¡Oponerse Lavalle! ¿Cómo? ¿Por qué? Palma no disimulaba la sorpresa y el desagrado.

—No se amostace usted — dijo el ministro sonriendo, — y escúcheme. Usted no puede alejarse ahora del Perú; nos hace aquí mucha falta.

—Ninguna. Usted conoce mi inquebrantable resolución de no volver a mezclarme en política.

—Por lo mismo; precisamente conviene estar desligado de la política para emprender la obra de cultura y patriotismo que reclamamos de usted.

—¿Cuál es?

—Que acepte el nombramiento de director de la Biblioteca de Lima.

—¿Pero acaso tenemos biblioteca? — exclamó Palma con voz vibrante de indignación y amargura. — Sus salones han servido de cuarteles; el edificio se halla en pésimas condiciones; los estantes, vacíos; el país arruinado, sin dinero para intentar la restauración.

—He ahí porqué hemos pensado en usted; si hubiera dinero, muchos podrían ser bibliotecarios; en el actual estado de pobreza, sólo usted. Tiene usted muchos amigos literarios en América y en España y mantiene constante correspondiente epistolar con ellos; pues impóngales

contribución y utilice usted su prestigio de escritor en beneficio de la patria.

—¿Me propone usted que me convierta en bibliotecario mendigo?

—Justamente. X

Ricardo Palma pidió plazo para dar su respuesta; mientras se cumplía, le llegaron, en apoyo de la propuesta de Lavalle, insistentes argumentos de los demás ministros y del presidente. Descaba don Miguel Iglesias que uno de los primeros actos de su gobierno fuera la reorganización de la Biblioteca de Lima, así como lo fué su creación del de don José de San Martín; para la realización de su empeño contaba con Palma, a quien se le concederían facultades discrecionales.

Árduo dilema, momento difícil para el padre de familia y para el infatigable obrero de la cultura nacional. La aceptación del generoso contrato de don José Paz significaba la residencia grata en una nación estabilizada y en una ciudad cuyo rápido avance presagiaba el inmediato, seguro engrandecimiento, y donde el literato peruano no sería mirado como extranjero sino considerado como fraterno huésped; era el indudable bienestar económico, la fortuna probable; pero también la expatriación.

El cargo de bibliotecario significaba la permanencia en la patria convulsionada y decaída, en la capital empobrecida y humillada; eran el alojamiento modesto, el sueldo escaso y mal pagado, el trabajo intenso, la lucha contra la incomprensión y las pasioncillas; y, además, la profunda, indeleble satisfacción de la obra espiritual. Demasiado fuerte resultaba la tentación para el ciudadano y el hombre de letras; cedió a ella, y, apartándose del camino llano, se metió por el tortuoso, apo-

yado en la abnegación de su mujer. Sus hijos creemos que hizo bien; el Perú debe pensar lo mismo.

Firmado el nombramiento y aceptado el reglamento propuesto por el director, comenzó activamente la faena en sus dos principales formas: reparación del edificio, encomendada al notable arquitecto don Manuel Julián San Martín, y adquisición de libros. De la supervigilancia de la primera se encargó a petición de Palma, una comisión presidida por el general don Manuel de Mendiburu, el eminente autor del *Diccionario histórico del Perú*; la otra correspondió al director.

Entregado en cuerpo y alma a la tarea amada, llamó el bibliotecario a todas las puertas y poquísimas dejaron de abrírselo: cuantas personas poseían volúmenes con el sello de la Biblioteca, comprados a vil precio en los días nefastos, se apresuraron a devolverlos; la gente culta de Lima prodigó los obsequios de libros; la de provincias la imitó. De España y de América, enviadas por los gobiernos, las instituciones y los hombres de letras, llegaron abundantemente a la Biblioteca de Lima obras valiosas, como respuesta a la demanda de su director. Bien supo apreciar la calidad de esta labor la alta mentalidad de Eugenio d'Ors cuando, en 1924, escribió: "Hace cuarenta años, y para dotar a su Lima querida de una biblioteca decorosa, Ricardo Palma se hizo bibliotecario, y propagandista, y apóstol, y no vaciló en volverse hasta mendigo para compadecer la necesidad pública de instrumentos de lectura y estudio con la penuria de los medios materiales puestos oficialmente al servicio del propósito. Hazaña de patriota fué aquella".

Tenía la labor un punto delicado, casi patológico: fruto inesperado de nuestro vencimiento, resultado odioso del criminal absurdo de la guerra, no pocos libros y manuscritos de la vieja Biblioteca de Lima encontrá-

banse en Chile. ¿Podía intentarse recuperarlos a raíz del desastre? ¿No rechazaría cualquier gestión la hiperestesia del sentir nacionalista?

Ricardo Palma desoyó observaciones nimias, y, desdénando los ataques chauvinistas, que no se le regatearon, solicitó de un camarada de su época de proscrito en Chile, y a la sazón presidente de la república, don Domingo Santa María, la devolución de unos cajones de libros. Remitióselos el jefe de la nación chilena, con la siguiente carta:

"Señor don Ricardo Palma.

Lima.

Valparaíso, marzo 14 de 1884.

Mi estimado amigo:

No se ha equivocado usted al creer, como me lo dice en su carta de 20 de febrero, que tendría buena voluntad para devolver a la Biblioteca de Lima los libros que de allí pudieron sacarse en un momento de ardor bélico, siempre que esos libros pudiera haberlos y reunirlos sin desarmar la biblioteca en que pudieran encontrarse catalogados. Según mis investigaciones, son pocos los de esta especie, pues la mayor parte se ha perdido de aduana en aduana o de oficina en oficina, ya que en aquel tiempo más que a los libros se hacía caricias a las armas. A Dios gracias, los tiempos bonancibles vuelven y usted dejará de andar con una espada al cinto y volverá a tomar la pluma para escribir, como siempre, sabrosos y bien aliñados artículos.

Le adjunto la lista de los libros que le envío por el vapor *Chile*, que zarpará mañana de este puerto. Pruébale esta remesa mi deseo de complacer a usted y de hacer fructuosa la tarea que se ha impuesto.

Lo saluda su siempre amigo afectísimo

Domingo Santa María".

Aumentaba rápidamente el caudal bibliográfico; poblábanse los estantes, en los que sólo encontraría Palma unas dos mil obras, trunco muchas de ellas; pero gran parte de los libros necesitaban, para su conservación ser empastados, y harto hacían las exhaustas arcas fiscales con pagar albañiles y carpinteros para que se pensara en imponerles gastos de encuadernación. Que se hiciera de ellos la Municipalidad de Lima; y Palma la puso a contribución, con éxito, en la siguiente carta, que autógrafa poseo, por amable obsequio de la heredera del destinatario:

“Lima, diciembre 11 de 1883.

Señor don Rufino Torrico, alcalde municipal.

Señor y amigo distinguido:

Esta epístola fluctúa entre el Dios guarde a Usía del funcionario y el Dios guarde a usted del amigo: es decir, que tiene sus ribetes de oficial y sus respaldos de particular. Ello, usted sabrá aquilatarlo; y, sin más preámbulo, póngase en guardia, que mi estocada es alta y recta a la tetilla izquierda.

Es el caso, mi señor don Rufino, que hace un mes se presentó a la Corporación Municipal por el estimable regidor don Luis Roca y Boloña, muy señor mío y mi dueño, una proposición que tendía a ayudarme en la fatigosa tarea de reorganización de la Biblioteca Nacional; pero la bien intencionada proposición (que aprobada cuando se presentó me habría sido provechosa) no llegó a ser canonizada, y duerme en el archivo el sueño dulcísimo de los niños del Limbo. Casi, casi, me alegro de que sobre ella hayan caído las telarañas del olvido; porque eso me abre campo para pretensión más sólida.

Tengo para mí que en el decoro de la Municipalidad de Lima está no dejar sólo a los esfuerzos del gobierno y de los particulares, la resurrección de ese cadáver que se llamó Biblioteca Nacional. Yo exijo el óbolo del municipio.

No es ya libros lo que más necesito, dígolo sin presuntuosa jactancia. He ofrecido al país que el 28 de julio se abrirá la Biblioteca con veinte mil volúmenes, la tercera parte de los que antes tuvo, y, aproximadamente en el mes corrido desde que me hice cargo del puesto, cuento con esa cifra en compromisos que no hago efectivos porque no tengo ya anaqueles donde colocar los libros. La construcción de anaqueles empezará la semana entrante; pues, afortunadamente, el gobierno alienta mi entusiasmo concediéndome sin retardo cuanto para la Biblioteca necesito y pido.

¡Sospecha usted, querido amigo, lo que de usted y de sus ilustrados compañeros de municipio pretendo? Siempre gusté, entre las cosas claras, del agua; y, entre las espesas, del chocolate. Le hablaré claro y espeso; le hablaré al alma y al bolsillo. Pues señor, quiero que la Municipalidad se encargue de vestirme siquiera mil quinientos volúmenes que andan por ahí los pobrecitos desnudos que da lástima verlos, absorbiendo humedad, mal-trechos y comidos de gusanos, digo de polilla.

La Tesorería Municipal no es tan pobre de solemnidad que, durante seis meses, no pueda gastar doscientos cincuenta soles de plata en costear la encuadernación de doscientos cincuenta tomos cada mes. Ya ve usted y verán sus dignos compañeros (a quienes confidencial, que no públicamente, ruego a usted lea estas mis letras petitorias y evangélicamente caritativas, pues de vestir desnudos se trata) que no es arco de iglesia mi pretensión.

Como presumo de conocer un tanto la tierra en que

nací y vivo, no quiero que la Municipalidad me autorice para celebrar contratos con los encuadernadores, sino que ella directamente contrate. Puede pagar máximum un sol plata por volumen, o encuadernación a la francesa, distribuyendo los contratos en lotes de a cincuenta tomos. El tesorero haría el pago al presentarle cada encuadernador una constancia, firmada por mí, de haberse recibido en la Biblioteca, vestidas con ropa nueva, las obras cuyo título se pondría en ese documento comprobatorio.

He dicho, y créo que mejor no se habría desempeñado Séneca con todo su saber — ni pedido más humildemente una limosna al Municipio el lego — capachero de los antiguos franciscanos descalzos, que no otra cosa que la de limosnero es la tarea que, poquito a poco, con paciencia y saliva, y como Dios mejor le da a entender, va llenando este su amigo afectísimo

Ricardo Palma''.

Se aproximaba la fecha del aniversario de la independencia; el país, con optimismo de convaleciente, anhelaba celebrarla. La Biblioteca de Lima, le brindó la fiesta esperanzadora, pascua de Resurrección en el 28 de julio de 1884.

XIV

LIDES DE LA PLUMA

La inauguración de la nueva Biblioteca Nacional tuvo la solemnidad de las ceremonias oficiales — uniformes, bandas, condecoraciones, cruces — y el anhelar gozoso de los resurgimientos. Emocionadamente, con el recuerdo del doloroso ayer cercano y la ilusión puesta en las promesas del futuro, invocábase el lema de la renaciente institución: *Post nubila, Phœbus*.

La vieja casona de la calle de los Estudios presentábase limpia y remozada, sin perder los nobles prestigios de su antigüedad. Aún podía fingirse la imaginación que por el patio extenso, encuadrado por la arquería de los claustros, vagaban las sombras de los estudiantes indígenas y mestizos del colegio del Príncipe, fundado en el siglo XVII por Esquilache, el virrey poeta; en los salones, nuevamente ocupados por los libros, reverenciábase a los espíritus de los bibliotecarios próceres, el canónigo Arce y don Francisco de Paula González Vigil; reliquia de la vieja Biblioteca, habitaba en el piso alto su último director, don Manuel Odriozola, obligado a permanecer en el alojamiento del jefe de la institución por su sucesor, que se instaló en otro departamento.

Después de la fiesta auspiciosa, la continuación de la labor tenaz; Palma, que bien cumplido el medio siglo, empezaba a ser ya para sus compatriotas solamente don Ricardo, seguía acopiando libros; un viejo diario de México copió párrafos de una carta dirigida al director de la biblioteca de esa ciudad, don Victoriano Agüeros, carta idéntica en su finalidad a otras que en aquellos tiempos



Retrato de Palma en el año 1910.



Memorial Photograph, 1911, showing the 100th anniversary of the founding of the University of Toronto, Canada.



Aquí en su mesa de trabajo, en la Dirección de la Biblioteca Nacional de Lima



En el pedestal, para después de la inauguración de la Academia Veracruzana, en el año 1917.

recibieron muchos literatos de este continente y de España y reveladora de la idiosincrasia literaria y del americanismo de su autor.

"... Como usted, señor Agüeros, yo no soy más que uno de tantos soldados rasos en el campo de las letras, que no aspira más que a llenar el deber hasta donde sus fuerzas intelectuales y físicas se lo concedan...

"Yo no me quejo. Las letras no han sido ingratas para conmigo, lo que no deja de ser milagroso en nuestros países. No me han dado pan, que digamos, pero han popularizado mi nombre en los pueblos donde se habla castellano. Si me hubiera sido posible, yo no habría querido ser otra cosa que hombre de letras; pero, desgraciadamente, en nuestras repúblicas todos tenemos que quemarnos en esa arena ardiente que se llama política. Hasta 1875 viví en ella, ya como periodista, ya como diputado y senador, ya como secretario de uno de nuestros presidentes o ya como subsecretario en el ministerio. Cuando me creía alejado para siempre de la vida pública, y residía a inmediaciones de Lima, en una casita de campo, consagrado exclusivamente a las letras y a mi familia, sobrevino la guerra con Chile y el incendio de Chorrillos y Miraflores. En éste fué presa de las llamas mi casa, perdiéndose mi mobiliario y, lo que me fué más sensible, mi librería, que constaba de más de cuatro mil volúmenes, en su mayor parte obras de escritores americanos, y que había formado en largos años y a costa de no poco dinero.

"Las prosaicas exigencias de la vida me obligaron, pues, en 1883, a volver a ser empleado público, aceptando el puesto de director de la Biblioteca Nacional, que, en 1881, había sido saqueada y destruida por los chilenos. Yo lo acepté, tanto porque es un empleo en el que la política influye poco, cuanto porque creía servir en él útilmente a mi país creándole una nueva Biblioteca.

“Ya se imaginará usted cuánto habré tenido que trabajar para, en menos de dos años, haber conseguido en el país y en el extranjero, más de treinta y cinco mil volúmenes, sin gasto para el esquilmado tesoro del Perú. Escribí a mis amigos literarios de España, a mis compañeros en las Academias de la Lengua y de la Historia, y a todos los escritores de nuestras repúblicas que me favorecen con su amistad. Toqué a muchas puertas y todas se abrieron para mí, proporcionándome su óbolo para la biblioteca. Mi excelente amigo el general Riva Palacio, me envió un precioso contingente, por el que estoy muy agradecido.

“... Fiado en la amistad de usted y en sus patrióticas servicios, le ruego se moleste en ver en mi nombre a Altamirano y a Guillermo Prieto y en pedirles sus libros. De Mateos sólo tengo una novela, “El cerro de las Campanas” y de Peza nada he recibido. Desearía también las obras del popular Fernando Calderón. De don Anselmo de la Portilla, padre del joven amigo mío, nada tengo. De Agustín Cuenca, Chavero, Agapito Silva y las poetisas mexicanas tampoco tiene la Biblioteca un solo libro”.

Si logró apartarse definitivamente don Ricardo de la política, no consiguió, aunque se lo propuso y lo deseaba, hallar en la Biblioteca sus cuarteles de invierno, propicios, por el aislamiento y el sosiego, al trabajo callado y perseverante que anhelaba realizar. La firmeza de sus convicciones le obligó, en más de una ocasión, a esgrimir la pluma briosa y franca, renunciando a la prudente comodidad del silencio.

Debióse una de aquellas ocasiones al intemperante compendio de Historia del Perú que, para uso de sus alumnos, escribió el padre Cappa, profesor de la asignatura en el colegio de los jesuitas. Refutó Palma el

insidioso texto de enseñanza en un batallador folleto, que incluyó en posteriores ediciones de las *Tradiciones peruanas*, demostrando con citas fidedignas la falsedad de no pocos datos y de las consiguientes apreciaciones, y, principalmente la falta de ética que encierra el intento de inculcar en los espíritus infantiles menosprecio por el país y sus instituciones.

La refutación alborotó el nacional catarro, provocó discusiones periodísticas, *meetings* en pro y en contra y originó una ley, de efímera aplicación, prohibiendo a los jesuitas establecerse en el Perú como cuerpo docente. La cuestión despertó ecos más allá de las fronteras, como lo prueba el siguiente párrafo de un precioso artículo que el eminente historiador y crítico chileno, don Gonzalo Bulnes, dedicó a la octava serie de tradiciones, que en su primera edición llevó el título de *Ropa vieja* y en la cual se insertó la refutación:

“Los abjetivos hirientes, las frases sangrientas corren en esas páginas con la misma abundancia con que juega la gracia bondadosa y burlona en las tradiciones. Pero quien quiera que tenga el amor de la patria y la noción de sus deberes, sentirá que se le comunica la legítima indignación con que el crítico azota el rostro del sacerdote español que, escribiendo para la juventud de Lima, enaltece el virreinato y escarnece la república; que endiosa la Inquisición y maldice la libertad de conciencia; que injuria a los libertadores, por ser tales, sin exceptuar a San Martín ni a Bolívar. Puede existir diferencia de apreciación sobre esos personajes; puede creerse que la obra de tal o cual fué errada; puede sostenerse que la república desvió su rumbo, apartándose de los grandes ideales que colocó a la vista de la América la mano de la revolución. Puede creerse muchas cosas; pero jamás será lícito intentar arrojar en la cabeza de los niños la semi-

lla de reacción contra la libertad de pensamiento, la revolución de la Independencia y la República”.

Dos o tres años después, un resonante discurso teatral, en que irrevocablemente se sentenciaba: *los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra*, motivó razonada protesta de Palma al pretendido axioma. Los secuaces del orador respondieron a los razonamientos con insultos, sin conseguir que don Ricardo cayera en la trampa y entablara con ellos polémica de Prensa. “Conmigo gastan tinta sin provecho, y ladran a la luna” — dijo en los *Cuatro palotes* que sirven de prólogo a *Ropa vieja*, aludiendo a los “benditos de Dios que han dado en la flor de mirarme con ojos de envidia y despellejarme vivo. Próximo envidioso ha habido que, tras amasar todo el lodo de las calles para echármelo encima, con lo cual probaba por a-|-b que soy animal de bellota, terminó deseándome la muerte. — Muérase usted (escribió un literatillo sin literatura) y esa será su mejor tradición. — ¡Vaya con el cristiano deseo del angelito del Señor! Lo que soy yo, con mis cincuenta y seis febreros auestas, he resuelto vivir... hasta que Dios sea servido.

“¿Qué gangas las del escritor, en mi tierra! Ya que las letras no me han producido pan, ni con escribir tradiciones mermé jamás el ajeno, si bien he ganado el hacer populares mi humilde nombre y persona en todos los países donde la lengua de Castilla es la nacional, en cambio he llegado a ser la pesadilla de los liliputieneses literarios, que por mucho que se les predique, nunca se convencerán de que los enanos quedarán siempre enanos”.

Si rió batallas y sufrió desazones el polemista, tampoco le faltaron unas y otras al empleado público. No vale la pena de recordar, pues son gajes del oficio en épocas de pobreza fiscal, las producidas por las apremiantes necesidades de la Biblioteca y de sus empleados, que más

de una vez obligaron al Director a buscar personalmente el remedio en Palacio, donde siempre halló deferente acogida en el sucesor de don Miguel Iglesias, general don Andrés A. Cáceres.

En aquellos tiempos las diferencias políticas no excluían el recíproco aprecio personal. En prueba de ello, y desviándome un tanto de mi relato, intercalo en él una anécdota, reveladora del carácter caballeresco del general Cáceres.

Era durante su primer período gubernativo y en un suntuoso baile que el Presidente y su esposa ofrecieron al elemento oficial y a la sociedad de Lima: hallábase en el comedor el jefe del Estado, departiendo con varios diplomáticos, cuando uno de ellos, el ministro de España, duque de Almodóvar del Valle, exclamó con potente voz y abreviada dicción andaluza: — ¡Acaémico, acaémico! — llamando, para ofrecerle una copa de Champaña, a Palma, que en ese momento entraba en la habitación.

—Yo también quiero brindar con los académicos de mi país — dijo entonces Cáceres invitando cortésmente a Palma, Lavalle y Pedro Paz-Soldán, con quienes entabló animada plática. En el curso de ella, y aludiendo a su campaña triunfadora, dijo Cáceres:

—Yo he llegado a este alto puesto con la annuencia de todos, menos — agregó, sonriendo ligeramente — con la del señor Bibliotecario.

—Vuecelencia — replicó Palma, imperturbable — usa un rifle muy fino, porque puede cargarlo con bala y con balines; la bala me ha caído a mí, pero los balines a estos caballeros — y señaló a sus colegas, plenipotenciario en Buenos Aires Paz Soldán y ministro de Justicia e Instrucción Lavalle, en la administración del general Iglesias.

Calurosamente afirmó Cáceres que sus palabras no en-

volvían reproche, sino, por el contrario, elogio a la consecuencia, y que él era el primero en reconocer los merecimientos y cualidades de su adversario, a quien dedicó cumplida alabanza.

Volvamos a los sinsabores del empleado. El año 90 y conmemorando el aniversario de la Independencia, se colocó la primera piedra del monumento a don José de San Martín; hubo los imprescindibles discursos de protocolo y unos versos fuera de él llamados — ¡Presidente, mi General! — en los que Ricardo Palma ponía, en boca de un soldado de la Patria vieja, reverente homenaje al héroe argentino.

El veterano recuerda las horas épicas:

Arma al brazo, aire marcial,
como en bélica jornada,
estuvo tu camarada
¡Presente, mi General!

Pero, al recordarlas, vuelve el pensamiento hacia amarguras próximas y exclama, desengañado:

¡Quién entonces te dijera
que, al fundar la libertad,
iba la fraternidad
a ser odiosa quimera!
¡Que pueblos que con hazañas
rompieron la argolla ibérica,
para baldón de la América
se arrancasen las entrañas,
y resucitara alevé,
con insidia antes no vista,
el derecho de conquista
en el siglo diecinueve!

Ardió Troya. El ministro de Chile dirigió indignadas notas a la cancillería de su nación y a la del Perú; la Prensa chilena atacó duramente al poeta y la peruana lo apoyó con calor; bajo el seudónimo *Tegualda* (que, según parece, correspondía a don Alberto del Solar) un vate del Mapocho hizo que *Un soldado de Chile viejo* le dijera lindas, en buenos versos, al otro veterano, y, por último, el Ministerio de Instrucción, envió severa nota reprobatoria al Director de la Biblioteca. Este, poniendo los puntos sobre las íes respecto a su actuación en la ceremonia, contestó lo siguiente:

“Lima, Julio 31 de 1890.

Señor Director General del Ministerio de Instrucción Pública.

Aviso a usted recibo de su oficio de 29 del actual (que me fué entregado en la tarde de ayer) en que me manifiesta el desagrado con que S. E. el Presidente de la República y el señor Ministro del Ramo escucharon los conceptos que expresé en la ceremonia de la colocación de la primera piedra del monumento que ha de erigirse al general don José de San Martín, estimándolos hasta como antipatrióticos, severidad de juicio que no creo merecer. Sintiendo muy mucho que a S. E. el Presidente y al señor Ministro hayan disgustado mis frases de apreciación histórica, amargas acaso, pero justicieras, como es siempre la verdad, cúmpleme hacer notar a U. S. que yo no hablé en la ceremonia del 28 en mi carácter de empleado público, sino como hombre de letras, más o menos bien reputado en el país y en el extranjero. Y la prueba es que no solicité por intermedio de U. S. la anuencia del señor Ministro de Instrucción Pública sino que, como particular, la obtuve del de Relaciones Exteriores. Yo

bien sabía que, como empleado, no tenía personalidad, ni deber, ni aun derecho para hacer uso de la palabra, y que ésta sólo podía acordarse a mi individualidad literaria, ajena por completo a la condición de empleado.

Dios guarde a U. S.

Ricardo Palma"

Al finalizar ese año, le escribió a Rubén Darío, agradeciéndole el bellissimo artículo en que el poeta egregio relata su visita a la Biblioteca de Lima:

"Lima, noviembre 5 de 1890.

Señor D. Rubén Darío.

"Mi buen amigo: Si destino es de los que manejamos una pluma cosechar desengaños, también de vez en cuando nos cae, como gota de rocío consolador, una palabra de aliento que nos obliga a la perseverancia.

"Unas pobres coplas mías a San Martín, con motivo de la colocación de la primera piedra del monumento que va a erigirse en Lima, han hecho que, en los últimos tres meses, descargue sobre mí recio chubasco de desazones.

"Supongo que ya le sean conocidos esos malaventurados versos, cuya publicación se prohibió por el Gobierno, a solicitud del ministro de Chile; pero que, no obstante, se han impreso en periódicos de México y de Buenos Aires.

"Por si no los conoce, le acompaño un recorte del "Nacional" de México.

"Tratado por la prensa de Chile con groseros insultos, ya supondrá usted el abatimiento de mi espíritu.

"A retemplarle, a inspirarle nuevos bríos, ha venido un galante artículo de usted que acabo de leer en un periódico del día.

"Gracias, queridísimo poeta, por lo benévolo de su juicio sobre este ya viejo soldado de las letras.

"Me ha fotografiado usted con los lentes del cariño personal, y probándome que la bondad de su corazón está al nivel de su vigorosa inteligencia.

"Si la vanidad cupiera en mí, motivo sobrado para enorgullecirme o engreirme me da el precioso escrito de usted. Gracias, otra vez, mi noble amigo, y crea usted que lo es suyo muy cordialmente su entusiasta apreciador.

Ricardo Palma."

El sabor a vino agrio de las notas oficiales lo disipó el Falerno de Rubén Darío.

XV

ESPAÑA

Período de intensa actividad intelectual fué, para Ricardo Palma, su primer decenio como Bibliotecario; ya hemos visto que si la pluma epistolar no descansaba, tampoco anduvo ociosa la polemizadora; publicó además, don Ricardo por entonces el *Catálogo de los libros que existen en el Salón América*, el volumen de *Poesías*, que tiene como prefacio la *Bohemia de mi tiempo* y comprende *Juvenilia*, *Armonías*, *Cantarillos*, *Pasionarias*, *Traduccio-*

nas, *Verbas y Gerundios y Nieblas*, las series séptima y octava de Tradiciones, bajo los rótulos de *Ropa vieja y Ropa apolillada* y un librito de versos, madrigalescos y epigramáticos en su mayor parte, de muy fina y cuidada presentación tipográfica, al cual puso por título *Fúlguras*.

En el apéndice de *Ropa vieja*, figura el discurso pronunciado en la inauguración de la Academia peruana, correspondiente de la española. Era Palma miembro de ésta, en el Perú, desde 1878 y su elección causó en el país excelente impresión, que la Municipalidad limeña exteriorizó, obsequiando al nuevo académico una medalla de oro con inscripción alusiva a la distinción alcanzada.

Nombrados en los años sucesivos otros académicos, hasta llegar el número de doce, propúsoles la Academia de la Lengua formar corporación, para mayor eficiencia de sus labores. Aceptada con entusiasmo la iniciativa, celebróse la solemne y concurridísima ceremonia de la instalación de la Academia peruana, el día de Santa Rosa de Lima, 30 de agosto, y en el año 1887. Encomendaron sus colegas a Ricardo Palma, como decano, el discurso de orden, calificado treinta años después de "insignificante estudio" por un crítico nacional, muy dado a dogmatizar. En efecto: ese discurso académico es el primer trabajo de conjunto que se ha escrito sobre la literatura del Perú virreynal, tiene datos fidedignos y bien fundamentada la doctrina de la vinculación espiritual con España, y por añadidura — añadidura al alcance de cualquier pobrete — está escrito en limpio y ~~jugo~~ ^{jugoso} castellano. Total: una insignificancia. Sanchez

Pocos correspondientes americanos habrá tenido la Academia española más activos y batalladores que Palma; ya en 1878, al agradecer al preclaro dramaturgo, don Manuel Tamayo y Baus, el interés que demostró por su nom-

bramiento, le ofrecía enviar frecuentemente "*los peruanismos* que, por más generalizados, merezcan carta de naturalización en nuestro idioma". Nueve años más tarde, en el discurso citado, expresó su creencia de que con la inauguración de la Academia peruana desapareciese "todo espíritu de exclusivismo" y alcanzaran aquel derecho de naturalización "voces que son nuestras, exclusivamente nuestras, y que por escrúpulos de purismo desdeñan nuestros escritores más *atildados*". Se acercaba el momento en que emprendería recia y tenaz campaña por el enriquecimiento y agilización del idioma, mediante la admisión de americanismos, fervoroso empeño hispanófilo y literario de don Ricardo Palma.

La ocasión se la brindó la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América. Quiso España conmemorar espléndidamente la grandiosidad del suceso que abrió otros caminos a la humanidad, y el Nuevo Continente colaboró con entusiasmo en el propósito. Los Estados Unidos y las repúblicas de ascendencia ibera se hicieron representar en la exposición colombina y en los congresos organizados por el Gobierno español. Figuras próceres de las letras americanas se reunieron entonces en el glorioso solar del idioma: fué delegado del Uruguay, su ministro plenipotenciario, Zorrilla de San Martín; de Nicaragua, Rubén Darío; del Perú, Ricardo Palma.

Para el Tradicionista, hijo de la ciudad más andaluza de América y que alcanzó en ella reminiscencias de la vida de pequeña corte; para el literato de vocación, enamorado de la lengua magnífica; para el hombre de su época, en quien la devoción estética por el pasado legendario no excluía sino apoyaba el empeño ideológico por la evolución y el avance innovador, la visita a España encerraba honda y emocionada significación que, por comple-

ja, presentó en alguno de sus aspectos, oposición y lucha.

Empeñóse ésta en el sector académico; en los demás sólo halló el escritor peruano — y tampoco le faltaron en aquel — facilidades y consideraciones, que en España no se les escatima a los intelectuales de América.

Entre los españoles se encontró Palma, desde el primer momento, como en terreno propio; un anciano conapatriota suyo con larga residencia en la Península, generoso favorecedor de la Biblioteca de Lima, don José Joaquín de Osma, marqués de la Puente y Sotomayor, se apresuró a relacionarlo con su hijo político, don Antonio Cánovas del Castillo. En la *Huerta*, la residencia lujosísima del entonces presidente del Consejo, pasó don Ricardo algunas de sus horas madrileñas, no sólo como asistente a las fiestas con que Cánovas y su hermosa mujer, Joaquina de Osma, agasajaron a los huéspedes de España, sino hojeando las obras de la valiosísima biblioteca de Cánovas, la cual constituía, en concepto de Palma, la mayor riqueza del palacio.

Presidió don Antonio la instalación del Congreso de americanistas, celebrada en el patio del claustro mudéjar del convento de la Rábida; tocó a Palma hablar en nombre de América en esa sesión inaugural. Las restantes se realizaron en Huelva, y luego empezaron a funcionar numerosos congresos en Madrid: el literario, el geográfico, el jurídico, el militar, el pedagógico, el católico, el de librepensadores y el de espiritistas. Concurrió Palma a los dos primeros como delegado del Perú, y a los restantes como invitado, que pasó muy buenos ratos en ellos, principalmente en el de espiritistas, donde hubo señorita congresista que, deseosa de rendirle homenaje a Colón, ensalzó sus condiciones de medium.

En el libro *Recuerdos de España*, evoca el literato li-

meño sus días amables de Madrid: la emoción de las entrevistas con Zorrilla; las conversaciones con Menéndez y Pelayo; el recuerdo romántico que el conde de Cheste guardaba de Lima, su ciudad natal; el casual conocimiento con Echegaray en Sevilla; la urbana cordialidad de Núñez de Arce; los almuerzos de Castelar; los lunes de la Pardo Bazán; los sábados de don Juan Valera y las tertulias vespertinas en la librería de Fernando Fó, presididas por el humorismo chispeante y benévolo de don Ramón de Campoamor.

Y, con ellos, numerosos ingenios de uno y otro lado del mar: Blanca de los Ríos "una escritora hija de Eva, y esto hace que un cuarto de hora de conversación con ella sea verdaderamente delicioso"; (1) el ministro de México Riva Palácio, aquel general literato, que hizo prisionero a Maximiliano; su joven secretario Francisco de Icaza, erudito e irónico; el delegado del mismo país, Francisco Sosa; los ilustres colombianos doña Soledad Acosta y Ernesto Restrepo; el argentino Carranza; el cubano Guerrero; el ecuatoriano Pallares Arteta; el culto plenipotenciario del Perú, don Pedro Alejandrino del Solar; el octogenario marqués de Valmar y su contemporáneo, don Miguel de los Santos Alvarez; Zahonero, rebelde y agudo; Canalejas, de maravillosa elocuencia; don Pedro de Madrazo, pulcro y benévolo; Pi Margall, venerabilísimo; el poeta Manuel del Palacio; el dramaturgo Eugenio Sellés; el sainetero Ricardo de la Vega; el gallardo conde de las Navas; el jovial Narciso Campillo; el ingenioso José Alcalá Galiano; Rafael Altamira y Salvador Rueda, entre los nuevos, y muchos más de los que bullían en la España finisecular del XIX; hasta Carulla.

También trató entonces a don Manuel Tamayo y Baus;

(1) "Recuerdos de España", por Ricardo Palma.

desde quince años antes los unía afectuosa y frecuente relación epistolar, nacida de sincera admiración por el autor de *El drama nuevo*, que llevó a Palma en busca de Tamayo, a poco de llegar a Madrid. Encontráronse en la puerta del caserón de la calle de Valverde, sede de la Academia española, de la cual era Tamayo secretario perpetuo. Les bastó mirarse para reconocerse.

—Sólo las montañas no se encuentran, amigo mío, — exclamó Palma, abrazando a Tamayo.

La cordialidad de la primera entrevista, que se intensificó en las dos o tres inmediatas, había de terminar dentro del recinto de la Academia. Las mismas causas que la originaron, la arrastraron a su fin: el culto del idioma, el cariño a España, sentidos de opuesta manera.

Tamayo, autoritario conservador, mirando a América a través de espejuelos empañados por el rencor no extinto de la separación, creía honradamente que el ser cuna del idioma y la gloria del siglo de oro daban a España omnimodo derecho para rechazar los vocablos expresivos de modalidades del Nuevo Continente y para poner los peninsulares. Palma, liberal en política y en doctrina lingüística, empapado en la realidad americana, observador dolido de la decadencia del influjo cultural español sobre las generaciones jóvenes, abrigaba la convicción de que, siendo la lengua el más fuerte lazo entre la antigua metrópoli y las naciones nuevas, había que apretarlo por medio de la comprensión de los modismos americanos y su admisión en el léxico.

Deseoso de que el centenario colombino diera resultado más práctico que el limitado a fiestas y discursos, don Ricardo llevó, para presentarlas en las sesiones académicas de los jueves, numerosas papeletas de peruanismos. Alarmóse el severo casticismo de don Manuel Tamayo, que encabezó dura oposición contra los neologismos; los ver-

bos dictaminar, clausurar y presupuestar merecieron sus más indignados anatemas, principalmente el último, rechazado después de "discusión que se acaloró un tantico y en la que un intolerante académico olvidó hasta formas de social cortesía". (1).

En el folleto *Neologismos y americanismos*, consignó Palma algunas voces del lenguaje americano que no se encuentran en el *diccionario de la Academia*, precediéndolas del relato de sus actividades en la docta corporación, en la cual contó con el apoyo de "Castelar, Camponor, Cánovas, Valera, Castro Serrano, Balaguer, Fabié y Núñez de Arce, que fué el paladín que más ardorosamente defendió la *castidad* del verbo *dictaminar*". (2).

Con melancolía hispanófila, compara la predilección de los escritores mozos por lecturas francesas y alemanas con las aficiones de su tiempo:

"Los americanos de la generación que se va, vivíamos (principalmente los de las repúblicas de Colombia, Centro América y el Perú) enamorados de la lengua de Castilla. Eramos más papistas que el Papa, si cabe en cuestión de idioma la frase. Los trabajos más serios, que sobre la lengua se han escrito en nuestro siglo, son fruto de plumas americanas. Baste nombrar a Bello, Irisarri, Baralt, los Cuervo y, como estilista a Juan Montalvo" (3).

Protesta de que a los americanismos se les considere como de condición inferior a los provincialismos peninsulares, fácilmente incluidos en el *Diccionario*, y, sintetizando su credo, dice:

"El espíritu, el alma de los idiomas, está en su sin-

La
Canta
11 me

(1), (2), (3) "Neologismos y americanismos", segunda edición de "Recuerdos de España", por Ricardo Palma.

taxis más que en su vocabulario. Enríquese éste y acátese aquélla, tal es nuestra doctrina. Si el uso generalizado ha impuesto tal o cual verbo, tal o cual adjetivo, hay falta de sensatez o sobra de tiranía autoritaria en la Corporación que se encapricha en ir contra la corriente. Siempre fué la intransigencia semilla que produjo mala cosecha". (1).

Ya entrado el siglo XX, lejano el fragor del combate y apaciguada la irritabilidad de los nervios, al contestar a una consulta sobre las recién nacidas voces *inalámbrico*, *sinalegrama*, *inalagrama*, *marconigrama* y *aerograma*, en risueña *Charla de viejo*, escribió don Ricardo:

"A los muchachos de mi tiempo se nos forzaba a pasar cuatro años aprendiendo latín y nociones de griego. Esta circunstancia, unida a la de que, en las pocas y pobres librerías de la capital, era difícil encontrar libros en francés, inglés o alemán, influyó para que aquellos jóvenes de mi tiempo, picados por la tarántula de las aficiones literarias, se diesen un hartazgo de lectura con las obras de los grandes hablistas castellanos del siglo XV hasta nuestros días juveniles, en que la batuta de la literatura española estaba en manos de los románticos. Espronceda, Zorrilla, Arolas, etc. De este hartazgo de lectura castellana nació mi ya incurable chifladura o apasionamiento por la lengua de Cervantes. Peor habría sido que me acometiese la chifladura politiquera.

"Hoy pasa lo contrario, y no sabré decir si para bien o para mal de las letras. La juventud hace ascos al latín y al griego; lee pocos libros castellanos y muchísimos franceses; y el cerebro, como es natural, se amolda a pensar en francés, traduciendo el pensamiento al idioma nacio-

(1) "Neologismos y americanismos", segunda edición de "Recuerdos de España", por Ricardo Palma.

nal con no escasa incorrección. Así me explico que sean ya numerosos en mi tierra los afluídos a esa jerga llamada *decadentismo* y que, en puridad de verdad, tengo por decadencia. En fin, para todo pecado hay bula, y ya veo con gusto a dos o tres inteligentes jóvenes en vía de arrepentimiento”.

“No es tan numerosa o rica, como generalmente se propala, nuestra habla castellana. Noble, solemne, robusta, armoniosa, flexible y lógica en la sintaxis, que es el alma de toda lengua, convengo; pero ¿rica? Tinta no poca he consumido probando lo contrario en mis librejos. Felizmente va ganando terreno en la docta corporación la idea de que es quimérico extremarse en el lenguaje, defendiendo un purismo o pureza más violada que la Maritornes del *Quijote*. Lengua que no evoluciona y enriquece su léxico con nuevas voces y nuevas acepciones, va en camino de convertirse en lengua litúrgica o lengua muerta. Con la intransigencia sólo se obtendrá que el castellano de Castilla se divorcie del castellano de América. Unificarlos en el léxico es la manera, positiva y práctica, de confraternizar los dieciocho millones de españoles con los cincuenta millones de americanos obligados a hojear de vez en cuando el Diccionario. Hay que convencerse de que la revolución en el lenguaje es una imposición irresistible del siglo XX, pues como dice Miguel de Unamuno, catedrático salmanticense, vinos nuevos no son para viejos odres.

“...Empiezo a convencerme de que no hay corporación más dócil que la Real Academia, y de que yo anduve un mucho desatinado y con los nervios en total sublevarción cuando, en las veinte sesiones a que concurrí en el ahora legendario caserón de la calle de Valverde, comprometí batalla ardorosa en favor de más de trescientas voces que en América son de uso corriente. Yo igno-

raba que con paciencia y saliva se alcanza todo en España.

"Curiosa idiosinerasia la de ese pueblo. Está usted vestido de levita y con chistera y guantes, entre la muchedumbre más o menos desaharrapada, empeñado en abrirse camino a fuerza de empujar a los delanteros, y no logra avanzar media pulgada. Pero dice usted cortésmente: "Permitame pasar", y le abren el campo diciéndole: "Pase usted, caballero". Vaya usted con orgullitos y presunciones fundadas en la indumentaria de levita, guantes y sombrero de copa, y se clava con clavo de tuerca y tornillo. En esta idiosinerasia, si no miente el licenciado de Montesinos, éramos idénticos a los españoles de hogaño los peruanos del siglo XVI. Tuvimos en Lima todo un oidor de la Real Academia, llamado don Fernando de Santillana, el cual decía: "Al perulero, para que no se esfuerza, hay que darle con maña y no con fuerza".

"Cuatro cuartos de lo mismo sucede en la Academia Española. Mi idiosinerasia, hasta entonces batalladora, me proporcionó una derrota cada noche, fracaso del que me consolaba murmurando: *Causa victrix Diis placuit, sed victa Catoni*, que para mí Catón era mi inolvidable y queridísimo amigo don Ramón de Campoamor, cuyo voto nunca me fué adverso. Gratísima sorpresa tuve, pues, cuando, transcurridos siete años, llegó a mis manos la última edición del Diccionario, y encontré en ella casi la mitad de los vocablos por mí patrocinados, figurando entre ellos los verbos *dictaminar* y *tramitar*, en defensa de los cuales agoté mi escaso verbo.

"¿Qué había pasado? Que con paciencia y saliva, mi sabio compañero don Eduardo Benot, el ilustre autor del libro *Arquitectura de las lenguas*, se puso al frente del elemento nuevo, y secundado por don Daniel Cortazar y otros noveles académicos, sin pelear batallas, pasito a pasito, un vocablo hoy y otro mañana, hizo aceptar la lista

de voces, que, por entonces, publicó *El Comercio*". (1).

No figuraba en ella, y aun continuaba sufriendo los rigores de la exclusión, el desdeñado verbo *presupuestar*..

En su campaña de lingüista se sintetiza el hispanismo de Palma, latente hasta en los reproches y censuras. El, que al contrario de otros republicanos de América, no solicitó audiencias palatinas ni se deslumbró con la pompa cortesana, porque creía que las actitudes coloniales en vez de aproximar alejaban la efectiva concordia, buscó ésta en el humano elemento del idioma y alcanzó a percibir la aurora del hallazgo.

XVI

PARECERES

~~revisado~~

may o abril

Al comenzar la primavera de 1893, salió Palma de Madrid; había frecuentado amables círculos, asistido, en su condición de correspondiente, a las sesiones de la Academia de la Historia, guerreado en la de la Lengua y obtenido de la generosidad de las instituciones oficiales de España y de la de sus hombres de letras abundante obsequio de libros que llevó, en veintisiete cajones, a la Biblioteca de Lima.

Tenía el proyecto de embarcar en el vapor anunciado para salir de Barcelona a los cinco o seis días de su llegada; la magnífica ciudad del Mediterráneo, laboriosa, progresista y bella, lo retuvo, decidiéndolo a postergar su viaje hasta mediados de abril.

En la capital de Cataluña encontró el peruano no pocos

(1) Tomo V. "Tradiciones peruanas", por Ricardo Palma.

amigos: el insigne don Victor Balaguer, a quien tratara con intimidad en Madrid y que lo llevó a conocer la importante biblioteca — museo, por él fundada en Villanueva y Geltrú; Apeles Mestres, lírico y dibujante inspiradísimo, que ilustró con fino sentido humorístico varias tradiciones peruanas, publicadas en el *Almanaque sudamericano*, de Buenos Aires; Antonio Rubió Lluch, el dignísimo compañero de Menéndez y Pelayo, hoy venerado patriarca de la intelectualidad catalana; don Juan Estruch, cómico retirado, que ocho lustros antes estrenó en el teatro de Lima el drama *Rodil*, tan maltratado por su progenitor; y a estos antiguos conocidos uniéronse, para atender al literato de América, varios escritores y artistas de Barcelona como el novelista Narciso Oller, el dramaturgo Federico Soler, el periodista de “La Vanguardia”, Modesto Sánchez Ortiz, y el dibujante José Luis Pellicer.

Esperando barco para Colón, detúvese Palma en Cuba. “No olvidaré jamás, que de agradecido blasono — dice en el libro de viajes ya citado, — las atenciones que de la gente de letras recibí en los doce días de mi permanencia en la Habana”. De aquellos amigos, Eva Canel, Lola R. de Tió, Aurelia Castillo, Manuel de la Cruz, Julián del Casal, Ricardo Delmonte, Rafael Montoro y otros más, sólo quedan en el mundo Manuel S. Pichardo, entonces director del *El Figaro*, y el apóstol del civismo, don Enrique José Varona.

En Barcelona firmó don Ricardo un contrato con la casa Montaner y Simón para publicar las *Tradiciones peruanas* en aquellos elegantes volúmenes que la editorial obsequiaba como prima a los suscriptores de la *Ilustración artística*.

Desde 1870, fecha de la aparición de la primera serie, hasta 1891, en que salió a luz la octava, venían las *Tradiciones* despertando interés y conquistando gran público

entre los lectores de habla española. La compilación en cuatro tomos de cuanto hasta entonces escribiera en el género su autor, dió unidad a la obra y aumentó el número de sus devotos.

Las Tradiciones han sido para los críticos fecundas en sugerencias. Creen algunos que su principal característica se la da la ciudad gentil donde nacieron: "Si a Ossian es necesario leerlo en la montaña, a Tennyson junto a un buen fuego en una confortable silla inglesa, a Beaumarchais en París y al Tasso en Florencia, sostengo que a Palma hay que leerlo en Lima", opina el argentino Miguel Cané. "Fruto de Lima, como la granadilla y las limeñas, las *Tradiciones* huelen al sahumerio de sus conventos y al perfume de su campiña tropical", estampa el crítico chileno don Gonzalo Bulnes. Rubén Darío asegura que "la tradición, en el sentido que Palma le ha impuesto en el mundo literario, es flor de Lima", y dos selectos críticos limeños, Enrique Carrillo y Raúl Porras identifican a la ciudad con su tradicionista. El primero escribe lo siguiente: "Palma, poeta de la Historia, retoca, adereza, avisa, revela, contorna y pulimenta el cuadro gris y soñoliento de la urbe virreinal, que de tal suerte favorecida por la caricia de un maravilloso artífice, perdurará en la memoria de los hombres revestida de sus encantos propios y añadidos. Puede afirmarse, y no cabe mejor elogio, que no se concibe a Lima sin su Palma ni a Palma sin su Lima".

Raúl Porras, se expresa así: "Añorando y riendo escribieron los más auténticos limeñistas, los intérpretes y evocadores de la ciudad, aquellos por quienes ésta vive en la historia y en la literatura. El más glorioso de todos, el que unió en más sutil alianza tradición e ingenio, lo perdurable y lo efímero del alma limeña, fué don Ricardo Palma. Se confunden de tal modo su picardía con la

picardía de la ciudad, la tradición que él noveló con la historia auténtica, que no se sabe ya con fijeza si fué la ciudad la que lo forjó malicioso o si él le ha prestado su endiablada travesura, si las tradiciones relatan sucesos que pasaron en Lima, o si transcurrieron tan sólo en el virreinato de gracia de su fantasía”.

También don Miguel de Unamuno alude al influjo de la ciudad cuando dice: “No sólo me he deleitado con el espíritu adado, ligero y zumbón de Ricardo Palma, este buen humorista — porque hay mal humoristas — de cepa volteriana, templado y dulceificado por el aire tibio y dulce de las orillas del Rímac, sino que he gozado algunas veces con la prosa íntima de sus cartas familiares. Ha vivido — y muchos años — con la serenidad risueña de un griego antiguo — y risueño — claro está — haciendo de Lima su Atenas”.

Detiéndense otros escritores en la trascendencia continental de la obra: “Cuando se lee a Palma, se siente uno americano” expresó en bello artículo, no firmado, desgraciadamente, un periodista de Venezuela. “Se piensa en la decantada literatura americana por crear”, opinó el salvadoreño Francisco Gavidia. El sociólogo dominicano, don Eugenio María de Hostos, meditaba inquieto sobre el rumbo que imprimirían a los países libres, los sucesores de esa gente de la Colonia pintada por Palma; y, según Alberto Insúa, “*las Tradiciones peruanas pueden aplicarse, con simple variante de nombre, de sucesos y de fechas, a todas las naciones de Hispano América...*”

“Toda la España de América palpita en las *Tradiciones* de Ricardo Palma”, concepto análogo a éste del literato limeño Luis Fernán Cisneros: “Reconstructores de ambiente y magos encantadores que hagan pasar a las generaciones de siglo en siglo hasta convertirlas, con sólo el libro delante, en espectadores de la misma Historia, no

hay, ni ha habido en América, con ser inagotable la tradición americana, sino don Ricardo Palma”.

Ante el conjunto de las *Tradiciones* y las características del autor, Clemente Palma, con fervor filial, dice: “...la ciencia es árida: ella no está al alcance de la masa popular; la ciencia no es bella sino cuando el arte la recoge y la hace mármol, color, estrofa o leyenda, y ésa fué la obra que realizó Ricardo Palma al coger los dos ciclos más próximos de nuestro pasado histórico y transformarlos, conservando toda la integridad substancial del hecho, matizándolos con la travesura de su ingenio y su visión típica, impregnada en las modalidades espirituales de nuestra raza y de nuestro rico y fuerte léxico. El arte insuperable ha dado cuerpo y vida a nuestro pasado y realzado sus grandezas y bizarrías, estableciendo así una hermosa solidaridad con el presente y el porvenir”.

José Gálvez opina: “Castizo por su manera, peruanísimo por su creación, criollo por su típico ingenio, Palma tiene dentro de sus características esenciales, que le hacen el más peruano de nuestros escritores, el sentido universalista de su romanticismo sentimental y de su tendencia filosófica volteriana y enciclopedista”.

Sintetizando el dualismo de la visión total, ha escrito Eugenio d'Ors: “Si queréis, mitad Voltaire, mitad Herder. Recogió la Tradición de labios de la vieja y a la vez se mofó de la superstición en boca del sacristán”, y don Eduardo Gómez de Baquero, el sagacísimo *Andrenio*, dijo: Palma, romántico en la formación y en las aficiones, en los asuntos, y en el mismo carácter fragmentario de sus *Tradiciones*, debe ser incluido en el número de los clásicos de América como maestro del lenguaje, como uno de los autores de *clase*, que pueden servir de modelo, que es el sentido primitivo de la palabra clásico”.

Y el propio autor, ¿qué pensaba de su obra, cómo fué

surgiendo en su espíritu, qué se propuso al formarla? Hojeando sus libros, nos enteraremos.

Empecemos por copiar párrafos de una carta, dirigida al tradicionista argentino, don Pastor S. Obligado e incluida en el tomo V de las *Tradiciones peruanas*:

"Allá en los remotos días de mi juventud, ha más de un tercio de siglo, ocurrióme pensar que era hasta obra de patriotismo popularizar los recuerdos del pasado, y que tal fruto no podía obtenerse empleando el estilo severo del historiador, estilo que hace bostezar a los indocitos. Yo era, por entónces, socio activo de la muy antigua casa de Ocio, Bausa y Compañía; y esta circunstancia abonará ante usted el empeño con que consagré la poca o mucha actividad de mi cerebro a discurrir sobre el tema. Verdad que ello no era meritorio para aficionado a las letras, a quien por esos días venía el tiempo más holgado que los calzones del cura de Puquibá, que medían tres varas de pretina. El pueblo es como los niños, que tragan, y hasta con deleite, la píldora plateada.

1- form
"Resultado de mis lucubraciones sobre la mejor manera de popularizar los sucesos históricos fué la convicción íntima de que, más que al hecho mismo, debía el escritor dar importancia a la forma, que éste es el credo del tío Antón. La forma ha de ser ligera y regocijada como unas castañuelas, y cuando un relato le sepa a poco al lector, se habrá conseguido avivar su curiosidad, obligándolo a buscar en concienzudos libros de Historia lo poco o mucho que anhele conocer, como complementario de la dadada de miel que, con una narración rápida y más o menos humorística, le diéramos a saborear. El estilo severo en una tradición cuadraría como *magnificat* en maitines; es decir, que no vendría a pelo.

"Tal fué el origen de mis Tradiciones, y bien haya la hora en que, impulsado por un sentimiento de america-

nismo, me eché a discurrir sobre la forma, entre artística y palabrera, que a aquélla convenía. Bien haya, repito, la hora en que me vino en mientes el platear pildoras, y dárselas a tragar al pueblo, sin andarme en chupaderitos ni con escrúpulos de monja boba. Algo, y aún algo de mentira, y tal cual dosis de verdad, por infinitesimal u homeopática que ella sea, muchísimo de esmero y pulimento en el lenguaje, y esta la receta para escribir Tradiciones. Tengo conciencia de que no he propinado veneno, sino pócima saludable, para ilustración y entretenimiento del pueblo, amén de que es eminentemente sugestiva la índole literaria de esa clase de escritos".

En el prólogo a las *Tradiciones del Cuzco*, de Clorinda Matto de Turner, dice don Ricardo:

"En el fondo, la Tradición no es sino una de las formas que puede revestir la Historia, pero sin los escollos de ésta. Cumple a la Historia narrar los sucesos secamente, sin recurrir a las galas de la fantasía, y apreciarlos desde el punto de vista filosófico social con la imparcialidad de juicios y elevación de propósitos que tanto realza a los historiadores modernos Macaulay, Thierry y Modesto de Lafuente. La Historia que desfigura, que omite o que aprecia sólo los hechos que convienen o cómo convienen; la Historia que se ajusta al espíritu de escuela o de bandería, no merece el nombre de tal. Menos estrechos y peligrosos son los límites de la Tradición. A ella, sobre una pequeña base de verdad, la es lícito edificar un castillo. El tradicionista tiene que ser poeta y soñador. El historiador es el hombre del raciocinio y de las prosaicas realidades.

"En nuestras convicciones sobre americanismo en literatura entra la de que precisamente es la Tradición el género que mejor lo representa. América es el teatro de los sucesos; costumbres y tipos americanos son los exhi-

2.510 } bidos; y el que escriba Tradiciones no sólo está obligado a darles colorido local, sino que hasta en el lenguaje debe sacrificar, siempre que oportuno lo considere, la pureza clásica del castellano idioma, para poner en boca de sus personajes frases de riguroso provincialismo, y que ya perderá tiempo y trabajo el que se eche a buscarlas en los diccionarios. Cuando se pinta, no debe huirse de la naturalidad por mucho que a veces sea ella ramplona y de mal gusto. Estilo ligero, frase redondeada, sobriedad en las descripciones, rapidez en el relato, presentación de personajes y caracteres en un rasgo de pluma, diálogo sencillo, a la par que animado, novela en miniatura, novela homeopática, por decirlo así, eso es lo que, en mi concepto, debe ser la Tradición".

Idéntico criterio manifestó en los *Cuatro palotes* que sirven de introducción a *Ropa vieja*:

"Quien no conozca los linderos que separan a la Tradición de la Historia y de la Novela, hará bien no empleando su tiempo en leer *Ropa vieja*. Yo no dicto un curso de Historia nacional. Narro antiguallas como el pueblo y las viejas cuentan cuentos. En la leyenda popular hay siempre un algo de verdad y un algo de mentira. Eso, y no más, es la Tradición. ¿estamos? Si he tenido acierto en la forma y estilo por mí adoptados, y si esta forma y estilo han caído en gracia, y forma escuela, y traídome popularidad, bendigo mil veces mi buena estrella. Habréme, en esto, parecido a ciertas mujeres feas que, sin ser graciosas, caen en gracia".

Este credo suyo del valor humano y literario de la gracia, lo concretó en la siguiente forma: "Quien consagra sus ratos a borrar Tradiciones, debe tener lo que se llama la gracia del barbero, gracia que consiste en sacar patilla de donde no hay pelo".

Ea, expresado risueñamente, sin pretensiones de concep-

to filosófico ni de precepto didáctico, el mismo credo de la supremacía de lo auténtico sobre las imposiciones de la moda y los encasillamientos de escuela, que expuso en este consejo a un aspirante a poeta:

Forme usted líneas de medida iguales;

luego en fila las junta,

poniendo consonantes en la punta.

—¿Y en el medio? — ¡En el medio! ¡Ese es el cuento!
Hay que poner talento.

Así habló Ricardo Palma sobre el espíritu y el estilo de las *Tradiciones*; con la misma franqueza con que en privado decía, contestando a los comentarios de sus amigos: —He tenido la suerte de cultivar un género que cayó en gracia, — manifestó en letras de molde, siempre que le pareció oportuno, hallarse satisfecho de lo más característico de su empeño intelectual. Hízolo, a veces, con detrimento de otros hijos de su ingenio: “Todo el cariño que abrigo por mis *Tradiciones* o leyendas en prosa, sólo puede igualarse al desapego que siento por mis renglones rimados”, estampó en el proemio de la última edición de sus versos. Ante el conjunto de su obra, la predilección clarividente del autor se fijaba en las *Tradiciones*.

En ellas, “el diablo es el frecuente protagonista”, observa Ventura García Calderón, que, ampliando el apunte, añade: “Palma ha iniciado en el Perú el género amable de Anatole France: la irreverencia para poner en escena a santos, beatos, obispos, vírgenes, mártires y confesores, todos los personajes del *Año cristiano* y la *Leyenda dorada*, haciéndolos hablar, reír, decir inocentadas como los hombres”. Este curioso aspecto lo señala también, al relacionarlo con la proverbial cortesía limeña, el

conde Keyserling, lector reciente de las *Tradiciones peruanas*, al reproducir lo siguiente:

“Verdad inconcusa es que hasta en el cielo se da importancia a lisonjeros tratamientos. El cristiano que, en la gloria eterna, aspire a hacerse simpático, tiene que empezar por aplaudir, con más entusiasmo que en el teatro, los gorgoritos de los serafines, y no tropezar con San José sin dar un par de ósculos bien sonados a la varilla de azúcares que en la mano lleva. A cada santo ha de hacerle respetuosa genuflexión, añadiendo la obligada frase de: — Beso a su merced los pies. — Por supuesto, que no ha de dirigirle la palabra a la Madre de Dios sin llamarla antes *turris eburnea y regina coeli*; y ¡guay de él! si no exclama por tres veces, al encontrarse con el Padre Eterno: *Sanctus Sanctus Sanctus*”. (1).

Acentúa tal aspecto el sabroso limeñismo del lenguaje; recordemos el principio de la breve tradición *Apocalíptica*: “Y aquel día le hicieron los hombres al Señor una que le llegó a la pepita del alma”.

Tan “socarrona seriedad”, semejante a la del autor de *El maniquí de mimbre*, le sorprende a García Calderón, en quien “anterior al ironista francés, no pudo inspirarse en él”. Tiene la rica paleta literaria de Palma otros frescos matices de modernidad, a más de esa analogía con el maestro parisiense, nacido once años después que él; son ellos el gusto, nada común en su época, por el relato conciso, la frase rápida y la insinuación vivaz; la naturalidad para tratar con duendes, brujas y almas en pena, parecida a la de Wenceslao Fernández Flores en sus relatos fantasmales, y los anacronismos caprichosos, a la manera de los de Vicente Huidobro en *Mío Cid Campeador*.

En las *Tradiciones* vemos a las almas del otro mundo

(1) “Un pronóstico cumplido”. Tomo I. “Tradiciones peruanas”.

vagando por éste para arreglar cuentas pecuniarias, sea cobrando deudas o buscando el modo de pagarlas. De las últimas fué la de Diego Pérez de Araus, "ánima viajera y con quehaceres por estos andurriales", que dió en aparecersele a un tal Zapata, "quien de tanto dar diente con diente, por el terror que le causaba la visita, empezó a perder carnes como aquel a quien encanijan brujas. En vano a cada aparición preguntaba Zapata qué cosa se le había perdido al ánima bendita y por qué le buscaba en casa ajena. El espíritu de Dieguillo no despegabá los labios para dar respuesta".

"Afortunadamente vivía en Lima, y en el monasterio de las Descalzas, una monja más milagrera que la mitad y otro tanto, a la cual expuso su euita el desventurado Zapata. Y la sierva de Dios le contestó que fuese sin zozobra, que hembra era ella para meter en vereda al ánima de Diego Pérez.

"Y la evocó y la echó una repasata muy enérgica por la majadería de andar quitando el sueño y asustando al pobrete Antón Zapata. — De parte de Dios te mando — concluyó la monja — que me digas francamente a qué vienes a Lima.

"Parece que el ánima de Pérez de Araus se atortoló como una menguada, porque declaró que sus idas y venidas eran motivadas por el remordimiento de haberle ganado a la mala, doscientos pesos a su amigo.

"—¡Pues buen modo de pagar tienes, hijita! ¡Eso se eatila por allá? ¡Ea! Lárgate y no vuelvas, que yo hablaré con tu mujer para que ella pague por ti. Vete tranquila a tu Purgatorio y no te reconcomas por candideces".

La viudita se negó al requerimiento de la monja que le repuso con toda flema:

"—Buena, hijita, como quieras. Que pagues o no pagues, me es indiferente. Lo que sí te aseguro es que esta

noche tendrás de visita a tu marido. El se encargará de convencerte... y hasta de cobrarte cuentas atrasadas.

"Ante tal amenaza, la viudita, cuya conciencia no estaría muy sobre la perpendicular, se avino a pagarle a Zapata los doscientos de la deuda. Prefería largar la mosca a volver a tener dimes y diretes con el difunto". (1).

Tampoco faltan en las picarescas leyendas turistas del otro barrio que, sustituyendo al visitante clandestino, tranquilizan al marido alarmado, brujas que asisten a la Misa negra en el cerrito de las Ramas y endemoniadas que se libran de Pateta a los nueve meses del exorcismo.

La imaginación del Tradicionista soñó con el Divino Maestro y sus Apóstoles peregrinando por los arenales de la costa peruana. Caía la tarde cuando el Señor dijo:

"—Allí hay población. Pedro, tú que entiendes de náutica y geografía, ¿me sabrás decir qué ciudad es esa?

"San Pedro se relamió con el piropo, y contestó:

"—Maestro, esa ciudad es Ica.

"—Pues píca, hombre, píca.

"Y todos los apóstoles hincaron con un huesecito el anca de los ruecos y a trote pollinesco se encaminó la comitiva al poblado.

"Cerca ya de la ciudad se apearon todos para hacer una mano de *toilette*. Se perfumaron las barbas con bálsamo de Judea, se ajustaron las sandalias, dieron un brochazo a la túnica y al manto; y siguieron la marcha, no sin prevenir antes el buen Jesús a su apóstol favorito:

"—Cuidado, Pedro, con tener malas pulgas y cortar orejas. Tus genialidades nos ponen siempre en compromisos.

"El apóstol se sonrojó hasta el blanco de los ojos; y na-

(1) "La honradez de una Anima bendita", Tomo IV. "Tradiciones peruanas".

die habría dicho, al ver su aire bonachón y compungido, que había sido un cortacaras”.

“La gente de Ica se esmeraba en agasajar a la sagrada comitiva, cuya visita llevó la felicidad a la población. Por cierto que los agasajos no recordaban a los bíblicos: ni mirra, ni vasos de esencias, ni ungüento de nardos. Eran muy siglo XIX y muy criollos.

“Los vinos de Elías, Boza y Falcóni anduvieron a boca qué quieres. . . La amabilidad, gracia y belleza de las iqueñas inspiraron a San Juan un soneto con estrambote que se publicó a la vez en *El Comercio, Nacional y Patria*. Los iqueños, entre copa y copa, comprometieron al apóstol-poeta para que escribiese el Apocalipsis,

pindárico poema, inmortal obra,
donde falta razón; mas genio sobra,

como dijo un poeta amigo mío.

“En éstas y las otras, terminaba el octavo día, cuando el Señor recibió un parte telegráfico en que lo llamaban con urgencia a Jerusalén, para impedir que la Samaritana le arrancase el moño a la Magdalena; y recelando que el cariño popular pusiera obstáculos al viaje, llamó al jefe de los apóstoles, se encerró con él y le dijo:

“—Pedro, componte como puedas; pero es preciso que con el alba tomemos el *tolé*, sin que nos sienta alma viviente. Circunstancias hay en que tiene uno que despedirse a la francesa.

“San Pedro redactó el artículo del caso en la orden general, lo puso en conocimiento de sus subalternos, y los huéspedes anochecieron y no amanecieron bajo techo.

“La Municipalidad tenía dispuesto un *albazo* para aquella madrugada; pero se quedó con los crespos hechos.

Los viajeros habían atravesado ya la laguna de Huacachina y perdiéronse en el horizonte". (1).

Aunque las *Tradiciones* "recorren toda la historia del Perú, desde los incas pomposos hasta nuestro profesor de heroísmo, Bolognesi" (2), el mayor número se refiere al período virreinal. Ello ha motivado apreciaciones benévolas o ásperas acerca de la evocación cariñosa de una época antagónica a la republicana. ¿Reparos nimios! Penetrando en el espíritu del autor, expresó Riva-Agüero, con leve reproche: "A veces la burla de Palma, por más que sea benigna y suave, llega a destruir la simpatía histórica. Vemos que se encuentra muy desligado de las añejas preocupaciones y que, a fuerza de estar libre de ellas, no las comprende; y una ligera nube de indiferencia y despego se interpone entonces entre el asunto y el escritor".

No se equivocó Mariátegui cuando opinó que las *Tradiciones* tienen "política y socialmente una filiación democrática" y que aunque su sátira "hinea con frecuencia los agudos dientes roedores en los hombres de la República", Palma "no ataca a la República misma... y se mantiene siempre fiel a la ideología liberal de la Independencia".

Comentando a Mariátegui, con honrado y sereno criterio, y refutándole el sectarismo de determinadas apreciaciones, ha dicho Víctor Andrés Belaunde: "... las *Tradiciones*, sin trascendentalismo consciente, despiertan y avivan nuestro espíritu histórico, nuestra psiquis nacional. En los relatos de Palma, más que en las crónicas eruditas y en las historias concienzudas, se siente el pasado del Perú y se acendra nuestra continuidad histórica.

(1) "Dónde y cómo el diablo perdió el poncho". Tomo II. "Tradiciones peruanas".

(2) "Del romanticismo al modernismo", por Ventura García Calderón.



Spinto escultado por el diligente Holman Layall.

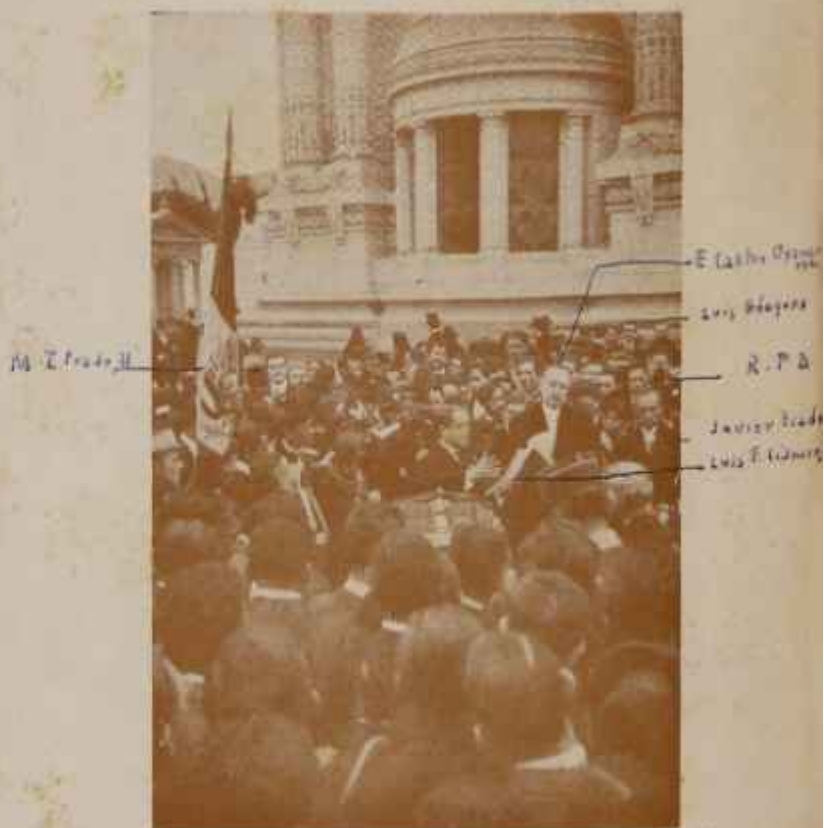


Misses Valina and Miss Alice & others on Oct. 20, 1913.

1917



Última fotografía del abate tradicional, tomada en compañía de sus nietos el mismo día que cumplió 84 años.



El poeta Luis Fernando Cienfuegos leyendo su brillante discurso necrológico el 5 de octubre de 1919.

Los que creen que esa continuidad es un factor en el espíritu patrio tenían que simpatizar con Palma. Además, hay que decir que Palma fué el caso de un literato puro. Hizo arte por el arte, sin ninguna mezcla de propósito ideológico, sin ninguna postura de maestro o conductor”.

He allí el secreto de la perduración de las *Tradiciones*: su desinterés artístico. Si el autor hubiera pretendido ejemplarizar con el pasado, guiado por el imposible propósito de retrotraer la vida moderna, o intentado sacrificarlo en aras de un progreso absurdo, su obra habría tenido, acaso, apasionante actualidad, e, indudablemente, pronta vejez. Prefirió evocar, con gracia sutil agitada de emoción, y las *Tradiciones peruanas* viven con la juventud perenne de la poesía.

XVII

LA CONTINUA LABOR

Volvió Palma a su amada Biblioteca, cuya dirección dejó encargada a su fraternal amigo don Luis B. Cisneros, noble poeta y caballero sin tacha; regresó después de un año de ausencia, al puesto de sus predilecciones, en el que permanecería hasta 1912.

Con el advenimiento de don Nicolás de Piérola al poder, en 1895, comenzó para el Perú una era de reorganización, moralidad administrativa y política y positivo avance.

—¿No le parece a usted — dijo don Ricardo a su antiguo correligionario — que para bibliotecario mendigo doce años son más que suficiente?

Convino Piérola, e hizo que en el presupuesto se con-

signara una suma para compra de libros, disposición que acataron los gobiernos posteriores.

La relativa liberalidad fiscal permitió, en los años siguientes, la publicación de importantes manuscritos de la Biblioteca de Lima. Empezóse por el de *Flor de Academias* (1899), o sea las actas de las veladas literarias que en el Palacio de Lima celebraba el virrey marqués de Castell-dos-Rius; forma, con *Diente del Parnaso*, de don Juan del Valle y Caviades, un volumen en cuarto mayor, al que el bibliotecario puso prólogo general y comentario a cada una de las sesiones. Imprimiéronse después las *Descripciones del Perú*, por Tadeo Haenke (1901), los *Anales del Cusco* (1902), las *Memorias histórico-físico-apologéticas de la América meridional* (1904), por Llanos Zapata, los *Anales de la Catedral de Lima* y los *Apuntes históricos del Perú*, por el general Mendi-bubu (1902). Todos estos libros llevan, sin firma o con las iniciales R. P., prólogo, más o menos extenso, del director de la Biblioteca, a quien no faltaban deseos ni actividad para continuar ocupándose en la publicación de otros trabajos inéditos; pero la sistemática, aunque disimulada, oposición del Ministerio en determinada época, lo obligó a desistir de sus propósitos, cuando ya tenía listo para la imprenta el curioso manuscrito titulado *Viaje al globo de la luna*.

Conforme transcurrían los años, concentrábase más la vida de don Ricardo en la Biblioteca de Lima; irrevocablemente apartado de la política, contaba con amigos en todos los bandos que continuamente lo visitaban para charlar con él sobre tema por el cual, según su acostumbrada frase, conservaba, como los músicos viejos, la afición y el compás. Alejado, también, de la vida exterior, sólo por obligación de su cargo o especialísimo motivo concurría a ceremonias y fiestas, repartiendo sus horas

entre las tareas librescas y el reposo de su casa, situada en el piso alto de la Biblioteca. Reposo relativo; en la casa había muchachos de varias edades que con sus travesuras o esparcimientos juveniles alborotaban no poco, con regocijo de su padre, muy aficionado a los niños y que siempre, hasta el fin de su larga existencia, cultivó relaciones con la gente moza.

Teniendo don Ricardo en la propia casa cuanto más le importaba, familia y libros, pasábase muchos días sin salir de ella, con excepción de los lunes, en los cuales puntualmente concurría a las sesiones de la Sociedad de Beneficencia Pública, y como jamás se desentendió de tarea que aceptara, trabajó activamente en los cargos que le tocó desempeñar, aunque parecieran contrarios a sus aficiones.

Otra excepción, por motivo muy diferente, hacía en las tardes de verano: concurría a las corridas de toros. Empezaron a gustarle en la infancia, cuando su padre lo llevaba al espectáculo bravío, que continuó frecuentando; eriollo neto, sostenía Palma la supremacía, en color y movimiento, de las corridas en nuestra Plaza de Acho, sobre las de los cosos españoles, y renegaba de la suerte de pica que vino a dar al traste con el capeo a caballo, airoso y típico. Los taurófilos jóvenes lo contradecían, pero él no cedía, y, como quien se apoya en autoridad competente, solía repetir, bromeando, lo que en ocasional conversación le dijo un mulato capeador de a caballo, el jo-robadito Asíñ:

—Se conoce, señor, que es usted *facultativo*.

La solicitud de su cooperación en jurados artísticos y escolares obligaba en ocasiones a don Ricardo a abandonar por unas cuantas horas su escritorio de la dirección de la Biblioteca; en los certámenes de arte, la independencia de su criterio y su actitud ante la corruptela de las

recomendaciones, lo llevó a librar alguna que otra escaramuza, pues a más no se llegó. En los colegios sólo demostró risueña benevolencia; negaba el valor pedagógico a los exámenes, y si en ellos animaba a los muchachos con su actitud indulgente, extremaba ésta con las niñas, a quienes solía dictar, en las pruebas de Gramática y Literatura, piropos rimados. Las personas mayores fruncían el gesto, lo que tal vez divertía más al examinador que las sonrisas maliciosas de las chieas.

Tareas o distracciones apenas interrumpían la continuidad de la existencia, encerrada en la Biblioteca. Intellectuales de varias generaciones han desfilado por ella, buscando la opinión, el consejo o, simplemente, la conversación del Director, que tenía vigorosa la memoria, austera la enseñanza, franco el juicio, vivo el ingenio y la palabra fluida y humorística. A los estudiosos sinceros nunca les escatimó don Ricardo ni las facilidades que su puesto le permitía ofrecerles ni la frase alentadora de la vocación; pero la omniscencia vanidosa, la petulancia gárrula y la adulación suscitantanle la protesta inmediata, la reconvención desembozada y áspera.

Frecuentemente visitaban la Biblioteca viajeros lectores de las Tradiciones, que identificaban a Lima con el creador de su leyenda amable; en la Prensa del Continente abundan relatos de estas entrevistas. Las hay también de importantes ceremonias celebradas en la Biblioteca Nacional, como aquella, de eívia significación, en honor de Sáenz Peña, en la cual el glorioso argentino definió a Palma con esta frase afortunada: "Seis la tradición viviente de la vida nacional y social de la República".

Refiriéronse, además, los periódicos a otros egregios huéspedes que casi, más que de Lima, lo fueron de la Biblioteca por las muchas horas que a trabajar en ella dedicaron, como el chileno don José Toribio Medina y el

español don Ramón Menéndez Pidal. Al primero sólo el afán investigador lo trajo al Perú y el segundo, que vino en misión de su gobierno, robaba tiempo a los cumplimientos sociales para consagrarlo al estudio en la Biblioteca, cuyos salones le franqueaba el Director, aún en horas extraordinarias.

En los años iniciales de la actual centuria, salieron de la dirección de la Biblioteca para la imprenta los originales de *Papeletas lexicográficas* y de los escritos que, editados primeramente bajo otras formas, se compilaron después, por encargo expreso del autor, en los tomos quinto y sexto de la última edición de las *Tradiciones peruanas*: y salieron cartas, muchas cartas sobre temas americanistas y literarios.

La gente del ochocientos aún era epistológrafa; algo más de llaneza en el trato y mucho menos de agitación en el ritmo cotidiano favorecían la práctica gentil, propicia a la expansión cordial y aguzadora del ingenio, de la plática escrita. Enorgullecíase don Ricardo de ser cumplido corresponsal, hábito adquirido, según contaba, cuando fué secretario del presidente Balta, y que le resultó de utilidad evidentísima en la tarea bibliotecaria. Hállanse en esas cartas fragmentos de la historia de algunas repúblicas, principalmente de Méjico, de Porfirio Díaz, de donde le escribían asiduamente don Pedro Santacilia, el escritor cubano yerno de Juárez, y don Francisco Sosa.

Tampoco faltaban ojeadas al campo político en las epístolas que llegaban de España, aunque en ellas se tratara preferentemente de asuntos lingüísticos, como en las de don Eduardo Benot, muy venerado y querido por Palma, y en las de don Daniel Granada, erudito autor del *Vocabulario rioplatense*. Concretábanse otras a lo puramente literario y encerraba un bello proyecto de este género una de don Benito Pérez Galdós. Rondábale a

Galdós en esa época por la mente genial la idea de escribir un drama basado en las *Tradiciones peruanas*, "que son el más rico filón que conozco — decía don Benito en esa epístola — de asuntos novelescos y dramáticos. Además, escribe usted el castellano con tal conocimiento del idioma, y tan extraordinaria riqueza de modismos y locuciones familiares, que de ello resulta miel sobre hojuelas".

Pero a Galdós, en su escrupulosa honradez de artista auténtico, no se le esconden los inconvenientes del proyecto y los expone sin ambajes:

"Pues, sí, he tratado de extraer un drama de esa cantera; pero cuantas veces he puesto mano en ello, las dificultades del asunto me han hecho retroceder asustado. Si no me es difícil imaginar las figuras, netamente españolas, de virreyes y frailes, de capitanes e inquisidores, aunque el trasplante de estos caracteres a la naturaleza americana debió determinar alguna modificación, por lo menos de forma: si con los virreyes, digo, y caballeros españoles podría entenderme, ¿cómo habría yo de penetrar ese misterio poético de la dama limeña, que es la dama y la mujer española, con correcciones sicológicas que los de acá no podemos comprender? Y al indio, el salvaje desconfiado y astuto, individuo de la raza vencida, ¿cómo conocerle, cómo pintarle? Y, por último, ¿cómo vencer la inmensa dificultad de ver, con ojos que no han visto esa ciudad de Lima, que yo me imagino más poética que nuestras Toledo, Granada, Córdoba y Sevilla juntas? Francamente, no me atrevía a poner mano en el asunto".

A pesar de todo, con porfía de tentación, incitaba al autor de los *Episodios* a realizar su propósito la tradición "titulada *Amor de madre*, crónica de la época del virrey *Brazo de Plata*. Aquí está mi asunto, me dije,

y en verdad que no es fácil encontrar un tema trágico de mayor intensidad. Aquel *Brazo de Plata*, aquel *don Fernando de Vergara* y, sobre todo, aquella *doña Evangelina Zamora*, que, en grandeza trágica, no es inferior a las Medeias y Fedras, y que, como grandeza moral, se codea con las mártires cristianas, son figuras que están pidiendo un Shakespeare que les dé vida teatral. Casi me había decidido a explotar el tema en forma de drama extenso, para su lectura, como *El abuelo*, que publicó hace años.

"...Si por ahí recalaren, como creo, María Guerrero y Fernando Mendoza, y usted les ve, por usted sabrán que no olvido mi compromiso, pero que el cumplimiento del mismo no puede ir al paso de mis deseos y de los suyos. No me lanzo a tratar asunto americano sin previo estudio. Es usted quien ha de resignarse a tenerme por preguntón fastidioso, por consultador tenaz y prolijo."

De la bien clasificada correspondencia de Galdós, conservada en su mansión santanderina de *San Quintín*, he copiado la respuesta de mi padre al inmortal autor de los *Episodios*. Transcribo los párrafos principales:

"...Su carta ha deleitado a mis paisanos y acrecido los quilates del afecto que, en el Perú, se tiene ya de antiguo por el autor egregio de *Trafalgar*, *Gerona*, *Marianela*, *Doña Perfecta*, *Gloria*, *La de Bringas*, y tanto y tanto magistral libro con que ha sabido enriquecer las letras castellanas.

"Ahora entro en el meollo de su carta, empezando por agradecerle los honoríficos conceptos con que enaltece usted a este cureidor de consejas tradicionales, a quien honra infinito al proponerse encontrar en sus libros argumento para un drama que, hijo de la pluma de usted, no puede sino ser acogido con universal aplauso.

"No tiene usted, mi señor don Benito, porque arre-

drarse. Yo he vivido en Madrid muy poco más de seis meses, y aseguro a usted que me parecía estar en Lima. Esa Puerta del Sol con sus ociosos galanteadores, sus petardistas de oficio, sus cesantes y politiqueros y hasta su mundo de mendigos, la conocía, no fué para mí cosa nueva. Esa calle de Alcalá es el girón de la Unión en mi tierra, de cinco a seis de la tarde. Ese populacho, con el alma devota hasta el fanatismo y ahita de supersticiones, pero con la blasfemia en la boca, es el populacho de mi Lima.

“Los salones de la buena sociedad en Madrid, como en Lima, tienen el *cachet* de París. Ya no se ve en ellos los antiguos y valiosos muebles enconchados. La manera de ser, las formas sociales, la galantería son idénticas en ambas ciudades. Casi podía afirmar a usted que Lima y Madrid se parecen como dos gotas de agua. Y esto es muy natural; porque Lima, durante la Colonia, fué una pequeña corte con todos los refinamientos de la madrileña, con un cardumen de condes y marqueses, imitadores serviles de los que allá pululaban. No discrepamos hoy ni en las modificaciones sociales que el imperio de las modas francesas ha generalizado. Así la dama limeña que usted pinte en su drama quizá no discrepe de la madrileña, si bien la andaluza es completa limeña, hasta en el rostro. En Huelva, en Sevilla, en Cádiz, en Granada, en Málaga, no se ven más que caras limeñas.

“Los primeros pobladores de Lima fueron, en su mayoría, castellanos y andaluces, así como las primeras damas y plebeyas que de la Península vinieron. Quizás a esto y a la identidad de naturaleza, de territorio y clima, se debe el que las limeñas y limeños tengamos mucho de Andalucía. Nuestros edificios eran, hasta hace cuarenta años, copia de los que, después, he visto en Sevi-

lla. Las dos catedrales se parecían, siendo la de Lima menor en dimensiones. El edificio en que yo habito, la Biblioteca, recuerda a la Casa de Contratación, hoy Archivo de Indias. Desgraciadamente, ya nos quedan poquísimas casas con paredes de azulejos que revisten de originalidad a Sevilla y otras ciudades de la morisca Andalucía. La piqueta demoledora nos ha traído las construcciones modernas, que han hecho perder a Lima su antigua y poética fisonomía, que, a Dios gracias, alcancé yo a contemplar en mis mocedades.

"Talento concedió a usted Dios para compenetrarse, a poco que lea libros sobre mi tierra, de lo que fué el mundo limeño en la época de los virreyes. Estoy seguro de que, sin mucha fatiga, se asimilará usted tipos y costumbres. Tengo fe en que saldrá usted airoso en la labor literaria que se ha impuesto el deber de realizar."

Galdós — lamentámoslo — no llegó a escribir el drama; ningún otro lo ha escrito todavía, y está en lo cierto Díez-Canedo, cuando "ante el hervor de humanidad aprisionado en las *Tradiciones*", opina, "no se comprende cómo su aportación, tan rica en todo género de situaciones, enredos y tipos, no ha suscitado todavía el poeta dramático capaz de aprovecharla, refundida y vuelta a crear, como él la refundió y creó a su manera al recogerla de libros y testimonios del pasado", puesto que "Talia y Melpómene, en las páginas de las *Tradiciones peruanas*, van a la escuela de Tersíclore con Caliope y Clio. Ellas presiden una danza general a que el Tradicionista va convocando uno tras otro, al virrey y al obispo, al capitán y al letrado, a la monja y a la comedianta, al pícaro y al devoto. Cada cual oye la llamada en su momento, baila su paso y desaparece; pero desaparece dejando el recuerdo de una actitud o de una mueca, de una palabra o de un grito".

XVIII

ADIOSES

*Aquí yace un peruano escribidor,
que ni fué coronel ni fué doctor,*

debió rezar el singular epitafio que Palma ideó para su tumba; pero la Facultad de Letras le frustró ese intento de definición póstuma, obsequiándole, en 1897, el doctorado, distinción que el Tradicionista aceptó agradecido, aunque no llegó a incorporarse en la Universidad Mayor de San Marcos.

Otro homenaje rechazó repetida y decididamente: el de su coronación. En *El Torneo*, periódico de Arequipa, la propuso en calurosos términos su director, Francisco Montajo, mentalidad fuerte y avanzada. En carta fechada en Lima, el 7 de noviembre de 1906, se negó resueltamente don Ricardo a consentir en ella, como se verá por algunos de sus párrafos:

"Sr. D. Francisco Montajo.

Arequipa.

"Mi bondadoso y querido amigo:

"¡No! ; Mil veces no! Yo no estoy (y sea esto dicho sin falsa modestia) a la altura de la honra que la benevolencia de usted desea se me dispense. El cariño que me tiene lo ha ofuscado.

"Ovación de tamaña magnitud sólo se acuerda a literatos cuyo mérito no está ya en tela de juicio. Mi mérito, si alguno tengo, se discute todavía, sobre todo en nuestro Perú.

"Quiero seguir tranquilo en mi apartamento de todo lo que signifique, ruido, y oropel, y bambolla, sin despertar envidias ni murmuraciones.

"No, mi querido amigo. Retire usted sus propósitos, para mí altamente honoríficos. No he querido que se me coloque en la picota, ni cosechar dieterios de envidiosos ni de imbéciles. Déjeme usted quieto y sin aspiraciones, servir al país en mi humildísima posición de bibliotecario.

"Tuve un día entre mis manos la corona con que, en Granada, ciñó el pueblo español la frente del inmortal Zorrilla, y al besar sus hojas con entusiasmo, me dijo el poeta: "Cuidado, don Ricardo, no vaya usted a herirse con las espinas, que no son pocas las escondidas entre esos efímeros laureles". Y, asustado, volví la corona a su sitio.

"Déjeme usted, pues, en posesión pacífica de mi miedo a las espinas y... al ridículo.

"Agradeciéndole lo honrado y cariñoso de su iniciativa, queda de usted amigo y apreciador afectísimo.

Ricardo Palma."

Pasaron los años; otra generación apareció en nuestro reducido escenario intelectual; algunos de sus miembros, con filial afecto, rodeaban a don Ricardo; otros lo habían echado en olvido, real o aparentemente. Pero llegó a Lima, a hablarnos de su patria resurgente, de la España eterna, don Rafael Altamira; la gente de letras y la colonia española pidieron a don Ricardo Palma que hiciera al preclaro conferencista los honores de la ciudad, y con tal motivo, después de largo retrai-

miento, volvió el escritor limeño, ya en los dinteles de la ancianidad, a ponerse en contacto con el público. Los móviles espirituales de su actuación, la llaneza y amenidad, ya con aspectos patriarcales, de su trato, reanimaron sentimientos adormecidos, y un periódico limeño, *El Imparcial*, resucitó el olvidado proyecto de coronación.

Bajo el título *No en mis días*, y como epígrafe el verso de Bretón de los Herreros:

*Mujer, no me quieras tanto
o quíerme con talento,*

publicó Palma su respuesta, a la cual pertenecen los siguientes fragmentos:

"¡Por Dios, señores de *El Imparcial*! ¿Qué daño he inferido a ustedes para que con su idea inconveniente de coronación me expongan a cosechar desazones, y, sobre todo, ridículo? ¡Bonita está la Magdalena para tafetanes! ¡Buenos están los tiempos para coronaciones de parroquia!

"Yo blasono de no ser modesto, pues en uno de mis libros he estampado que la modestia es el tartufismo de la vanidad. Pero mi inmodestia no llega hasta el punto de agradecer a ustedes que hayan puesto mi nombre en la pizeta con su apasionada iniciativa. El afecto que me dispensan los ha extraviado.

"Yo combatí la coronación de mi queridísimo amigo y compañero Luis Cisneros, iniciada por José Santos Chocano y Juan Francisco Pazos, porque no deseaba para tan meritorio e ilustre poeta una coronación de campanario sino nacional; esto es, iniciada por todas o la mayoría de las municipalidades de la República. Así

fueron, en España, las coronaciones de Quintana y Zorrilla. Eso sí revistió seriedad.

"Y yo, que me opuse a la de mi inolvidable Luis, ¿habría de contradecirme ahora porque se trataba de mi valetudinaria persona? No mojen, que no hay quien planeche, amigos míos.

"Buenos están los tiempos de pobreza franciscana que vivimos y de barullópolis política en la que apenas si hay hombre con hombre, para que las municipalidades perdieran tiempo en cosas frívolas, halagadoras de la vanidad individual!

"No, amigos míos. Déjense ustedes de candideces, como gráficamente dicen los críticos de mi tierra. Risible es que, en país todavía de analfabetos, nos pírremos por imitar a naciones más cultas y avanzadas."

Insistieron empeñosamente los periodistas y su insistencia encontró eco en la Municipalidad de Lima, obligando a don Ricardo a nuevo rechazo.

"Mi hijo Clemente — escribió entonces — al que, acaso por leyes de atavismo, trae obsesionado la manía de entintar la pluma para echar luego a los cuatro vientos sus lucubraciones, principiaba su artículo del sábado último con esta frase: "Ni Dios ni los imbéciles retroceden". Tengo para mí que el concepto, que reviste condiciones de aforismo, ha llegado hasta él truncado, o que maliciosamente lo truncó. Lo que escribiera literalmente, hace más de cuatro siglos, el arcipreste de Hita, fué: "Ni Dios, ni los ríos, ni los ignorantes vuelven atrás".

"Para mí, ni tanto de allá ni tan poco de acá: ni de Dios ni de imbécil. Quédome en el medio, esto es, en la condición de río, y hasta, para que no me llamen pretencioso, en la de rinchuelo."

Refiérese en seguida a la afectuosa iniciativa de un

concejal y al risible regateo de otro, y agrega:

"Hágame el favor de dejarme tranquilo en mi re-traimiento, y no me hablen más del, para mí, enojoso tema.

"El amor a la gloria es la noble aspiración a que la posteridad diga de nosotros: "Por aquí pasó un hombre que pudo, quiso y supo cumplir con su deber". Vale la pena esforzarse toda una vida para llenar unos pocos rengiones en el Diccionario enciclopédico, ha dicho un camarada mío.

"Renunciar a la coronación de farándula, no es renunciar a que la posteridad me honre si encuentra que lo he merecido. En febrero de 1933, si aún mis *Tradiciones* se leen y si aún mi forma literaria tiene devotos, será correcto y justiciero que se honre mi centenario con alguna manifestación social; y si para entonces mi labor bibliotecaria de más de un cuarto de siglo ha fructificado, eríjanme un busto en el patio de la Biblioteca..."

Al final del primero de esos dos artículos, fechados en diciembre de 1909, puso don Ricardo:

"Mi amigo el general La Puerta, hablando de su re-traimiento, decía: "Quiero ver cuántos años dura un general bien cuilado". A mi vez yo digo: "Quiero ver sobre los veintiséis años que llevo en el sillón de Bibliotecario, cuántos meses o años más consigo vivir sin contrariedades, pues lo sería, y grande para mí, el que ustedes persistieran en su inconveniente propósito."

No sólo le esperaban contrariedades en ese breve plazo; un intenso sufrimiento enlutaría la vejez de don Ricardo Palma: en enero de 1911 murió su mujer, dulce aliento de su vida, alma amorosa de nuestro hogar.

Soportó el anciano la íntima desventura con aparente entereza; pero a las miradas atentas no se les ocultaba

la melancolía de su ánimo ni el decaimiento de su salud.

Previendo el desgaste físico, preparábase, desde años atrás, a dejar la dirección de la Biblioteca, y no sólo hablaba de ello con sus amigos, refiriéndose a los posibles sucesores, sino que lo expresó en la memoria anual, correspondiente a sus bodas de plata con la institución:

"Yo no aspiro — escribió — a la perpetuidad en el cargo de bibliotecario. Valiéndome de una frase vulgar, pero fiel expresión de mi pensamiento, diré que ya *he sacado mi tarea*, y que veré complacido que un hombre de la nueva generación alcance a hacerla más proleua".

Abrigaba la convicción don Ricardo de que, para ese mayor progreso, era indispensable local nuevo, con las condiciones requeridas por la moderna ciencia bibliográfica; ni sus gestiones de entonces alcanzaron éxito ni ha habido, posteriormente, interés por el asunto.

Sigue la Biblioteca en el caserón secular, ese en que la general opinión del país pensaba que cerraría para siempre sus ojos don Ricardo Palma. La opinión se equivocó...

Llego aquí a un punto delicado de mi trabajo. La historia detallada del hecho implicaría, lógicamente, censuras a personajes desaparecidos no hace mucho tiempo; actitudes que en su actualidad son valerosas y dignas, y en el porvenir justicieras, pueden resultar, en determinados momentos, faltas de nobleza.

Inspirándome en el espíritu de mi biografiado, narraré sucintamente el suceso, cuyo omisión sería indisculpable, y, evitando comentarios, subrayaré sólo los aspectos que, exclusivamente, atañen al carácter del hombre cuya existencia relato muy deficientemente, porque mis facultades no alcanzan a lo que el tema merece ni a lo que aspira el anhelo.

El 13 de febrero de 1912, después de grave enfermedad, que lo tuvo postrado cerca de dos meses y apenas en los comienzos de la convalecencia, recibió don Ricardo una nota ministerial, destituyendo al conservador de la Biblioteca, doctor don Clemente Palma, y nombrando a otra persona para reemplazarlo. La respuesta, dictada inmediatamente después de leída la nota, serenamente, sin muestras de enojo ni aún de emoción, llevaba la renuncia del Director, fundada, no en la destitución de un empleado, potestativa del Gobierno, sino en el nombramiento de otro, facultad que el reglamento de la Biblioteca otorgaba al Director, a la vez que reconocía al Ministerio de Instrucción el derecho de veto. El oficio callaba el móvil de la destitución, que — secreto a voces — no se debía a tachas en la competencia, aptitudes y corrección bien comprobadas del conservador, sino a su condición de periodista político.

El gobierno del señor Leguía, declarándose *ampliamente satisfecho* de los servicios del Director de la Biblioteca, se negó a aceptar su renuncia, lo que originó nuevo oficio de éste, anunciando el próximo envío de otra nota, en la cual propondría — como lo hizo a las pocas horas — al nuevo conservador, ya que la negativa a aceptar la dimisión implicaba el reconocimiento del derecho reglamentario.

Publicóse entonces un decreto, derogando ese artículo del reglamento, y reiteró el Bibliotecario su renuncia que por segunda vez, se resolvió no aceptar, lo cual provocó la última nota que, como Director de la Biblioteca de Lima, firmó don Ricardo Palma, y cuyo párrafo final dice:

“...La facultad de proponer los empleados de la oficina de mi cargo, facultad que todos los gobiernos han sabido respetar, no sólo en atención a la justicia y ló-

gica que la rodea y explica, sino en atención a mi hono-
rabilidad y a la confianza que he inspirado, no puede
retirárseme, y menos en las circunstancias que han ro-
deado este incidente, sin menoscabo de mi dignidad. La
libertad del Gobierno para rechazar una propuesta in-
conveniente que pudiera hacer el Director, queda per-
fectamente resguardada con el veto que puede oponer
a la propuesta.

"Si el Supremo Gobierno insiste en declarar que es-
tá *ampliamente satisfecho de mis servicios* y al mismo
tiempo me retira la facultad de proponer los empleados
de la oficina, incurre en una burla a mis canas, a los
cuarenta y cinco años de servicios prestados al Estado,
a la poca o mucha reputación que me he conquistado
con mi perseverante labor y a mi dignidad de jefe de
una oficina que me debe su existencia, burla a la que
no me puedo resignar. En tal virtud, ruego a U. S. que
tenga a bien transmitir al Supremo Gobierno mi insis-
tencia en la renuncia. Dios guarde a U. S. — Ricardo
Palma."

El Gobierno aceptó la tercera renuncia, calificando
sus términos de *descomedidos*, y nombró para el alto
cargo vacante a don Manuel González Prada que, rudo
fustigador de la burocracia y los burócratas, a quienes
apodó *centrales*, por curiosa paradoja terminó su exis-
tencia en un puesto de la Administración pública (1).

No permaneció indiferente ante los acontecimientos
el sentimiento nacional; muy al contrario. La Prensa y
la opinión de la capital y las provincias los siguieron y
comentaron con vivísimo interés, y la juventud intelec-
tual celebró, en honor y desagravio del viejo maestro,

(1) Quien desee conocer con amplitud este asunto y su documen-
tación, consulte los "Apuntes para la historia de la Biblioteca de Lima",
por Ricardo Palma.

una espléndida velada. Allí, expresando su devoción por la obra literaria y su respeto por el varón digno, hablaron con noble elocuencia José de la Riva Agüero, Felipe Barrera y Laos, Felipe Sassone y Juan Bautista de Lavalle, y recitó José Gálvez sus bellos versos evocativos. Con voz clara y ánimo tranquilo dijo su gratitud don Ricardo.

Al salir del teatro, el pueblo, aclamándolo, lo acompañó hasta la que ya sólo por unos pocos días más sería su casa. Aclamaciones desinteresadas, sin turbios orígenes de posibles ventajas económicas o de conveniencia política, que autorizaban a don Ricardo para contestar, con serena convicción, a los dolidos y a los indignados:

—Yo no me quejo de mi tierra. En mi tierra me quieren.

XIX

SERENO OCASO

Miraflores. Al pueblo apacible donde pasó algunos de sus años de recién ensado, volvió don Ricardo Palma, casi octogenario, con la salud quebrantada y el cuerpo caduco, pero con el ánimo entero, la conciencia en paz y el espíritu abierto a la tolerancia y a la comprensión. La vejez aquietó sus nervios irritables, y con la experiencia cotidiana y larga de los hombres y de las cosas ganó amplitud y altura su filosofía. Los jóvenes que en esa época frecuentaban afectuosos el trato de don Ricardo se hallan en la plenitud de la vida y del vigor mental y ellos pueden decir con mayor autoridad que nosotros,

los hijos, testigos recusables por parciales, si alguna vez encontraron despecho en las apreciaciones o acritud en el humorismo del anciano escritor, que, curado de espantos, pero no enfermo de pesimismo, miraba el mundo desde las proximidades de la otra orilla con ojos indulgentes de conocedor.

Al establecerse en su muy modesto alojamiento de Miraflores, decidió don Ricardo Palma no volver a salir del recinto de la villa risueña; sin embargo, una vez hubo de hacerlo, cediendo a cariñosas exigencias de los representantes de la mocedad de América. Hallábase reunido en Lima un Congreso estudiantil y sus miembros quisieron rendir homenaje al Tradicionalista en la casa de la Federación. La víspera del día designado, un viejo ex discípulo de Palma díjole con tono semilúgubre:

—Te advierto que tu sucesor está haciendo circular un folleto tremendo contra ti.

—Pues, hijo — le contestó don Ricardo, — que le aproveche; yo contra nadie tengo hiel; que te lea Angélica el discursito que mañana voy a pronunciarles a los muchachos.

El discurso, respuesta a los de los estudiantes de nuestra República, que lo recibieron con calurosas ovaciones, evocaba el recuerdo de los literatos americanos desaparecidos y enviaba un saludo a los vivientes. Fué esa la última vez que don Ricardo vió su Lima.

Terminada la fiesta, en un anochecer invernal de 1912, volvió el Tradicionalista a Miraflores, el romántico aldeaño de la capital, para no salir ya de él. Acañicaba el deseo y el propósito de pasar sus últimos días alejado de toda inquietud exterior, dedicado únicamente a sus cariños y a sus gustos: los hijos, los nietos, los libros, las conversaciones con algunos amigos y con los

viajeros que, curiosos y emocionados, lo visitaban y los paseos por la Alameda antigua, bordada de añosos *figus*, cuyos ramajes tocábanse en lo alto, formando bóveda mecida por la brisa.

Al banco rústico donde acostumbraba reposar y, después, cuando la senectud avanzó, al sillón de ruedas que le evitaba el cansancio, se acercaban las parvadas infantiles; los pequeñuelos, con tierna intuición, llamaban a don Ricardo abuelito; a los mayores, que atravesaban la Alameda, camino de la escuela, les preguntaba por sus travesuras. Entreteníase charlando con las muchachas, y ellas asombrábanse de que ni los años ni la excesiva miopía impidieran al anciano enterarse de sus coqueteos. Por vía de respuesta al saludo de una pareja, en la que apercibió prontamente cambio de galán, le soltó esta copla:

San Pedro tenía una novia,
San Pablo se la quitó;
si los santos hacen eso,
¿por qué no he de hacerlo yo?

Pasaba sus horas en el hogar escuchando a sus hijas la lectura de periódicos y libros, en los que a veces indicaba subrayados o anotaciones, dictándolas cartas, o escribiéndolas personalmente, las pocas veces que la salud achacosa se lo permitía, y preparando la edición definitiva de las *Tradiciones*. Sabía que había de ser póstuma; sin desfallecimientos ni zozobras, veía llegar el fin, evocando el pasado, resignándose a las limitaciones de la vejez, acogiendo filosóficamente a su sosiego melancólico.

Pero las solicitudes de fuera perturbaban de vez en cuando esa quietud: en decreto enaltecedor, el Pre-

sidente general Benavides nombró a Palma director honorario y consultor de la Biblioteca Nacional. Cuando fué reemplazado aquel gobernante, don Ricardo juzgó decoroso presentar al sucesor la renuncia, cuya aceptación se le comunicó en oficio ministerial que empezaba de este modo:

"Vista la renuncia que del cargo de director y consultador honorario, etc..."

El antiguo funcionario público oyó impasible la lectura de la nota; el lingüista exclamó:

...—¿Consultador dice! Vamos a hojear unos cuantos diccionarios.

Y, después de hacerlo, dictó la siguiente comunicación, dirigida al ministro de Instrucción:

"Mi estimado señor:

"Ayer recibí transcripción de un decreto supremo aceptando mi renuncia del cargo de *Consultador* de la Biblioteca Nacional, y desconociendo la significación de tal palabra la he buscado en la primera edición y en la décimacuarta del Diccionario de la Real Academia de la Lengua, sin encontrarla.

La palabra castellana desde el siglo XV es *Consultor*.

Cumplo con el cristiano deber de avisarlo a usted para que ni la rúbrica del Presidente de la República ni la firma de su ministro de *Instrucción* continúen autorizando la subsistencia de vocablo tan disparatado.

Muy atentamente de usted

Ricardo Palma."

Con esa mueca burlona despidióse Palma definitivamente del mundo oficial.

Del literario nunca pudo desligarse del todo. Aún escribió, cediendo a insistentes requerimientos, una tra-

dición, *Mi visita al general Santa Cruz*, para *La Prensa*, de Buenos Aires, unos versos jocosos para *Caras y Caretas*, breves notas para publicaciones del país y rimas galantes en álbums y tarjetas postales. Aún le buscaban, para hablarle del tema predilecto, viajeros ilustres que llegaban a Lima; entre otros muchos, los argentinos Carlos Octavio Bunge, Belisario Roldán, Antonio Sagarna, Manuel Ugarte y Alfredo Palacios, el uruguayo Baltasar Brum y el español Eduardo Marquina, que le pidió autorización para escribir el drama de asunto peruano que ya no haría Galdós.

Y aún había de ocuparse en más detenida y laboriosa faena la ancianidad de don Ricardo Palma: en la reorganización de la Academia peruana, correspondiente a la española, que ésta le solicitó, en forma confidencial y con bien fundadas razones. El viejo escritor aceptó complacido la misión que se le encomendaba y en la que veía adecuado medio para llegar al fin que siempre buscó con ahincada convicción: la vinculación espiritual con España.

Después de continuo cambio de cartas con la Corporación española y de reunir en su casa, en frecuentes sesiones, a los miembros de la peruana, saboreó don Ricardo la satisfacción íntima de que se reinstalara en su país oficialmente, celebrándose la ceremonia inaugural en la Universidad de Lima, el 9 de diciembre de 1917, la institución que, a lo largo de la vida, significó para él desvelo, lucha, contrariedad, preocupación y esfuerzo tenaz y querido.

Los males de la ancianidad agobiaban al Tradicionista con intensidad creciente, sin que pudieran impedirlo los cuidados científicos, muy asiduos para con él por ser médico su hijo Ricardo; traídas por las dolencias físicas, abatíanle el ánimo ráfagas de decaimiento; pe-

ro el espíritu era más capaz de reacción que el cuerpo. Cumplidos ya los ochenta y seis años, en la última efemérides nacional que vería don Ricardo, los niños y niñas de las escuelas de Miraflores acudieron a saludarlo, llevando en sus manos paras, rosas y laureles para el anciano; él, regocijado por el tierno tributo, en términos sencillos y afectuosos, y con tanta fluidez y corrección como en sus años de fuerza mental, exhortó a los chiquillos que rodeaban su sillón de enfermo, a ser honrados, a amar el estudio y el trabajo para bien de la patria. Tenía autoridad para aconsejar; ya había dado el ejemplo.

Pasó el día 5 de octubre silencioso y cansado; se acostó al atardecer; en la madrugada despertó, pidiéndome con su voz siempre viril y sonora, que le dijera unos versos, nunca sabré si recordados o soñados.

—¿Cómo son — me preguntó — esos versos que empiezan... como tú, como ella...?

—Mañana los buscaremos; ahora duérmete — le rogué.

Cerró los ojos, tranquilo; al poco rato le oí suspirar profundamente, de una manera extraña; corríamos todos a rodear su lecho; su vida terrena había terminado el 6 de octubre de 1919.

Cuando salió del hogar el abad, entre el gentío conternado y respetuoso, un hombre del pueblo, un hijo de la vieja Lima, clamó con voz fuerte y dolida:

—Se fué don Ricardo Palma.

. . .

Si la voluntad fuera todopoderosa, si el sentimiento alcanzara a suplir a la capacidad creadora, de estas páginas surgiría, palpitante, la integral armonía del li-

terato y del hombre que alentó en don Ricardo Palma.

Bastardeando la verdad alguno, los demás con noble valorización de lo que significan en nuestro medio embrionario y contradictorio la espontaneidad y persistencia de la vocación artística, han dicho varios críticos peruanos que el Tradicionista, fué pura y exclusivamente, un literato. No; habría querido serlo; el deber patriótico, la obligación cívica no se lo permitieron.

Ni en las cimas y laderas de los Andes majestuosos, ni en los arenales de nuestra costa, ni en la apacibilidad de los valles, ni en el barroquismo criollo de las ciudades, es posible levantar torres de marfil, para entregarse al goce estético en el aislamiento de la altura; hay que bajar a la tierra fecundizable.

En ella se agitó Ricardo Palma, varón de su tiempo y de su pueblo, con las pasiones, los errores, los defectos y las virtudes de uno y otro, singularizados y ennoblecidos por una condición señera: la perseverancia en la idea y en la obra.

Esto habría querido yo expresar en el pobre libro mío y dejar en él delineada, con firmes y precisos rasgos, la figura prócer de quien fué, para gloria de su nombre, un literato; para el Perú, un ciudadano; para la vida, un hombre.

Miraflores (Lima), julio-agosto de 1932.

BIBLIOGRAFIA DE RICARDO PALMA

*En el número necrológico que la revista MERCURIO PERUANO, de Lima, consagró a don Ricardo Palma, figura una bibliografía debida al estudioso hispanista norteamericano, Mr. Sturgis E. Leavitt, a quien me fué dado, en aquella ocasión, proporcionar algunas informaciones. Reproduzco el trabajo del distinguido profesor, aumentado con datos que he hallado posteriormente y que intercala en orden cronológico, y con la lista de las ediciones póstumas de Palma y de las obras cuya publicación dirigió. La producción inserta en periódicos y en libros de compilación literaria necesita ~~compilación~~ *bibliografía* aparte.*

Poesías. — Lima. Imp. de J. M. Masías. 1855.

Despoetas. — Apuntes de mi cartera. Valparaíso. 1861.

Anales de la Inquisición de Lima. — (Estudio histórico).
Lima. Tip. de Aurelio Alfaro. 1863.

Armonías. — Libro de un desterrado. París. Lib. de Rosa y Bouret. 1865.

El 2 de Mayo. — Poema en cuartetos, por Ricardo Palma 1867.

Congreso Constituyente. Semblanzas por Un Campanero. —

Lima. Imp. dirigida por J. M. Noriega. 1867.

Corona patriótica. — Por Manuel R. Palma. Lima. 1870. (11)

Pasionarias. — Havre. Tip. Alonso Lemale. 1870.

Tradiciones. — Primera serie. Lima. Imp. del Estado. 1872.

Tradiciones. — Segunda serie. Lima. Imp. liberal de "El Correo del Perú". 1874.

- Tradiciones*. — Tercera serie. Lima. Benito Gil, editor. 1875.
Tradiciones. — Cuarta serie. Lima. Benito Gil, editor. 1877.
Verbas y Gerundios. — Lima. Benito Gil, editor. 1877.
Tradiciones. — Quinta serie. Lima. Imp. del Universo. 1883.
Tradiciones. — Sexta serie. Lima. Imp. del Universo. 1883.
El Demonio de los Andes. Tradiciones históricas sobre el conquistador Francisco de Carbajal. — Nueva York. Imp. de "Las Novedades". 1883.
Enrique Heine. — Traducciones. Lima. Imp. del Teatro. 1886.
Tradiciones... y otros trabajos literarios robados a sus autores por el editor de El Ateneo de Lima. — Edición limitada a cincuenta ejemplares numerados. Lima. Imp. de Torres Aguirre. 1887.
Poesías. (Juvenilia — Armonías — Cantarcillos — Pasionarios — Nieblas). — Precedidas de *La Bohemia limeña de 1848 a 1860. Confidencias literarias*. — Lima. Imp. de Torres Aguirre. 1887.
Ropa vieja. — Última serie de tradiciones. Lima. Imp. y librería del Universo. 1889.
A San Martín. — Lima. Imp. de Torres Aguirre. 1890.
Ropa opollada. — Octava y última serie de tradiciones. Lima. Imp. y lib. del Universo. 1891.
Filigranas. — Lima. Imp. de Benito Gil. 1892.
Tradiciones peruanas. — Barcelona. Montaner y Simón, editores. Cuatro vols. 1893 — 1896.
Neologismos y americanismos. — Imp. y lib. de Carlos Prince. Lima. 1896.
Recuerdos de España. (Notas de viaje — Esbozos — Neologismos y americanismos). — Buenos Aires. Imp. y encuadernación de J. Peuser. 1897.
Anales de la Inquisición de Lima. — Otra edición. Maderd, tip. de Ricardo Fe. 1897.
Recuerdos de España. (Precedidos de La Bohemia de mi tiempo). — Lima. Imp. "La Industria". 1899.
Tradiciones y artículos históricos. — Lima. Imp. Torres Aguirre. 1899.
Cachinches. — Lima. Imp. de Torres Aguirre. 1900.
Juicio de trigancia — por los directores del semanario *La Broma*. 1877 — 1878. — Segunda edición. Lima. Imp. Lodesma. 1902.

Papeletas lexicográficas. Dos mil seiscientas voces que hacen falta en el Diccionario. — Lima. Imp. "La Industria". 1903.

Mis últimas tradiciones peruanas. — Barcelona. Casa editorial Maucci. 1906.

Apéndice a mis últimas tradiciones peruanas. — Barcelona. Editorial Maucci. (En el pie de imprenta no consta la fecha; según la nota editorial es 1910).

Tradiciones selectas del Perú. — Edición corregida. Callao. A. J. Segrestán y Cía. 1911.

Doce cuentos. — (Versos humorísticos, seguidos de *Postales*). Edición Expreso. Galería literaria. Editor S. Darquea. Lima. Sin fecha. }}

Armonías. — Segunda edición. Lib. de la vinda de Ch. Bouret. París, México, 1912.

Apuntes para la historia de la Biblioteca de Lima. — Lima. Imp. tip. "Unión". 1912.

El Demonio de los Andes. — Maucci. Barcelona. 1915.

Poesías completas. — Maucci. Barcelona. 1915.

Las mejores tradiciones peruanas. — (Colección de escritores americanos, dirigida por Ventura García Calderón). Barcelona. Ed. Maucci. Sin fecha.

¡Presente mi General! — Homenaje póstumo al autor de las *Tradiciones peruanas*. Número extraordinario de *Parناسo nacional*, publicación poética ilustrada. Director, Luis Suárez Arrán. Año 1. N.º. 2. Buenos Aires, 1919.

Armonías. — Colección *Los poetas*. Editorial Claridad. Buenos Aires. Sin fecha. ||

El Palma de la juventud. — (Selección de tradiciones, poesías y artículos). Lima. Editorial E. Rosay. 1922.

La Limeña. — (Tradiciones sobre la mujer de Lima, publicadas por V. García Calderón). Editorial Franco-ibero-americana. Biblioteca Liliput.

Tradiciones peruanas. — Edición publicada bajo los auspicios del Gobierno del Perú. Ilustraciones de Fernando Marco. Seis vols. 1923-1925.

Bolívar en las Tradiciones peruanas. — C. I. A. P. Madrid, 1930.

Además, las *Memorias anuales* como director de la Biblioteca de Lima, de 1884 a 1911.

OBRA PUBLICADAS POR RICARDO PALMA:

- Artículos y comedias*, de Manuel Ascensio Segura. Lima. Im. de Universo. 1886.
- Flor de Academias y Diente del Parnaso*. — Edición oficial. Prólogo y juicios sintéticos de Ricardo Palma. Oficina tipográfica de "El Tiempo". Lima 1899.
- Descripción del Perú*, por Tadeo Haenke. Imp. de "El Lacero". Lima, 1901.
- Anales del Cuzco*. — Im. del Estado. Lima, 1901.
- Apuntes históricos*, por el general don Manuel de Mendiburu. Imp. del Estado. Lima, 1902.
- Anales de la Catedral de Lima*, por el doctor don José Manuel Bermúdez. Imp. del Estado. Lima, 1903.
- Memorias histórico-físico-etnológicas de la América meridional*, por don José Eusebio de Llano Zapata. Lima. Imp. y librería de San Pedro, 1904.

I N D I C E

	<i>Pág.</i>
I — La República Niña	7
II — Nuestros Románticos	12
III — Mar Proceloso	20
IV — Hacia el Puerto	27
V — Aventuras Políticas	34
VI — En el Destierro	40
VII — Por dos Continentes	47
VIII — América Agitada	54
IX — En la Brecha	60
X — Himeneo	65
XI — En Broma y en Serio	77
XII — Belona impía	83
XIII — Dos Caminos	88
XIV — Lides de la Pluma	96
XV — España	105
XVI — Pareceres	115
XVII — La Continua Labor	129
XVIII — Adioses	138
XIX — Sereno Ocaso	146
Bibliografía	153
Ilustraciones fuera de texto	I a XVI

DE LA MISMA AUTORA:

Vencida. Novela, firmada con el seudónimo *Mariacela*.

Por Senda Propia. Novela.

Coloniaje Romántico. Novela, premiada en el Concurso Internacional de Buenos Aires, de 1921.

Uno de Tantos. Novela.

Tiempos de la Patria Vieja. Primer premio del Concurso de novela histórica convocada en Lima para el centenario de Ayacucho, 1924.

Ricardo Palma. Folleto bibliográfico.

Al Azar. Novela corta.

Contando Cuentos.... Libro para niños.

Fernán Caballero, la Novelista Novelable. Biografía.

Unicósmo - 112 - San Martín -
Santiago - 47
Presidencia en Telegrafía - 81
El General Pío de Salazar - 80
El Poder - 131 - 61 -

P 14196

559355





biblioteca
nacional
del Perú



1000018367

LIBROS

INVENTARIO 2011



biblioteca
nacional
del Perú



0000166515

BNPCBN



**EDICIONES
ARGENTINAS
CONDOR**

COLECCION SELECTA DE GRANDES NOVELISTAS

Knut Hamsun - GERMINACION - SELLANRAA
- EN EL PAIS DE LOS CUENTOS
Pedro Sonderéguer - LAS FUERZAS HUMANAS

COLECCION POPULAR DE LOS MEJORES CUENTISTAS

H. P. Blomberg - LOS SONADORES DEL BAJO FONDO
- LOS PEREGRINOS DE LA ESPUMA
Josué Quesada - MANCHAS DE SANGRE
Knut Hamsun - BAJO LA MEDIA LUNA
Fausto Burgos - DE TUCUMAN

C O L E C C I O N N O B E L

Anatole France - MARGARITA
Knut Hamsun - JUGADORES
Rudyard Kipling - WEE WILLIE WINKIE
Rabindranath Tagore - EL JARDINERO

L A S G R A N D E S B I O G R A F I A S

Anatole France - ALFREDO DE VIGNY
George Brandes - LORD BYRON
- IBSEN
- NIETZSCHE

G. K. Chesterton - DICKENS
Condesa de Noailles - EL LIBRO DE MI VIDA
Angélica Palma - RICARDO PALMA
Stefan Zweig - FREUD

E L M U N D O D E H O Y

Franklin D. Roosevelt - MIRANDO ADELANTE

T E A T R O P A R A L E E R

Eugenio O'Neill - LIGADOS
Fernando Crommelinck - CARINA
Cristina Winsloe - INTERNADO DE SEÑORITAS

E N S A Y O S

George Bernard Shaw - EL PERFECTO WAGNERIANO

Representantes exclusivos para la venta: **EDITORIAL TOR**

Río de Janeiro 700 — Buenos Aires